

Gastón Enrique Garriga - Laura Lagar

Villa José
León Suárez

Basural
José León Suárez

Club
Aleman

Villa
Ballester

Pres. Hércules
Vignone 243

Biblioteca
Popular
J. Manillo

Después del Basural

Qué fue de los hijos de Operación Masacre, la herida negada.

Ruta 1

Golf de
San Andrés

Parque
O'Higgins
Bosque de
Gobernación

Hospital Integral
de Aguas

Estadística
departamental
del Noroeste de
Grat. San Martín
San Martín 200

Villa Book

Desarrollo
Sociocultural
San Martín

GRUPO
NOROCCIDENTAL
OLVIDES

VACASAGRADA
Audiovisual

CO
VIE
TICA







Después del Basural

Gastón Enrique Garriga - Laura Lagar

Después del Basural.

Qué fue de los hijos de Operación Masacre, la herida negada.

Garriga, Gastón Enrique

Después del basural : ¿qué fue de los hijos de Operación Masacre? la historia negada / Gastón Enrique Garriga ; Laura Lagar. - 1a ed. - San Martín : Municipalidad de Gral. San Martín, 2026.

169 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-91835-3-5

1. Análisis Político. 2. Historia Argentina. 3. Historia Política Argentina. I. Lagar, Laura I. Lagar, Laura II. Título
CDD 320

Textos: Gastón Enrique Garriga
Producción e investigación: Laura Lagar

Diseño y edición
Carla Elizabeth Mercáu
Soviética Producciones

Buenos Aires, 2026.

*Cuando no recordamos lo que nos pasa,
nos puede suceder la misma cosa.*

*Son esas mismas cosas que nos marginan,
nos matan la memoria, nos queman las ideas,
nos quitan las palabras*

*Si la historia la escriben los que ganan,
eso quiere decir que hay otra historia:
la verdadera historia,
quien quiera oír que oiga.*

*Nos queman las palabras, nos silencian,
y la voz de la gente se oirá siempre.
Inútil es matar, la muerte prueba
que la vida existe...*

L. Nebbia-E Mignona

Prólogo

Al recordar cómo comenzó la idea de este libro, me remonto a 2016, cuando un grupo de referentes del peronismo y de organizaciones sociales se reunieron a pensar cómo organizar el aniversario por los sesenta años de la Masacre de José León Suarez en 1956.

Previamente, Elsa Logiaco, referente de la Comisión por la Memoria, Verdad y la Justicia de San Martín, mujer amorosa, dulce y con un sentido de fraternidad, igualdad, que siempre decía “la construcción debe ser horizontal, asamblearia y colectiva...” me había anticipado su deseo de generar un material audiovisual con el objetivo de trabajar la temática con las escuelas sanmartinenses y sacar a la luz esta historia silenciada.

Aquel día, con una amplia concurrencia de militantes nos comprometimos, con mi compañero Mario Salvado, en armar un corto documental. Iniciamos la investigación en un encuentro con las profesoras de la escuela EE.UU. interesadas en trabajar con la historia reciente -Silvia Bello, Alejandra Fredes y María Cristina Iboldi- y con la búsqueda de materiales de archivo. La EE.UU. es una institución muy reconocida por la gran cantidad de estudiantes desaparecidos y desaparecidas durante la última dictadura en la Argentina.

En junio de ese año pudimos proyectar en el Cine Plaza de San Martín, a sala llena, en tres funciones con todos los turnos de las escuelas locales y de todos los niveles educativos.

La experiencia fue muy buena. Pero, en la charla al finalizar la proyección, descubrimos que esta historia no solo no era conocida por el alumnado, sino que también por los docentes y padres, que concurrieron.

En este contexto, surgieron también nuevas preguntas del público. ¿Porque querían matarlo a Perón?, ¿En la Argentina hubo una guerra? Refiriendo al bombardeo de la Plaza de Mayo de 1955, ¿Cómo es que sucedieron esos hechos históricos en nuestra ciudad y nunca nadie nos contó?

A partir de ese momento intensificamos la investigación para poder dar

respuesta a una ciudadanía que creció, estudió y vivió sin conocer que pasó en las calles que transita cotidianamente.

Nací en el barrio donde se encontraba el cuartel general y comandancia de Don Juan Manuel de Rosas, zona conocida como Santos Lugares, punto estratégico militar. Allí funcionaron también un campamento y una prisión en la época de la Confederación Argentina, hoy barrio de San Andrés, Partido de San Martín en el conurbano bonaerense.

A la vuelta de mí casa fueron fusilados en 1848 Camila O´Gorman, una señorita de la alta sociedad porteña y el sacerdote Ladislao Gutiérrez. Haberse enamorado y huido juntos fue imperdonable para esa sociedad. Con el regreso de la democracia la película “Camila” (1984), dirigida por María Luisa Bemberg, fue una de las primeras películas importantes que nos cuenta sobre esa pasión prohibida. Tuvo un gran éxito comercial, con más de 2 millones de espectadores y recibe en 1985 una nominación al Óscar como Mejor Película Extranjera.

Los vecinos y vecinas nos enteramos recién en ese momento qué había pasado a la vuelta de nuestras casas, en ese espacio tan nuestro, donde estaba ubicada la lechería, la panadería, la fidelería, ahí donde compramos el diario, ahí... donde nos identificamos y por el que tenemos ese sentimiento de pertenencia.

¿Como es que llegan unos extraños y cuentan nuestra propia historia... ¿cómo puede ser? Que una directora venida de otros horizontes se interese en filmar una película, de lo que sucedió en nuestro barrio, y que este mucho más interiorizada que nosotros mismos sobre los hechos ocurridos. Recuerdo las charlas que generaron, los encuentros en la biblioteca popular buscando información, tratando de entender que pasó a la vuelta de nuestras casas y porque no lo sabíamos...

Este mismo sentimiento me aparece con Operación Masacre de Rodolfo Walsh: un periodista que vivía en La Plata, a unos 50 kilómetros aproximadamente, se impactó e interesó por los hechos ocurridos en nuestra ciudad.

¿Por qué vienen de lugares distantes a contar nuestras historias? ¿Por qué

nosotros no contamos lo que pasó en nuestras calles? ¿Si viene un forastero a contarlo le damos identidad y más importancia a lo que pasó a la vuelta de la esquina o frente al supermercado que vamos todos los días? Este libro viene entonces también a entender que paso en esos lugares que habitamos, y a saber que le ocurrió a los familiares después de aquella noche fatídica, cuando se los llevaron el 9 de junio de 1956 a los basurales de José León Suárez.

La justicia, cuando tarda tantos años, no es justicia, pero al fin estamos ante el comienzo del “Juicio a la Verdad” y su objetivo será, sin imponer penas, establecer la verdad histórica y reparar a las víctimas y a la sociedad que viene luchando hace tantos años.

Se trata de la oportunidad de que el pueblo sanmartinense pueda reivindicar esta historia escondida, de que deje de ser silenciada, que se enseñe en las escuelas, que se homenaje a las víctimas y que ocupe el lugar que le corresponde en la historia argentina.

La Resistencia del movimiento iniciada por el pueblo, se consolida en este encuentro con la historia de las familias, fortaleciendo lazos y vínculos, en el tejido de redes comunitarias, después de 70 años superaremos la opresión de la revolución fusiladora y de los gobiernos negacionistas.

Con amor y lucha seguiremos en las calles cantando...

**A pesar de las bombas, de los fusilamientos,
de los compañeros muertos y de los desaparecidos...
¡NO NOS HAN VENCIDO!**

*San Andrés. Pdo Gral. San Martín,
Conurbano Bonaerense. Mayo 2026*

Apuntes introductorios

Uno. Argentina, 1956

En 1956, el año de los denominados “fusilamientos” de José León Suárez, la dictadura incorporó a la Argentina como miembro del FMI, una decisión que Juan Perón había evitado mientras fue presidente, resistiendo todo tipo de presiones.

En 1957 la Argentina recibió un préstamo de 75 millones de dólares cuyo destino nunca se supo y debió refinanciar un año más tarde. La inflación fue del 13 por ciento, un punto más que en 1955 y diez más que en 1954.

El partido de San Martín, que albergaba la comisaría donde los detenidos pasaron sus últimas horas y el basural donde fueron asesinados, era mucho más grande. Abarcaba Caseros, Santos Lugares, El Palomar y otras localidades que hoy integran el partido de Tres de Febrero y, por entonces, eran todavía el sur de San Martín.

José León Suárez era apenas un puñado de casas alrededor de la estación de tren. Más allá, campo y calles de tierra por donde se movían perros, gallinas y caballos. Cuando llovía la zona se convertía en un barrial.

Si en la tercera década del siglo veintiuno la ruta 6 es el anillo que separa el conurbano de la llanura bonaerense, en 1956 ese límite estaba entre la ruta 4, la Márquez y el muy cercano cauce del río Reconquista. Allí terminaban las zonas habitadas y empezaba el campo.

Desde marzo, el decreto 4161 tuvo un peso aplastante. Prohibía terminantemente cualquier mención a Perón, Evita, peronismo, justicialismo, la marcha peronista, el escudo justicialista o cualquiera de sus símbolos, bajo pena de prisión efectiva para quien violara la normativa.

Como una contraseña para reconocerse, desde entonces, los peronistas comenzaron a llevar una flor de nomeolvides, la preferida de Evita: las mujeres en el pelo, los hombres, en la solapa del saco.

Argentina tenía ese año alrededor de 18 millones de habitantes, más o

menos como Chile en 2026. La cifra es un tanto imprecisa porque es un año a mitad de camino entre dos censos. Éramos 16 millones en 1947 y 20 en 1960. Para entonces, cinco millones —un poco menos de un tercio del total— residían en la provincia de Buenos Aires.

El gobernador de facto de la provincia era Emilio Bonaccerreri, un militar que había estado detenido por participar de los intentos de golpe contra Perón anteriores al de 1955. El intendente de San Martín, directamente comisionado por el gobernador, era un civil, Alfonso Cerdeiro, que en 1965 sería electo diputado nacional por el radicalismo.

El rock apenas se desperezaba en el hemisferio norte y acá se bailaba tango. Las orquestas de Carlos Di Sarli y Juan D'Arienzo eran las más populares y la gente llenaba los clubes donde tocaban. El Chantecler todavía existía, pero su época de gloria había quedado atrás. Astor Piazzola, recién llegado de sus estudios en París con Nadia Boulanger, armaba el Octeto Tango y Hugo del Carril cantaba en la vieja penitenciaría de la avenida Las Heras, donde estaba detenido.

River era el campeón indiscutido de fútbol, aunque ya no era “la Máquina” sino “la Maquinita”. Logró el tricampeonato en 1955, 1956 y 1957, de la mano de figuras como Amadeo Carrizo, Enrique Omar Sívori y Ángel Labruna. Aún así, perdió el clásico con Boca 2 a 1. El campeón mundial era Alemania que se había coronado en Suiza, dos años antes, tras derrotar en la final, —contra todo pronóstico— a la Hungría de Puskas.

Para el barrio de Florida Oeste, la llegada de un club del ascenso, Colegiales, era todavía una novedad. En 1948 habían adquirido un predio —un pantano, en realidad—, entre las calles Malaver, Natalio Querido, Italia y Gervasio Posadas, lo habían rellenado con paciencia y escombros y finalmente los “tricolores” jugaban de locales allí.

En el boxeo, fue un gran año para Eduardo Lausse, a quien todos apodaban “el Zurdo”, por su guardia. En realidad, había comenzado como diestro y podía pararse de las dos formas. Al mendocino Pascualito Pérez, campeón mundial y campeón olímpico peso ligero, le habían quitado

su licencia de boxeador por peronista. No le importó y se fue a pelear al exterior. Hasta donó parte de sus bolsas a Perón en el exilio.

Juan Gálvez fue campeón de Turismo Carretera al volante de una cupé Ford. En Santa Isabel, en las afueras de Córdoba, Industrias Kaiser Argentina inauguraba su planta automotriz, desde la que abastecería al mercado local con sus modelos Jeep, Estanciera y el lujoso Kaiser Carabela. Cerca de allí, Industrias Mecánicas del Estado, IME, seguía produciendo Rastrojeros.

A David Viñas le faltaban todavía dos años para publicar su consagratorio “Los dueños de la tierra”. Por entonces, editaba la revista Contorno junto con Noé Jitrik, León Rozitchner y Juan José Sebreli, entre otros.

La radio y las revistas de la época, como El Gráfico, Radiolandia o Mecánica Popular publicitaban el coñac Otard Dupuy, el whisky Doble V, la ginebra Bols, la yerba Salus, los cigarrillos rubios Macdonald y los negros Particulares, la ropa de Casa Muñoz, los primeros Citroen 2cv recién importados de Francia y, para las amas de casa, las ventajas de limpiar con Puloil y cocinar con fuentes Pyrex.

Ese año, “Rosaura a las diez”, de Marco Denevi, fue récord de ventas. También se leía “El sueño de los héroes”, de Bioy Casares, publicado un año antes. Bioy solía recibir a Borges en su casa para escribir juntos los cuentos policiales de Bustos Domecq y para comentar con ironía la escena literaria local. También discutieron los sucesos de junio, como lo prueba este fragmento del “Borges” de Bioy.

“Jueves, 17 de diciembre. Come en casa Borges. Dice que un conscripto del regimiento 2 de infantería le contó los fusilamientos. Fusilaron a nueve, todos compañeros del 2. Los fusiladores eran cuarenta y nueve. Los fusilados y los que fusilaban estaban vestidos con idéntico uniforme de fajina. Los llevaron en camiones. Los fusilaron en el patio de la penitenciaría, en la calle Las Heras, a la luz de los faros de los camiones. Entre los fusilados había un sargento músico, muy buena persona, muy querido por todos. Vio que al que le contó la historia a Borges se le escapaba una lágrima. «No es nada, muchacho; apuntá acá», le dijo, señalándose el corazón. Otro de los fusiladores se puso a llorar. Estaban dispuestos en dos filas; una, primera, con una rodilla en tierra;

otra, atrás, de pie: eran como un muro erizado de máuseres, a dos alturas. Antes de morir, uno gritó: «¡Viva el 2 de infantería!». Borges: «Mirá todas las cosas enormes que hay en ese grito. Es como decir: “Yo sé que ustedes no tienen la culpa. Yo sé que ustedes y nosotros somos los mismos”. Si hubiera gritado “Viva Perón” o “Viva la patria” sería una idiotez. Como los tiros de máuser son muy fuertes, aquello fue una carnicería: los despedazaron. Sin embargo, el oficial que mandaba el pelotón, dio un tiro de gracia en la cabeza a cada uno: lo que está bien, porque sería una crueldad que uno estuviera sufriendo, y lo que es impresionante, porque era matar muertos. Uno de los fusilados quedó sentado; cuando retiraron al de al lado, cayó; se vio entonces que también estaba muerto, pero que había quedado sostenido por el otro. ¿Por qué los fusiladores serían del mismo regimiento que los fusilados? Tal vez por algún reglamento que venía de antes, de cuando había rivalidad entre los regimientos”.

Dos. Memoria completa

Setenta años más tarde, en un contexto donde el gobierno nacional está habitado, ya no por negacionistas sino por reivindicadores de la última dictadura cívico militar, la más sangrienta, es imprescindible seguir buscando más atrás, indagar en los orígenes de la violencia política en la Argentina del siglo XX.

La fórmula elegida por los defensores de genocidas es la de “memoria completa”. En su concepción, “memoria completa” implica dar voz a “las otras víctimas”, no las del terrorismo de estado sino las de las organizaciones populares, equiparando así la violencia estatal con la no estatal e intentando reavivar la teoría de los dos demonios.

Con todo, “memoria completa” es un concepto polisémico, que admite otras interpretaciones. Los organismos marcharon este 24 de marzo de 2026 con la consigna “que digan dónde están”. Una manera de afirmar que la memoria no está completa mientras guarden en secreto el destino final de muchos desaparecidos y bebés nacidos en cautiverio.

Pero “memoria completa” puede ser también una invitación a seguir hacia atrás, buceando en causas y procesos históricos. Ocurre que no hay tal cosa como un momento cero de la historia.

Todo hecho es precedido por otros, con los que guarda relaciones complejas. Las versiones filo genocidas, entre otras cosas, han logrado deshistorizar la dictadura de Videla, Massera y Martínez de Hoz, al ceñir sus causas a una fórmula deliberadamente vaga: “la violencia de los setenta”, como si se tratara de una catástrofe natural o el brote de un repollo.

La sangrienta represión desatada en 1976 es más continuidad que ruptura. La violencia política nos acompaña desde antes del nacimiento de la Patria, como lo prueban los ejemplos más cercanos, los golpes de estado de 1930 y 1943, los bombardeos en 1955 y los fusilamientos en 1956, cuyas secuelas aquí se abordan.

Estos últimos hechos significaron la reinstalación de la violencia a gran escala como herramienta política, por parte de la elite oligárquica, en pleno siglo XX. Esa clase había “soportado”, por decirlo de algún modo, hasta entonces, la democracia y su consecuencia, el peronismo. Su imperio duraría casi tres décadas, hasta 1983, con un breve interregno entre 1973 y 1976.

Si el bombardeo fue un intento fallido de matar a Perón para terminar con su gobierno, objetivo que se logró tres meses más tarde y tras varios días de combate, los fusilamientos fueron un paso más allá.

Ya no bastaba con desplazar al movimiento peronista del gobierno al que había accedido legítimamente. Había que eliminarlo por completo. En ese sentido, anterior a los mal llamados fusilamientos, es el decreto 4161, que estableció la proscripción de la fuerza política mayoritaria.

“Se prohíbe la utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo”.

“Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto el de sus parientes, las expresiones «peronismo», «peronista», » justicialismo», «justicialista», «tercera posición», la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales «Marcha de los Muchachos Peronista» y «Evita Capitana» o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos”.

“El que infrinja el presente decreto-ley será penado: a) Con prisión de treinta días a seis años y multa de m\$n: 500 a m\$n. 1.000.000; b) Además, con inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario pú-

blico o dirigente político o gremial; c) Además, con clausura por quince días, y en caso de reincidencia, clausura definitiva cuando se trate de empresas comerciales. Cuando la infracción sea imputable a una persona colectiva, la condena podrá llevar como pena accesoria la disolución”.

Está comprobado que los mandos militares sabían de las intenciones del General Valle. Hubieran podido detenerlo in fraganti, sin disparar un solo tiro. Prefirieron no hacerlo, dejarlo correr, aleccionando con su represión al peronismo en su conjunto. Al dar ese mensaje aterrador, confirmaron la brutal inclinación de la oligarquía por el crimen, de la que hablaba Rodolfo Walsh.

Pero hay más, mucho más. La impunidad de esos crímenes fue condición de posibilidad de los crímenes de la siguiente dictadura, la de 1976- 1983, que retomó aquellos métodos, los profundizó y perfeccionó. Los mismos antagonistas se reencontraron un par de generaciones más tarde.

Se dijo y escribió mucho sobre los jóvenes universitarios de clase media que llegaron al peronismo por convicción propia. Pero la generación de los setenta también estuvo compuesta por hijos de militantes de la resistencia, pibes que el fin de semana no iban a un club o a un parque, sino a un penal a visitar a sus padres, si tenían la suerte de que no los trasladaran lejos. La dictadura de 1955 detuvo ilegalmente a unos quince mil presos políticos y empujó a otros al exilio interno.

Si la impunidad del genocidio armenio por parte de Turquía, como afirman los historiadores, fue condición de posibilidad e incentivo para el genocidio nazi, la impunidad de los crímenes de 1955-1956 operó de la misma manera para los ideólogos, civiles y militares, de la siguiente dictadura. Así lo afirma la propia Estela de Carlotto: “Si hubiéramos tenido la lucidez de salir a protestar contra esa masacre, no hubiera habido un 24 de marzo de 1976”.

Apenas un año antes de los bombardeos, en 1954, hubo elecciones. En un hecho curioso, único en la historia argentina, se convocó a los ciudadanos a las urnas para elegir al sucesor de Francisco Quijano, el fallecido

compañero de fórmula de Perón. El candidato oficialista a vicepresidente era Alberto Tesaire y el principal opositor, el radical Crisólogo Larralde.

El peronismo se impuso 64 por ciento a 32, es decir que dobló en votos a la UCR, que entonces era la segunda fuerza. Para ser una tiranía, como se empeñó en instalar la narrativa oficial posterior, el peronismo gozaba de una gran popularidad.

Tres. Libros, libros, libros.

¿Periodismo militante es un oximorón? Claro que no. Los abogados de derechos humanos no son menos abogados que el resto de sus pares ni los historiadores revisionistas menos rigurosos. Walsh es un caso paradigmático. Su oficio, su obsesión por la verdad, lo llevó al compromiso político. Hasta enterarse casualmente del primer “fusilado que vive”, sentía por la política una indiferencia mezclada con ciertas simpatías por la dictadura de entonces.

Su tarea sistemática y metódica le permitió ver y conocer, por un lado, las entrañas del monstruo, y por otro confraternizar con peronistas, compartir con ellos el pan, de donde proviene la palabra “compañero”. Así comenzó a recorrer un camino que lo llevó al Delta del Tigre, más tarde a Cuba y finalmente a Montoneros.

La monumental tarea detrás de “Operación Masacre”, erróneamente comparada con “A sangre fría”, de Truman Capote, porque a diferencia de esta, que reconstruía las sangrientas andanzas de un par de marginales, se metió de lleno con el terrorismo de estado, funcionó también como una suerte de obturador literario. ¿Qué se puede escribir después de eso? ¿Quién va a animarse? Lo cierto es que, más allá de ese libro mítico, hay muy poco publicado sobre el tema.

El “Diario de una investigación”, de Enriqueta Muñiz, la asistente de Walsh durante todo el proceso de pesquisa, elaboración y escritura de “Operación masacre”, es una especie de trastienda o making off del clásico de no ficción.

Con paciencia, meticulosidad y caligrafía de docente, la joven Muñiz, entonces de apenas veintidós años, llevó un registro completo y preciso de cada entrevista, llamada telefónica, entuerto, decisión y avance, hasta completar la tarea.

Muñiz también se permite reflexiones personales, diagnósticos de los personajes, incluso del propio Walsh. Es allí donde se ve la ideología y

su lenta pero permanente mutación. Muñiz aporta elementos clave para entender a Walsh en su contexto, su alcance y sus limitaciones.

Pero, al menos al comienzo, para el tándem Walsh- Muñiz, los hechos que ocurrieron esa misma noche en La Plata, Campo de Mayo, Lanús y La Pampa, quedaban fuera de su universo. Con eso, lo que se pierde es la dimensión del movimiento que encabezó Valle, su trascendencia histórica y su potencia política, aún en la derrota.

Quien vino a cubrir eso es Daniel Brión, hijo de Mario Brión, uno de los caídos, con su contundente trabajo “El presidente duerme”. Si Walsh pone la lupa entre Florida y José León Suárez, Brión amplía la lente a todos los escenarios de operaciones.

También va y viene en el tiempo, desde el encarcelamiento de Valle y Tanco en un barco fondeado en el río, para profundizar su aislamiento, hasta los días posteriores, en los que los familiares de los detenidos hacen gestiones para intentar salvar sus vidas.

“El presidente duerme” toma su título de la cínica respuesta del capitán de navío Francisco Manrique, entonces a cargo de la Casa Militar, repetida infinitamente, casi como un mantra, para desactivar y desalentar los pedidos de clemencia de los peronistas desesperados.

En síntesis, con su trabajo Brión les devuelve a los hechos de junio de 1956 su dimensión política. Demuestra y recuerda que los caídos intentaban el regreso de Perón, que no era otra cosa que el pleno funcionamiento de las instituciones.

Aunque no aborda los crímenes de junio de 1956, “La fuerza es el derecho de las bestias”, escrito por Perón ese mismo año y publicado en el exilio dos años más tarde, es una buena lectura complementaria, que permite entender tanto el contexto como la naturaleza de la dictadura que lo derrocó por las armas y el carácter y el papel que allí desempeñó cada uno de sus protagonistas.

“Fusilados al amanecer” fue el título provisorio de la obra de Walsh, antes de que este lo descartara por “Operación Masacre”. De ahí tomó el nombre el docente, escritor y crítico literario Roberto Ferro. Su libro analiza el rol y el lugar que Walsh y su trabajo ocupan en las letras nacionales, cómo dialogan con el resto del campo, y la evolución del texto con cada reedición.

Aunque obviamente aborda los hechos de la noche del 9 al 10 de junio, pone el foco en lo que, para la teoría semiótica y el análisis literario fueron sus “gramáticas de producción”.

Michael McCaughan es el autor de la biografía “Rodolfo Walsh, periodista, escritor y revolucionario”. Aunque con una perspectiva bastante limitada de la compleja historia política argentina, el irlandés logra una reconstrucción rica y minuciosa de la vida de Walsh, etapa por etapa.

Por último, “El negro corazón del crimen”, de Marcelo Figueras, es una novela. La elección de ese género aumenta los méritos del texto, que está narrado desde el propio Walsh como protagonista. Podría llamarse también, o llevar como subtítulo, “la transformación de RW”.

Con una prosa atrapante, quien en las primeras páginas es un ajedrecista, traductor de cuentos, que sueña con una carrera de escritor, se ve tan profundamente golpeado y transformado por lo que le toca vivir, que termina perseguido, con una identidad falsa, y vaciando cargadores escondido en una isla del delta.

A esta brevísima lista, aspira a sumarse “Después del basural”. A setenta años de aquellos crímenes, la impunidad sigue teniendo consecuencias traumáticas y cotidianas en la vida de los familiares de los asesinados.

Hubo dieciséis pibes que esa madrugada perdieron a su padre en un hecho de sangre, pero eso fue apenas el principio. También perdieron a sus madres, que debieron salir a ganarse la vida ante la muerte del sostén de familia, en una Argentina donde un sueldo alcanzaba para mantener una familia y el mundo laboral contemplaba pocas opciones para las mujeres.

También tuvieron que aprender a mentir sobre las circunstancias de las muertes de sus padres para evitar nuevos castigos y a entretenerse entre ellos, casi como una comunidad cerrada, ante el vacío, sólo atendible por el terror, de quienes habían sido sus amigos hasta la noche anterior.

En síntesis, esa noche fueron asesinados cinco hombres y dieciséis infancias. Fue un punto de inflexión definitivo en sus vidas. ¿Cómo lo procesaron? ¿Qué heridas cargan? ¿Qué historias cuentan? ¿Qué se contaron a sí mismos? ¿El relato se mantuvo igual o fue mutando con los años? ¿Cómo se reinventaron? ¿Qué clase de adultos son? ¿Qué añoran, qué desean, qué parte de ellos, de sus infancias, quedó en ese basural?

Ese es el objeto de estas páginas. Los cinco asesinados no pueden hablar. Los siete sobrevivientes fueron muriendo con el paso de los años. Sus hijos, que tienen entre setenta y ochenta, son las voces más cercanas a ellos que tenemos. Se merecen contar su historia, nos merecemos leerla, que se conozca y que perdure.

Cuatro. La familia, el barrio y Hellinger

No vengo de cuna peronista. Vengo de una familia con peronistas, que no es lo mismo. En ella, los peronistas eran las ovejas negras, los que se habían apartado del rebaño de clase media que prefería no indagar mucho en los mecanismos que habían posibilitado su movilidad social ascendente.

Tal vez por eso pasé toda mi infancia y buena parte de mi adolescencia sin siquiera escuchar hablar de los bombardeos del 55 ni de fusilamientos del 56. Recién supe de esos crímenes cuando empecé a transitar la universidad, ya en los años noventa. Obviamente, a través de la obra de Walsh.

Confieso que algo me parecía inverosímil, algo no me cerraba del todo: o esos crímenes tan bien documentados y reconstruidos en Operación Masacre no habían ocurrido realmente o la capacidad humana de ocultar y negar superaba todas mis previsiones.

No era el único que los desconocía: mis amigos de la infancia, de la escuela, todos ponían más o menos la misma cara cuando les hablaba del tema. La vieja máxima que sostiene que no se le puede mentir a todos siempre parecía no aplicar en este caso. Había, hay todavía, algo profundamente aterrador en esa contradicción.

Pasaron los años, muchos, y mi interés por la causa de la resistencia peronista fue creciendo. En 2016 contribuí a fundar una organización de comunicadores peronistas. Le pusimos Grupo Nomeolvides en honor a aquella generación que usaba la flor preferida de Evita para identificarse cuando estaba vigente el decreto 4161.

En paralelo, ciertas búsquedas personales me pusieron en contacto con la obra de Bert Hellinger, el creador de la técnica de las constelaciones familiares. El trabajo de este teólogo y piscoterapeuta alemán se basa en el principio de que lo oculto o negado siempre puja por ser visto y aceptado y atraviesa generaciones. Guarda similitudes con el concepto jungiano de “la sombra” y la importancia de mirar lo oculto, para evitar que nos gobierne.

Me interesó particularmente el trabajo de Hellinger en la Alemania de posguerra, con descendientes de víctimas del Holocausto y de criminales de guerra, resumido en su libro “Después del conflicto, la paz”. Entendí que los principios de la obra de Hellinger son aplicables a las familias, pero también a las sociedades, a los países.

Poco después, me mudé al cordón oeste de Vicente López, donde se desarrollaba la vida cotidiana de los caídos y tuvo lugar la primera parte del drama de esa noche. Empecé a caminar y a habitar los mismos lugares que aquellos doce secuestrados en la fría madrugada del 9 de junio.

Tres casas más allá del 4519, el domicilio intrusado, vivían los Rodríguez. Casi en la otra esquina estaba Giunta y a la vuelta, sobre Franklin, los Brión. La sensación aterradora, fantasmal, se profundizó.

¿Sabrán lo ocurrido los que concurren al natatorio municipal de la esquina? ¿Y la murga que ensaya en la plaza La Paz? ¿Les habrán contado quiénes fueron Lisazo, Carranza, Gariboti? ¿Cómo era posible que, en el país del juicio a las juntas, el de las Madres y Abuelas, el de las políticas modelo de Memoria, Verdad y Justicia, estos crímenes permanecieran no sólo impunes sino, peor aún, silenciados?

Apenas podía imaginar las sensaciones y sentimientos de las familias desgarradas por la mano asesina de la dictadura. Durante unos meses de 2023 los acompañé, con mi tarea periodística, en su pulseada para lograr que la justicia los declarara crímenes de lesa humanidad y, por lo tanto, imprescriptibles.

Muchas veces, durante ese periodo, sentí deseos de gritar de rabia. Ahora, al fin, lo estoy haciendo, de una manera un poco más elaborada.

Carranza y Garibotti,
“Nu” y “Eve”

Las historias de las familias Carranza y Garibotti se encuentran profunda e históricamente entrelazadas, al punto que no se puede contar una sin tocar la otra. La amistad comenzó con Nicolás y Francisco, que murieron asesinados en el basural; continuó con sus viudas, Florinda y Berta; y se prolonga hasta hoy, con sus hijas, Delia y Berta (h).

No sabemos si Nicolás y Francisco se conocieron trabajando en el ferrocarril y luego fueron vecinos o, a la inversa, se conocieron primero en el barrio, donde vivían cerca, apenas a dos casas de distancia. Poco importa.

Lo cierto es que compartían muchas cosas y a partir de esas coincidencias fueron forjando una amistad a toda prueba. Tenían casi la misma edad, seis hijos cada uno y el mismo compromiso con el peronismo.

Nicolás era camarero, Francisco era guarda. Nicolás había armado entre sus colegas una agrupación sindical, los “Camareros Misioneros de Perón”. Francisco era afiliado peronista, cuidaba con celo el carnet que así lo acreditaba y pagaba religiosamente un aporte mensual al partido.

Pero hay un tercer gran protagonista de esta historia, igual en importancia. El Barrio Obrero de Boulogne, originalmente unos cuarenta chalets repartidos a lo largo de tres manzanas sobre la calle Guayaquil, creados por Perón a comienzos de su primera presidencia, en esa localidad de San Isidro, de fuerte tradición ferroviaria. Ahora, tanto Carranza como Garibotti tienen allí cada uno un pasaje con su nombre y un mural que los recuerda.

La parábola del barrio a lo largo de sus casi ocho décadas de historia es una metáfora de lo que ocurrió con la clase trabajadora. Era un barrio de casas sólidas y agradables, asignadas por la empresa Ferrocarriles Argentinos a sus trabajadores, según sus necesidades familiares, a cambio del pago de un canon mensual.

Pero la empresa sufrió recortes desde la dictadura y el fondo del barrio se fue poblando de construcciones precarias donde residen trabajadores informales, en muchos casos descendientes de los primeros pobladores.

Volbamos a mediados del siglo pasado. El barrio era ferroviario y peronista. El espíritu de la época estaba impregnado también de un fuerte componente fomentista.

Durante toda la primera mitad del siglo pasado, ese movimiento fue una suerte de apéndice de los municipios o extensión de su brazo, allí donde no llegaban, en general en las nuevas urbanizaciones y loteos, donde había más por hacer.

Los vecinos se organizaban para parlamentar con las autoridades, reclamar mejoras de infraestructura o, en algunos casos, implementarlas ellos mismos, en tanto comunidad. Ese proceso requería reuniones, organización, afectos, articulación, diálogo, paciencia, responsabilidad.

En todo eso, inseparables, espalda contra espalda, estaban Carranza y Garibotti. En el trabajo cotidiano, en la militancia política y sindical, en la organización del barrio y las obligaciones familiares.

Lo que hoy parece un despliegue desmedido de energía y actividad, era común entre hombres y mujeres de aquellos tiempos, que robaban horas al ocio o al descanso para involucrarse en cuestiones comunitarias, algunas veces con la cabeza y otras con el cuerpo.

Se sentían realizados asumiendo esas tareas. Lo hacían con naturalidad y con alegría. Así, con la misma admiración de la niñez, lo cuentan, todavía hoy, sus hijas, Delia y Berta, las protagonistas de este relato.

El narrador (también el lector) puede imaginarse el clima en aquel país pujante, en pleno proceso de industrialización, con el ferrocarril como pilar. La vida cotidiana en esas callecitas a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, con chicos jugando en el jardín delantero, un vecino que pasa en bicicleta y saluda alzando una mano, el olor a puchero que se filtra desde una ventana y perfuma la calle justo antes del mediodía.

Para los días especiales, navidades o cumpleaños, las mesas afuera, bien largas, pegadas unas con otras, un bandoneón o una guitarra sonando de fondo y dos adolescentes que se buscan con la mirada, tratando de no ser vistos.

Y el 26 de julio de 1952 a las 20:25, el anuncio del paso a la inmortalidad de Evita, la Abanderada de los Humildes, como un primer golpe a esa felicidad, cuya duración nadie se cuestionaba. A pesar de esto, en 1954 se constituyó la primera sociedad de

fomento. Su acta número uno lleva la firma del presidente, Nicolás Carranza, y el vice, Francisco Garibotti.

El segundo mazazo son dos en uno, porque comienza el 16 de junio de 1955, con el bombardeo a Plaza de Mayo y termina exactamente tres meses después, con el golpe de estado, Perón partiendo al exilio y la asunción de Lonardi como presidente de facto.

Podemos imaginar que cada uno de estos hechos afectó el ánimo de los habitantes del barrio y también su vida comunitaria. Primero la sorpresa, luego el temor, finalmente la tristeza, la vida que se recluye y transcurre intramuros, los intercambios que se reducen al mínimo por prudencia o precaución.

Ese era el trasfondo en el que, con tanto sigilo como puede hacerlo un hombre común, trabajador y padre de familia, no formado en técnicas de inteligencia y contrainteligencia, los peronistas, civiles y militares, se preparaban a la espera de la proclama de Valle.

La noche del 9 de junio, una de las más frías de ese año, fue la del tercer golpe. Don Carranza tomó un riesgo importante al recorrer el barrio. Ya no vivía allí, llevaba más de un mes prófugo y cesanteado por una acusación infundada de repartir volantes peronistas, conducta contraria al decreto 4161 de ese mismo año. Por eso entraba a ver a su familia de noche y a hurtadillas, como un ladrón. Y aún así, esa noche golpeó unas cuantas puertas más. Sólo Garibotti se decidió a acompañarlo.

Después de esa noche fatal, tantas veces narrada, ambos fueron enterrados en el cementerio de Boulogne. Sus viudas debieron atravesar un largo periplo de trámites y reclamos, sin dejar de atender las necesidades de media docena de pibes cada una. Lo hicieron juntas, tomadas del brazo.

En este punto, los destinos de Delia y Berta se separan transitoriamente. Delia, de ocho años, es internada como pupila en un colegio. Berta, de apenas dos, se queda en casa.

Las familias siguieron íntimamente ligadas, tal vez más que antes, luego de consumados los crímenes. Muchas veces, si Florinda tenía que salir, por un trámite o un trabajo, dejaba a sus hijos al cuidado de Berta. Y a la inversa. Funcionaron, en la práctica, como una cooperativa de crianza, como una comunidad. Al punto de, en varias etapas, compartir una única administración de los escasos recursos con qué contaban.

Delia tiene recuerdos muy vívidos de su padre, que preservó con esmero durante toda su vida. Berta sólo tiene, a modo de consuelo, los relatos que escuchó de su madre y sus hermanos mayores. Aún así, con el correr de las entrevistas, la construcción de la confianza y el ejercicio de la memoria, afloraron imágenes y vivencias, celosamente guardadas en el inconsciente por décadas.

Delia intentó, durante buena parte de su existencia, tener “una vida normal”, más o menos como la Susanita de Mafalda, pero finalmente el mandato de su linaje pudo más. Es, para mí, la personificación de esa máxima: no podemos huir, ni de nosotros mismos ni de nuestros ancestros.

Durante años, los gorilas insistieron con “muerto el perro se acabó la rabia”. Para ellos el perro era Perón. La respuesta de la juventud peronista, una generación más tarde fue “somos la rabia”, una manera breve, elíptica, apta para pintadas en paredones, de decir “no se acabó un carajo”.

Esa frase es la que mejor expresa a Berta. Ella es la rabia. Lo fue siempre y lo sigue siendo, a sus setenta y dos y recuperándose de una afección pulmonar. La rabia de casi no haber conocido a su padre porque se lo arrebataron, la rabia de que hayan intentado desalojarlos de su casa, la rabia de haber sido perseguidos y espiados por cada dictadura.

Berta y Delia, “Nu” y “Eve” según ellas mismas, unidas por historias familiares, crímenes políticos y tragedias nacionales. Son dos mujeres mayores, ya abuelas, que construyeron sus personalidades y trayectorias de vida a partir de las heridas fatales de los Mautser policiales en los cuerpos de sus padres.

Uno

A Delia, las voces de sus padres le llegaban como rumores a través de la puerta cerrada del dormitorio. Fue una conversación breve. Al salir la sorprendieron en el pasillo y ella reconoció la tensión en los rostros. Habían discutido.

Enseguida, Francisco llamó a uno de los hermanos de Delia. -Andá a buscar al pibe Cabeza. Decile que si quiere le doy clase ahora, que tengo un rato libre-.

Todo el Barrio Obrero de Boulogne -unas cuarenta y tantas viviendas repartidas en tres manzanas, construidas por el gobierno peronista para los trabajadores ferroviarios-, conocía las dotes de guitarrero de Francisco Garibotti y su paciencia y buena voluntad para enseñarle a los pibes. Por eso allí era “el” profesor de guitarra.

-¿Entonces no van al cine, papi?-, preguntó Delia, un poco confundida. Francisco negó con la cabeza pero enseguida se puso a afinar la guitarra. Delia sonrió instintivamente. Cuando su padre tocaba, ella era feliz.

Delia era la menor de seis hermanos, la única mujer y por eso mismo la consentida de su padre. Se dice que Francisco Garibotti, guarda de tren, hubiera seguido teniendo hijos, ocho, diez, los que fueran necesarios, hasta que llegara la nena.

Elegante, atildado, con un bigote fino prolijamente recortado, Garibotti era un experimentado trabajador ferroviario. Eso lo había llevado a habitar distintos destinos: Junín, en la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Santiago del Estero, donde había nacido Delia. Los hijos de Francisco y Florinda eran, literalmente, un paisano de cada pueblo.

Minutos más tarde golpearon la puerta y Francisco salió. No era su hermano Omar con el pibe Cabeza. Era Nicolás Carranza, amigo, vecino y compañero ferroviario, ahora cesanteado y prófugo por peronista, que venía a buscarlo con fines desconocidos.

Antes de partir con él, Garibotti, que era afiliado peronista pero a pesar de eso había logrado mantener su empleo, se quitó el reloj de la muñeca izquierda y la alianza del dedo anular de la misma mano. Le dejó sus objetos de valor a su esposa, que se sorprendió con el gesto.

Delia nunca imaginó que ese sería el último recuerdo que tendría de su padre en vida ni que en pocas horas su plácida infancia se haría trizas por las balas de las carabinas Mauser de la policía bonaerense.

De esa escena Berta concluye algo distinto a lo que afirmó Rodolfo Walsh en Operación Masacre. Garibotti no tenía previsto ir al cine y cambió de plan a último momento por la visita inesperada de su amigo y vecino, Nicolás Carranza. Por el contrario, esperaba la visita de Carranza y por eso suspendió la salida al cine. Lo que no sabemos es cómo ni quién lo puso sobre aviso de lo que ocurriría esa noche del 9 de junio de 1956.

Dos

Florinda, la mamá de Delia, abrió los ojos y tanteó con la mano el vacío del otro lado de la cama. La ausencia de su marido la sorprendió pero no tanto. Supuso que se habría quedado tocando y cantando folklore y tango en alguna peña, que lo habría vencido el sueño por ahí, que ya llegaría. Así eran las cosas entre ellos cada tanto.

Era una mujer fuerte y decidida. “Corajuda”, decían de ella las comadres en el barrio. Antes de ser madre y dedicarse a su familia había sabido ganarse la vida en la fábrica de licores “La Padilla”, uno de los grandes empleadores de la zona. Allí, simpatizó enseguida con el peronismo, por lo que su legislación laboral de avanzada implicaba en la vida cotidiana de los y las empleadas.

Al mediodía del domingo 10, ya inquieta, les pidió a los más grandes que cuidaran de los más chicos, el orden obligado cada vez que debía ganar circunstancialmente la calle, se puso un abrigo, tomó su cartera y salió a buscar a Francisco.

Recorrió galpones y talleres del ferrocarril, donde todos lo conocían y a veces se quedaban de joda, pero nadie lo había visto, ni esa mañana ni la noche anterior. Preguntó en otras casas del barrio y tampoco obtuvo respuesta. Más tarde recorrió algunas comisarías de la zona.

En el camino de regreso a casa, cuando ya oscurecía, tuvo la esperanza de encontrarlo ahí, mateando frente a la mesa del comedor, como otras veces, como si nada hubiera ocurrido. Su esperanza se desvaneció cuando abrió la puerta y encontró a sus seis hijos en silencio. Las miradas expectantes sobre ella.

Fue una noche difícil. Florinda intentó disimular sus temores, mantenerlos internos, para no alarmar a los chicos, pero un presagio oscuro comenzó a crecer en su interior. La situación también era extraña para sus hijos. Callados y quietos como pocas veces, permanecían con la vista fija en la puerta de entrada.

Delia observaba a su mamá sin que ella lo notara. No sabía qué pasaba, pero sentía una incomodidad física, una angustia que se expresaba a través de un nudo en su pequeño pecho.

Tres

El lunes, temprano por la mañana, un vecino golpeó la puerta con insistencia. Acababa de escuchar en Radio Colonia, la emisora uruguaya que ocupaba el 550 del dial, una noticia perturbadora.

Cinco cuerpos habían aparecido muertos a balazos en los basurales de José León Suárez y uno de ellos, identificado como Francisco Garibotto. Aunque la “O” final abría una hendidura mínima de esperanzas, íntimamente Florinda, “Doña Gari” para los vecinos, sabía que era él.

Ya en esos años cincuenta, Radio Colonia cumplía, de manera incipiente, el rol estratégico que cumpliría en la dictadura de 1976: eludir la censura y contar lo que se pudiera del terrorismo de estado.

Ese día, lunes 11, ni Delia ni sus hermanos menores fueron al colegio, por decisión de su madre. Sólo los dos mayores, que ya trabajaban, salieron de la casa familiar para cumplir sus obligaciones.

La puerta estaba entreabierta, cada tanto algún vecino se asomaba a preguntar si había novedades. Delia jugaba afuera, en el diminuto jardín delantero, con su hermano apenas un año mayor, cuando un jeep color verde oliva se estacionó frente a ellos.

-¿Ustedes son los hijos del que mataron?-, le disparó un uniformado, sin siquiera bajar del vehículo. Los hermanitos estallaron en una crisis de llanto y corrieron adentro, a buscar refugio en los brazos de su madre. En simultáneo, de manera casi idéntica, el mismo drama se desarrollaba a unos pocos metros de distancia, en diagonal, en la casa de los Carranza.

Poco más tarde, Delia se aferró a la mano de su madre, para ir hasta la comisaría de San Martín, donde fue oficialmente notificada. El paso siguiente era el reconocimiento del cuerpo, que aguardaba en la morgue del hospital Castex, hoy Interzonal de Agudos “Eva Perón”, sobre la ruta vieja 8, y distante apenas diez o doce minutos del centro de San Martín donde se encontraba la Regional.

Comenzó entonces una áspera discusión entre mamá Florinda y el comisario Rodríguez Moreno. El policía no permitía el ingreso de una niña a la morgue, pero la viuda de Garibotti no estaba dispuesta a dejar a su hija sola allí. Tras largos minutos, ella finalmente accedió, decidida a terminar cuanto antes tan doloroso trance.

Delia no sabe cuánto tiempo pasó allí exactamente, sólo que la solitaria espera se le hizo larga, muy larga. Sentada en un amplio banco de madera, las manos entrelazadas, era invisible para los agentes que iban y venían delante de ella.

Finalmente, entró su madre, por la misma puerta por la que había salido. Le dijo “vamos” y ella no tardó un segundo en pararse a su lado y tomarle la mano. Volvieron a casa en silencio, cuando ya era noche cerrada.

Al llegar, mamá Florinda reunió a sus seis hijos alrededor de la mesa del comedor. En pocas palabras, confirmó que la policía había matado a Francisco, que podrían enterrarlo al día siguiente, miércoles, y encima había que ser muy discretos con todo el asunto.

Por la mañana siguiente, asistirían todos juntos al cementerio, vestidos de luto, para despedir a su padre.

Cuatro

Los Garibotti llegaron al cementerio de Boulogne puntualmente a las diez de la mañana, la hora convenida. El lugar del entierro había sido también motivo de discusión entre la viuda y los funcionarios policiales y judiciales de la dictadura. Florinda quería enterrarlo en San Isidro, donde ya descansaban otros parientes.

Pero ese cementerio quedaba -queda- en la zona céntrica, a pocas cuadras del hipódromo, y eso hubiera representado demasiada exposición, demasiada visibilidad para un hecho que el gobierno de facto tenía decidido mantener en las sombras a toda costa.

La alternativa, a la que la señora de Garibotti no pudo oponerse, fue enterrarlo en el cementerio de Boulogne, en el mismo distrito, pero mucho más alejado y menos concurrido por aquel entonces. Curiosamente, al ensancharse la autopista Panamericana en los noventa, la colectora que va hacia el sur pasa ahora por la puerta de esa necrópolis.

Allí, parados, permanecieron los Garibotti durante largas horas, esperando para despedir a quien había sido su esposo y su padre. Pasó una hora, sin nada que hacer ni que decir, y los vehículos oficiales que debían transportarlo no aparecieron. Pasó otra hora y otra más.

Se fue así la mañana y luego se consumió lentamente la tarde. Los Garibotti permanecieron inmutables. Oscureció temprano, eran los días más cortos del año, las puertas se cerraron al público pero ellos debieron quedarse y seguir esperando. La misma situación se prolongó durante las horas iniciales de la noche: la espera, el silencio, la angustia mezclada con tedio.

Delia supone que sería alrededor de la medianoche cuando llegó una ambulancia escoltada por dos patrulleros, ingresó al cementerio y les hizo señas de seguirlos a pie. Descargaron dos cuerpos, el de Garibotti y el de su amigo, Nicolás Carranza y los dejaron caer en el piso, como quien se saca un peso de encima.

Al golpear, la tapa se corrió de su lugar y Delia, llamada por el ruido, soltó la mano de su madre y corrió a ver a su padre por última vez. El supuesto cuidado, el celo con que los policías habían impedido a Delia acompañar a su madre a la morgue, se revelaba ahora como un maltrato adicional. La niña accedía al mismo espectáculo, un día más tarde, en circunstancias más dramáticas.

Siempre recordará el agujero en el pecho, del lado izquierdo, grande como un pedrazo. Lo que vio, comprendió años más tarde, era un orificio de salida y no de entrada, de la bala calibre 7,65 del fusil alemán marca Mauser.

El entierro fue breve, iluminado apenas por los faros de los vehículos, la misma luz de la que se habían servido para terminar con las vidas de los militantes peronistas. A pesar de que le habían prohibido llevarle flores, Florinda encontró la manera de tirarle, entre palada y palada de tierra, un ramito de Nomeolvides.

Cinco

Florinda era una mujer de carácter, resuelta y acostumbrada a tomar decisiones en la adversidad. La familia, tal como había sido hasta el 9 a la noche, ya no existía y era en vano, y hasta peligroso, negar esa nueva realidad. Debían reconfigurarse cuánto antes.

Primero conversó a puertas cerradas con los dos más grandes, Juan Carlos y Omar. Ellos ya trabajaban, pero ahora compartirían entre los tres, y solamente ellos tres, la responsabilidad de sostener la casa y los gastos de los más chicos.

Luego, con ayuda de su mamá, Delia puso sus cosas en una valijita. Juntas partieron al colegio Santa María de Luján, donde quedó internada. Aceptó su nuevo destino en silencio. Nunca pudo despedirse de sus amigas de la escuela 7 de Boulogne, de la que desapareció sin dar explicaciones. No había pasado ni una semana completa desde la muerte de su padre.

El trato de las monjas era amable aunque el régimen era duro. Florinda nunca le dio instrucciones de cómo responder si le preguntaban por su padre, pero allí se hablaba muy poco y ese silencio era para Delia una forma de alivio. Los otros dos varones, más cercanos a ella en edad, con los que había compartido juegos, fueron internados con un régimen similar en el colegio Estrada de La Plata.

Los viernes, mamá Florinda o alguno de los mayores, iban a buscarla para pasar el fin de semana juntos en la casa familiar del Barrio Obrero. Omar ya era ferroviario, como su padre, y eso les permitió conservar la vivienda casi sin sobresaltos, a diferencia de lo que ocurrió con los Carranza. Juan Carlos asumió tareas de custodia para distintos sindicatos. Florinda, para ganarse la vida, hizo un poco de todo: cosió y lavó ropa para otros y también cuidó chicos ajenos.

Delia nunca supo del todo cómo habían elegido esos colegios para ella y sus hermanos y quién y cómo pagaba esas cuentas. Mucho más tarde sospechó que había también aportes económicos de otros compañeros

de su padre.

Terminada la secundaria, Delia intentó vivir “una vida normal”. Su relación con la militancia y el legado de su padre está llena de idas y vueltas. A diferencia de muchos de su generación, incluyendo sus propios hermanos, no hizo política en su juventud. Se casó joven, a los veintidós, con alguien que no venía del peronismo ni tenía interés en la política. En 1970 nació su hija mayor. Mamá Florinda murió unos meses antes de conocer a su nieta.

Aún cuando lograra vivir la “vida normal” y familiar que la dictadura le arrebató en 1956, había una cita a la que Delia no faltaba. Todos los 9 de junio iban, un grupo de familiares, amigos y compañeros, a rendir homenaje, primero a José León Suárez y luego a los cementerios, unos a Boulogne y otros a Olivos.

A veces eran diez o doce, a veces eran treinta o cuarenta. La intensidad del despliegue policial, que no les daba un segundo de paz, variaba según fueran tiempos de democracia o de dictadura. Los primeros años, la montada los esperaba en la estación y recorría con ellos toda la distancia hasta el monolito.

Una vez, Delia no puede precisar el año, hubo un doble cordón de efectivos, apostados a un metro entre sí, todo a lo largo desde la estación hasta el lugar del crimen, algo totalmente desproporcionado para amedrentar a un puñado de personas que iban a rendir homenaje a sus muertos. Lograban salir de ahí y al llegar al cementerio se encontraban con el mismo escenario.

Durante años, Delia no tuvo en su casa fotos de Perón y Evita. Mucho después, el cantante Roberto Rimoldi Fraga le regaló un cuadro de Perón con la famosa foto que lo muestra de uniforme, montado en su caballo pinto. Delia aceptó el presente. Pasó un buen tiempo hasta que se decidió a colgarlo.

A lo largo de toda su vida, Delia fue forjando una relación de amistad, confianza y complicidad con Berta, la menor de los Carranza. Una amistad que antes compartieron sus padres, Francisco y Nicolás, y luego sus madres, Florinda y Berta. Era común que salieran juntas del brazo a ha-

cer trámites, reclamos de pensiones o lo que fuera necesario, como antes sus maridos habían recorrido los talleres del Belgrano Norte y los locales sindicales de la Unión Ferroviaria.

En 2025, el 9 de junio por la mañana, se hizo el acto habitual en José León Suárez. Por la tarde, gracias a las insistentes gestiones de Berta, se cumplió un largo anhelo de los hijos y familiares: el homenaje en la sede del Partido Justicialista Nacional, en Matheu 130, presidido por Cristina Fernández de Kirchner.

Berta no pudo asistir. Ese año, pasó varios meses internada por una afec-
ción pulmonar que casi se lleva su vida. Ahora está bien, pero la expe-
riencia la modificó por completo. Dejó de fumar y, como suele ocurrir,
engordó algunos kilos. “Parezco mi vieja”, se ríe de sí misma.

Delia visitó y acompañó a su amiga cada hora de cada tarde de esa larga
internación, tanto como le fue posible, a pesar de sus setenta y siete años
y de las dificultades de moverse en transporte público. Fue la primera vez
que desobedeció a su amiga, que no se cansaba de repetirle: “boluda, no
vengas más”.



Berta Figueroa y Florinda Allende



Berta Carranza y Delia Garibotti



Francisco Garibotti

Carranza,
“somos la rabia”

Uno

A poco de promulgado el decreto 4161, la vida de Nicolás Carranza daría un vuelco importante. A mediados de otoño, llegando a Tucumán en una formación del “Estrella del Norte”, supo por un compañero subido en Rosario que la policía lo esperaba para detenerlo. Escapó por poco, después de saltar a las vías y escabullirse entre las formaciones detenidas.

La acusación era por repartir panfletos peronistas, obviamente prohibidos. Entonces Carranza supo que, como lo tenían marcado, y bien marcado, respetar la prohibición tampoco le hubiera evitado un destino de cárcel.

A Carranza su clandestinidad le pareció, como nunca antes, sumamente inoportuna. Su compañera, Berta Figueroa, estaba encinta por sexta vez. Ya tenían, en escalera descendente, a Elena, María Eva, Juan, Carlos y Bertita. Afortunadamente, Berta cursaba el sexto mes, y su compañero confiaba en que todo se aclararía o resolvería de alguna forma antes de la fecha de parto, prevista para julio.

Nicolás y Berta se habían conocido en Frías, la segunda ciudad en importancia en Santiago del Estero. La familia de Berta, los Figueroa, eran de allí. Nicolás, en cambio, llegó luego de un largo periplo. Había abandonado su Córdoba natal a los diecisiete. Desde entonces y antes de asentarse en la calurosa Frías, recorrió varias ciudades y se ganó la vida con diversos oficios.

Al llegar allí, aceptó un empleo de ladrillero, sin saber exactamente a qué atenerse. Más temprano que tarde comprendió que, entre el calor del horno y el de la atmósfera, el oficio era insalubre, y nadie lo sobreviviría si no se lograban ciertas mejoras en las condiciones laborales. Pero los ladrilleros no estaban sindicalizados. Ese fue el primer paso que dio el joven Carranza en el activismo.

En aquellos años, Carranza no tenía tiempo de aburrirse. Al trabajo y a la intensa actividad sindical, se le sumaba un elemento casi cinematográfico. Los Figueroa no aprobaban la relación de Berta con el forastero y Frías

era un pueblo muy pequeño, en el que no había dónde ocultarse.

La pareja se veía a escondidas, debajo del puente carretero, que cruza el río Dulce y une las ciudades de Santiago y La Banda, al que los Carabajal le dedicaron una hermosa chacarera. Para esos encuentros, fugaces y clandestinos, recorrían más de cien kilómetros cada vez.

Poco después, la respuesta patronal a los reclamos que encabezó Carranza no se hizo esperar. Fue detenido, acusado de agitador y encerrado sin juicio. Estuvo guardado unos meses, los primeros de 1943.

En junio de ese año se produjo el golpe de estado propiciado por el Grupo de Oficiales Unidos, GOU. Casi enseguida, el coronel Perón, secretario de Trabajo y Previsión del nuevo gobierno, encabezado por Ortíz, firmó su liberación. Desde entonces, Carranza profesó una fe incondicional por el peronismo.

La liberación no llegó sola sino con un combo: nuevo empleo, como camarero en el ferrocarril, con base en Buenos Aires. A los Carranza, Nicolás, Berta y la pequeña Elena que tenía unos meses, ya nada los retenía en Frías.

El primer hogar de la familia en las afueras de la gran ciudad fue un vagón de tren, especialmente acondicionado, fijo en la estación de Boulogne. Allí residieron, a la espera de que se completara la construcción del Barrio Obrero, allí a unas veinte cuadras.

Pero la familia Carranza no dejaba de crecer. Después de Elena, vino María Eva. Estaban apretados en el vagón. La tan ansiada mudanza al Barrio Obrero, donde estrenaron un chalet de dos habitaciones, con jardín y techo de tejas, fue más un alivio que una alegría. Comenzó entonces una etapa feliz, serena y productiva a la vez, en la que Carranza tuvo un rol muy activo en la incipiente comunidad.

Dos

Nicolás Carranza, nacido en Córdoba en 1920, llevaba ya más de una década en Buenos Aires, pero mantenía al hablar el canto característico de su provincia. Allá había aprendido, entre otros, el oficio de carpintero.

Por eso, en su casa del Barrio Obrero montó un taller, donde enseñaba a los pibes a trabajar la madera y reparaban juntos muebles de algunos vecinos. Más que nada, hacían juguetes, que después se repartían, cada año, durante el festival del Día del Niño.

Carranza era un personaje conocido. Además de esta actividad, integraba la sociedad de fomento y la cooperadora de la escuela. Su casa funcionaba, en la práctica, como una unidad básica donde se reunían los “Misio-neros de Perón”, una agrupación conformada exclusivamente por camareros del ferrocarril. Mantenían una relación no del todo orgánica con el sindicato de la Unión Ferroviaria, que se volvió definitivamente más tensa después de septiembre del 55.

Era una Argentina con muchas líneas ferroviarias de larga distancia, cada una contaba con su coche comedor y, en consecuencia, con su servicio de camareros. Se trataba de un empleo que requería cierta presencia y modales. A cambio otorgaba un prestigio en el mundo ferroviario, y era relativamente bien pago. En ese entorno se crió Berta (h), Bertita en buena party del relato, la quinta de los seis hijos, hasta los dos años.

Ella es la encargada de transmitir la historia familiar. Lo hace desde la misma casa donde transcurrió su infancia, la que le fue asignada a su padre ferroviario, la que su madre debió defender de los intentos de desalojo, la que fue motivo de desvelos y luchas.

Berta construyó, en el fondo de ese lote, con la bendición de su madre, la casa en la que esperaba criar a sus hijos. Sólo se fue de allí transitoriamente en dictadura, cuando su vida corrió peligro. Ella la compró, en el marco de una compleja operación política y financiera, cuando Ferrocarriles Argentinos empezó a desprenderse de sus bienes durante el gobierno menemista. Berta y su casa son una.

Tres

1956. Los cambios en el clima político y sus consecuencias directas en su familia impactaron físicamente en mamá Berta. Producto de los nervios por tener a su marido prófugo (hasta se llevaron unas horas a Elena, de doce años, para interrogarla), a Berta se le adelantó el parto.

El optimismo de Nicolás Carranza resultó infundado. La expectativa de que su situación se resolviera antes del nacimiento de su sexta hija no se llegó a cumplir. Más grave aún: Berta estaba sola a cargo de seis hijos, la más pequeña de ellos, Julia, una frágil sietemesina.

Donde funcionaba la maternidad hoy hay un edificio del área de cultura del municipio. Muy cerca de allí estaba el registro civil, pero Carranza ni siquiera pudo inscribir a su hija y darle el apellido, porque pared de por medio estaba la comisaría. Por eso Julia fue durante décadas Julia Figueroa.

Con todo en contra, Nicolás y Berta idearon un sistema para que él pudiera pasar tiempo en casa y asistirla en las tareas de cuidado. Cuando comenzaba a oscurecer, mamá Berta llevaba a Bertita hasta el comedor, que tenía dos grandes ventanas cuyas persianas permanecían bajas, con la excusa de cuidar el sueño de la bebé.

Nicolás llegaba siempre con las solapas del abrigo levantadas y la gorra hacia abajo, encasquetada, tratando de cubrirse el rostro, para pasar un rato en familia. En vez de golpear, rasguñaba suavemente la persiana de madera. Bertita detectaba enseguida ese sonido y daba aviso a su madre, que lo hacía pasar.

La familia se acostumbró al silencio, a hablar a media voz, a cambiarle el nombre a las cosas y el sentido a las palabras. Bertita no podía decir “papá”, porque su madre temía que se le escapara después, delante de algún desconocido. Por eso, durante los fríos meses del otoño de 1956, para ella Nicolás era “el hombre”, aunque en realidad la pequeña de dos años pronunciaba “el homie”.

Cada vez que pudo, Carranza se quedó en su casa, lavó pañales y calentó mamaderas para la recién nacida y les contó cuentos a los más chiquitos, Bertita, Carlos y Juan. A veces, cuando todos se habían acostado, en vez de partir, se subía a la buhardilla, entre el cielorraso de machimbre y el techo de tejas. Allí, oculto, pasaba la noche.

Unos días antes del 9, había llegado a casa de los Carranza una notificación. Les reclamaban una deuda y amenazaban con un desalojo urgente en un plazo no mayor a treinta días. Fue el primer aviso de una larga serie.

Parte de la conversación entre Nicolás y su compañera, la noche del 9, se centró en ese drama. Mamá Berta le contó la novedad a su compañero, le mostró el documento e intentó convencerlo de que se entregara. Tal vez así dejarían de presionarlos, pensó.

Es imposible saber qué nivel de conocimiento tenía Berta Figueroa de los planes del general Valle para esa noche, que incluían a su marido entre los protagonistas. Pero es indudable que él al menos algo le había contado. Sólo así se explica lo que hizo más tarde.

Tras una conversación cargada de incertidumbre, Carranza partió en medio de la noche, las solapas del sobretodo más levantadas que nunca y las manos en los bolsillos, a golpear cada puerta del barrio con el objetivo de llevar al departamento de Florida el grupo más nutrido posible. Minutos después, siguiendo sus indicaciones, los otros siete Carranza se desplazaron hasta la casa de los Acuña, justo enfrente.

Carranza sabía que la esposa de Norberto Gavino, el líder de la columna norte, había sido detenida como elemento de presión y no quería que su familia corriera la misma suerte. Los Acuña eran otra familia peronista, de buena relación con los Carranza, y los acogieron a pesar del riesgo que implicaba.

Pero la situación era demasiado confusa y angustiante para los más chicos, que no lograban contener el llanto y la inquietud. Acuña, también ferroviario, trabajaba desde temprano ese domingo y Berta decidió volver al hogar con su prole para preservar el descanso de su vecino, a riesgo de terminar todos en la comisaría.

Cuatro

Los días, semanas y meses inmediatamente siguientes a los crímenes del basural, están como en una suerte de nebulosa. El duelo familiar se entrelaza con las amenazas e intimaciones de desalojo, el llanto de su madre contenido a duras penas, la preocupación permanente por la subsistencia, la falta de un ingreso estable, los arreglos de ropa para parar la olla.

Durante esos primeros tiempos, mamá Berta solía ausentarse por largas horas, muchas veces con Florinda, la viuda de Garibotti, para hacer trámites o en busca de trabajo. Entonces, la pequeña Julia, que seguía siendo una bebé de pecho, quedaba a cargo de los Acuña. Los mismos que habían intentado darles refugio la noche del 9 al 10. Allí también había un bebé y su madre los amamantaba a ambos.

Mamá Berta convivió durante casi dos años con la obsesión de parar la olla y el fantasma de ser echados a la calle. Los primeros meses fueron los más duros. Con el dolor de la pérdida de Nicolás aún fresco, debió hacerse de una clientela. Cosió, lavó y arregló ropa de vecinos y conocidos. Esa fue su primera actividad. Los salvó la máquina Singer de la Fundación Evita.

Ya en 1957, mamá Berta consiguió un empleo formal, con recibo de sueldo, obra social y aportes jubilatorios, en la fábrica de Industrias Llave, en Beccar, partido de San Isidro, cerca de su casa.

Allí se fabricaba el calzado Llavetex. Hecho en goma y con puntera reforzada, fueron el primer antecedente de las zapatillas Flecha y Topper que usaron las generaciones siguientes. Ese empleo mejoró la economía familiar, pero el riesgo del desalojo aún persistía, ya que no había ningún ferroviario vivo en la familia que justificara el usufructo de la casa.

Con los años, Berta hija ata cabos y cae en la cuenta. Si lograron conservar la casa, pagar los alquileres atrasados y evitar el desalojo, es porque hubo ayuda de compañeros cercanos. Recuerda especialmente a una familia, los Martorano. Llegaban cada tanto cargados de bolsos con ropa,

calzado y algunas provisiones salvadoras.

Desde el comedor de su casa, siempre la misma, resalta la presencia frecuente de Norberto Gavino, uno de los sobrevivientes, que para ella era como un tío. Berta sospecha que, en esos años críticos, traía dinero para que su madre pudiera afrontar los gastos.

Hasta que una gestión de los Lizaso, ya bajo el gobierno de Frondizi, logró al fin que mamá Berta ingresara como archivista al edificio principal de Ferrocarriles, entonces ubicado en Maipú 4, Retiro. Frondizi había accedido a la presidencia con los votos del peronismo proscripto y eso daba lugar a algunas modestas contraprestaciones.

Con el nuevo empleo, la familia recuperó algo de la estabilidad perdida. Volvieron ciertas rutinas. Mamá Berta se iba temprano a trabajar, los chicos se despertaban a media mañana, a excepción de Elena, la mayor, que quedaba a cargo de la casa. Ella les preparaba el almuerzo, comían y partían hacia la escuela a pie, los tres juntos, Carlos, Juan y Bertita.

Berta hija es una mujer desenfadada, que suele adoptar un tono jocoso, ligeramente burlón, a la hora de recordar a su madre. Sin embargo, cambia su actitud cuando se refiere a su hermana mayor, Elena.

Ocurre que Elena la maternó tanto como su madre. Su presencia cotidiana, sus cuidados, cuando apenas tenía doce o trece años de edad, permitieron que la familia permaneciera unida y que Bertita, Carlos y Juan, tuvieran una infancia. Elena entregó su adolescencia y su juventud en nombre de la crianza de sus hermanos más chicos.

Recién alrededor de sus veinte años, Elena salió de la casa para trabajar. Consiguió empleo en una fábrica de colchones en Munro, que entonces era un gran polo industrial a sólo tres estaciones de su casa. La parte más importante de su sueldo, como era costumbre en esa época, quedaba en manos de mamá Berta, como aporte a la economía familiar.

Luego, cuando se casó y tuvo sus hijos, consiguió una vivienda en el mismo Barrio Obrero, a pocas casas de distancia. Como buena hermana

mayor, nunca se desentendió de lo que ocurría con los más chicos.

Mucho más tarde, ya en el siglo veintiuno, Elena fue una de las impulsoras de la creación de la Comisión por la Memoria de San Martín. Por ese episodio, hubo rencillas políticas entre las dos. Berta, que no tiene pelos en la lengua ni reparos en pelearse con nadie, sin embargo, evita con elegancia la cuestión. “Mi hermana me crió y le estoy agradecida, no voy a hablar de eso”. Fin.

Los tres hermanos, dos varones y Bertita, eran un equipo indisoluble. Compartía con ellos todos los juegos, sin excepción, incluso el fútbol. El resto de los pibes del barrio no se relacionaban con ellos, pero este recuerdo no le resulta doloroso, salvo en un par de excepciones.

Como apenas tenía dos años en 1956, no conoció el estado de cosas anterior, en el que todos jugaban con todos, sin temores ni tabúes y el barrio era una comunidad feliz. “Mis hermanos eran mi mundo, éramos felices los tres”, rememora.

Cinco

Una frase es el primer recuerdo nítido de Bertita. Se la dijo su madre al oído, mientras la peinaba, justo antes de comenzar el primer grado. Una instrucción, una advertencia, todo eso condensado en unas pocas palabras. “Si te preguntan, tu papá se murió del corazón”. La niña, confundida, asintió con la cabeza.

En esos días era 1960, Frondizi había ganado las elecciones presidenciales con los votos del peronismo proscripto, pero la democracia tenía sus límites, sus zonas grises y sus puntos ciegos. “El miedo no es sonso”, dice el refrán popular.

En la escuela, donde la historia de su padre no era conocida, Bertita era una más. En esos primeros años de la década del sesenta, la escuela pública era punto de reunión de las distintas clases sociales y allí coincidían sin conflicto hijos de fabriqueros, ferroviarios, comerciantes y profesionales. “En la escuela estaba todo bien. Sólo las maestras eran gorilas”, dice, enigmática y pide paciencia porque promete desarrollar la idea más tarde.

Mamá Berta, en cambio, veía, escuchaba y notaba cosas que sus hijos afortunadamente no. Como los tipos que se subían a la copa del frondoso plátano de la vereda, para tratar de ver desde allí el movimiento en el interior de la casa, en busca de actividad peronista. El saldo eran ramas quebradas, que se veían la mañana siguiente. Alguna vez hasta oyeron un golpe, como de una caída.

Nunca supieron si los vigilaba la DIPPBA, el área de inteligencia del Ejército Argentino o la SIDE, pero eso no modifica la sensación física de saberse espionado, de carecer de la mínima intimidad. Hasta que un día mamá Berta hizo talar el álamo, con la excusa de que las raíces levantaban las baldosas y los fisgones ya no tuvieron desde dónde espiar.

El siguiente recuerdo de Berta hija es el vacío que le hacían otros chicos de su edad, en los juegos en la calle frente a su casa, las pocas veces que intentó ampliar su universo. Alguna vez, se lo dijeron en la cara. “Mi

mamá no quiere que juegue con vos, no me deja”.

Berta vuelve a percibir, intacta, la rabia contenida. Dice que aquella niña que fue no lloró a pesar del nudo en la garganta y la presión desde adentro de sus ojos. Dominó su rostro y se dio vuelta en silencio, casi con desdén, disimulando el sabor amargo en la boca.

Cada una de esas frases fue templando su personalidad. “Con los años entendí y perdoné. Estaban muertos de miedo. No puedo juzgarlos”, dice ahora.

Pero la cicatriz permanece.

Seis

En dos ocasiones a lo largo de su infancia, Berta se permitió soltar el grito, escupir la verdad. Una fue a los doce años, en 1967. Una compañerita llevó a la escuela, escondido, prolijamente doblado, un recorte de diario con la noticia del fusilamiento del Che Guevara en Bolivia. “A mi papá le hicieron lo mismo”, dijo, y su propia historia le cayó encima, como una certeza, por primera vez.

La siguiente, años más tarde, tuvo otras connotaciones. Fue en voz alta, delante de todo el curso. La directora había ingresado al aula, acompañada de una inspectora del distrito escolar. Hacían pasar a cada estudiante al frente. Allí, de pie y frente a todos, les formulaban preguntas sobre su familia: quiénes eran sus padres, sus nombres y sus oficios.

Berta recuerda a la perfección su respuesta. Se acomodó el delantal, se aclaró la garganta y dijo de un tirón: “a mi papá lo mataron por peronista”.

Se hizo un silencio tenso, pero Berta sostuvo la espalda erguida y la vista al frente. Enseguida, la inspectora decidió que ya habían sido suficientes interrogatorios para un día y retomaron las clases.

La directora citó de inmediato a mamá Berta, que estaba un poco más tranquila con la casa, pero la llegada de una nueva dictadura, la de Onganía, había reavivado viejos temores. Pero mamá Berta trabajaba todo el día, desde muy temprano, y no tenía forma de acudir a la cita.

Las cosas se agravaron semanas después, cuando uno de sus hermanos, no recuerda cual, protagonizó una situación similar. Entonces, mamá Berta, que sabía que la directora, de apellido Lampón, vivía cerca del Barrio Obrero, se presentó en su casa una tarde noche, para anticiparse y tratar de desactivar cualquier sanción o denuncia.

La Berta septuagenaria ríe al imaginar la incomodidad de esas dos mujeres, el susto, las medias palabras. La recomendación de la directora fue que los enviara a ambos a un colegio internado. Tal como hizo Florinda,

viuda de Garibotti, con Delia, su única hija mujer.

Una escena repetida en esos años. Mamá Berta disfruta uno de sus escasos momentos de sosiego, escuchando o tarareando el vals del Danubio Azul, una de las melodías preferidas de Nicolás, que le permite evocar a su marido asesinado. Bertita se acerca sigilosamente. “Mamá, ¿qué es el peronismo? ¿Por qué mataron a papá?”. “Callate, nena. Callate. Por favor”.

A pesar del miedo, mamá Berta cuidaba y cultivaba una planta de Nomeolvides, la preferida de Evita, en el jardín. La flor, entre celeste, azul y violácea, tenía una particularidad: unos pequeños pelitos, como abrojos, la hacían adherente al cabello de las mujeres o la solapa del saco de los hombres. Bastaba con apoyarla y apretarla un poquito para que ya no se moviera.

Siete

Ya en la adolescencia, Berta se abrazó a la militancia peronista, el único retazo de su papá al que todavía podía acceder. Otra vez, quien la llevó de la mano fue Norberto Gavino.

De edad indefinida, pero unos años mayor que Carranza, Gavino había sido uno de los jefes del fallido alzamiento de Valle. Estaba a cargo de la regional norte. Podemos inferir que se sentía responsable por los huérfanos que habían quedado como saldo de aquel lance. Por otro lado, no tenía hijos, de manera que fluyó entre ellos, de una manera muy natural, cierta forma de padrinzgo.

A comienzos de los setenta, en plena campaña de “luche y vuelve”, Gavino era la referencia más importante a nivel territorial en el peronismo de San Isidro. La chapa de sobreviviente de los basurales cimentaba su mito. Fue candidato a intendente del distrito en las elecciones del 11 de marzo de 1973.

Una de sus unidades básicas estaba a la vuelta del Barrio Obrero. Berta recuerda los meses que duró esa campaña como una de las etapas más divertidas de su vida. “No me iba a quedar en mi casa”, dice, y le brillan los ojos. Por primera vez, empezaba a completar el destino de su padre, el que le había sido violentamente negado por las balas de los Mauser policiales.

A Berta los años se le mezclan y el tiempo se vuelve una nube de contornos imprecisos. Recuerda que fue un 9 de junio en dictadura, bajo el gobierno de Levingston o de Lanusse, cuando conoció a Susana Valle.

Como cada año, fue al monolito a rendir homenaje a su padre. Esa vez, el obstáculo para llegar era doble. A la habitual presencia policial se sumaban grupos de otros sectores del peronismo, que desde la tendencia identificaban como “la ortodoxia” o “la burocracia”.

A poco de empezar a caminar hacia la emblemática hilera de eucaliptos, sonaron los primeros tiros. Algunos retrocedieron, pero Berta no. Al-

guien, de los que venía en sentido inverso y se cruzaba con ella, le gritó que allá adelante estaba Susanita. “Susanita” era Susana Valle, la hija del General Juan José Valle, líder del movimiento de restauración.

Ebria de audacia juvenil, Berta llegó hasta ella y se presentó como la hija de Nicolás Carranza. Susana la abrazó como si la hubiera estado esperando desde hacía años. Desde entonces, anduvieron juntas para todos lados.

Susana fue, para el resto de los hijos de los caídos, una figura similar a la del General Valle para sus padres. Clara y decidida, pero a la vez presente y contenedora, sobre todo con esas pibas, unos años más chicas que ella, pero igual de huérfanas.

A pesar de su juventud, Berta nunca fue un soldado raso. Su apellido y la historia de su familia, por primera vez, cobraron un nuevo sentido, impensado hasta poco tiempo antes.

“Por ser hija de mi papá, todos sabían quién era yo. Y se abrían ante mí puertas que no se abrían para ninguna otra piba de mi edad”. Por ese motivo, Berta, empujada por Susana y a veces acompañada por ella, hacía de mensajera. “Me la pasaba llevando y trayendo mensajes entre gente importante del movimiento”, confiesa con visible orgullo, pero todavía se reserva celosamente el contenido de esos mensajes.

En esa época, 1972, Berta militaba para Gavino. Iba con frecuencia a La Cava, la villa más grande de San Isidro a aplicar sus conocimientos de enfermería. Sobre todo, vacunaba chicos, pero también perros.

Una tarde noche se había reunido una pequeña multitud en el lugar al que habitualmente acudían, una casa precaria sin ninguna identificación, para evitar represalias, que funcionaba como unidad básica. Gavino caminaba nerviosamente de una punta a la otra y fumaba en silencio. Sólo se calmó cuando un auto se detuvo frente a la puerta, se bajaron dos compañeros y descargaron del baúl un proyector y unas latas.

Berta, como la mayoría de los presentes, no sabía qué iban a proyectar exactamente. La situación política obligaba a extremar los cuidados. A

los pocos minutos comprendió que se trataba de “Operación masacre”, la película de Jorge Cedrón, filmada en el barrio Villa Concepción de San Martín. La historia de su padre. Su historia. Sintió el pecho hinchado.

En 1973, de la mano de Cámpora, Gavino ganó la elección local y San Isidro tuvo intendente peronista. Apenas duró un año y fue destituido, pero Berta conserva el recuerdo de aquel momento como mágico.

No todos los hijos de los caídos habían seguido el mismo camino, pero existía entre ellos un hilo invisible de solidaridad. A poco de comenzar su breve mandato, Gavino estaba preocupado por la oposición que ejercía el sindicato municipal, según él en manos de “burócratas”, peronistas que no comulgaban con la radicalización de la juventud alentada por Cámpora.

Berta concurrió a una asamblea que, sabía, se iba a poner picante. En la puerta, la reconoció uno de los hermanos de Delia, que hacía tareas de seguridad para Victorio Calabro. Berta se le acercó, sorprendida. “Rajá ahora, que si se pudre tengo que tirar”, le avisó.

El sueño de la patria socialista estaba definitivamente terminado en 1974. Ese año, Gavino fue destituido y remplazado por un interventor designado por Isabel Perón. Uno de los primeros decretos de Abel José Varela al frente del municipio fue para cesantear a Berta, que hasta entonces era planta permanente.

Berta se casó y tuvo hijos, pero permaneció en el Barrio Obrero. Junto con su marido, instalaron una prefabricada en el fondo del terreno familiar. Ella intentaba disimular su militancia a los ojos de su madre, que a pesar de los nuevos vientos seguía igual de asustada y desconfiada. El tiempo no tardó en darle la razón.

Ocho

La misma noche del golpe, Berta dejó Barrio Obrero por primera vez en su vida. Partió con su marido, su hija y unas pocas pertenencias. Primero, a la casa de una tía política en Don Torcuato.

Poco después, cuando intuyó que su presencia había comenzado a llamar la atención de los vecinos, se mudó a una cabaña en el río Pacú, primera sección de la isla del delta de Tigre.

A Berta y a su familia los salvaron su instinto de conservación. Muy poco después de dejar la casa de la familia de su marido, cayó una patota. Revolvieron, rompieron, robaron y amenazaron, pero se fueron sin lo que buscaban. Desde ahí, la relación con esa parte de la familia no volvió a ser la misma, como si le reprocharan ser quien era.

En el delta, tenían muy poco, pero se las arreglaron bien. Se insertaron rápida y armónicamente en ese juego de silencios y aislamientos que los isleños juegan tan bien. Con sus vecinos, la regla era pocas palabras, menos preguntas todavía y compartir lo que se tiene, desde la leña a la harina.

Así pasó un año y otro más. Cada tanto, Berta hacía una “incursión al continente”, como llaman pomposamente sus viajes a San Fernando, para tomar la temperatura de la calle, la represión y el peligro.

En 1981, cuando su hija mayor, que no había asistido al jardín de infantes por precaución, ya tenía edad para primer grado, volvieron al barrio. Y, por supuesto, a la casa.

Con la democracia, Berta volvió a trabajar de enfermera y a militar en el Peronismo Revolucionario. Como sus compañeros de organización, se entusiasmó con el proyecto de Menem en 1988. Llegó a convertir su casa en una unidad básica, que llevaba el mismo nombre que en los tiempos de su padre, “Misioneros de Perón”.

Por esos años, con Antonio Cafiero gobernador, la prioridad en Boulog-

ne eran las obras hídricas para que el bajo dejara de inundarse con cada crecida del Reconquista.

Su estilo, frontal, desenvuelto, le permitió a Berta construir relaciones tanto con esa línea, que entonces tenía en Teresa García a una figura importante, como con Fernando “Pato” Galmarini y su compañera de entonces, Marcela Durrieu, “La Pata”, que encabezaban el menemismo a nivel local.

A Berta, el amor por Menem se le terminó con los indultos. Para entonces, siguiendo la tradición familiar, gracias a su hermano Carlos, que ya tenía una extensa carrera en la empresa, había cambiado la enfermería por un empleo en el área de ropería de Ferrocarriles Argentinos. Ellos repartían los uniformes a los trabajadores. Duró unos cinco años, hasta que le ofrecieron un retiro voluntario, en el marco del plan de achicamiento.

También por Carlos, que entonces militaba en APDFA, el sindicato de ferroviarios jerárquicos, supo que se venía la privatización y con ella la enajenación de una serie de bienes de la empresa, incluido el barrio donde había transcurrido su vida.

Esa información era importante y necesaria pero no suficiente, porque la prioridad de la empresa era vender el bien completo y no cada casa a sus ocupantes. Comenzó entonces una carrera alocada para organizarse, formar una cooperativa de vivienda y lograr la inscripción en el Instituto Nacional de la Economía Social (INAES).

La cooperativa podía convenir con el estado, que había implementado a tal fin el Programa Arraigo, muy activo a consecuencia de las privatizaciones. Sus funciones abarcaban la transferencia de remanentes de tierras nacionales, regularización dominial de predios y barrios, desde el relevamiento inicial de necesidades hasta la escrituración.

Berta reconoce el compromiso de La Pata, que recorrió muchas veces el barrio, relevó necesidades y hasta consiguió subsidios para aquellos vecinos que no podían hacerse cargo de la cuota por sus propios medios.

La experiencia dejó un sabor agri dulce. El proyecto inicial incluía avances en la urbanización, como una salita de primeros auxilios, pero la desconfianza inicial derivó en peleas entre vecinos y el proyecto quedó inconcluso. El tinglado estuvo años a medio terminar, hasta que la municipalidad lo tomó para sí.

La escrituración fue un triunfo para todos, pero especialmente para Berta. Su historia, su vida y su casa son una especie de todo indisociable. Con eso resuelto, Berta fue por más.

1996 fue otro año importante para los hijos de los fusilados. En el aniversario número cuarenta decidieron juntarse, reunirlos a todos y organizarse, armar una persona jurídica e ir por distintas reparaciones. Los ayudaron, una vez más, Marcela Durrieu, y luego Antonio Cafiero, Lorenzo Pepe y Alicia Pierini entre otros.

La siguiente discusión fue si impulsaban esas reivindicaciones a través de una ley o un juicio. Se decidieron por una ley y la lograron en el plano provincial. En 1998 se sancionó la ley 8253 que les otorgaba a los familiares una pensión graciable a través del Instituto de Previsión Social (IPS).

Para que la nación hiciera su parte, faltaba todavía una década. Y más de dos para que tomara forma la idea del juicio de la verdad.



Carranza, "somos la rabia"



*Nicolás Carranza en la Agrupación “Camareros Misioneros de Perón”,
conformada exclusivamente por trabajadores del ferrocarril.*



Nicolás Carranza entrega juguetes

Alicia Rodríguez,
“Chispita”

Al cabo de unas cuántas entrevistas, comprendí que las vidas de los hijos de los caídos se habían constituido, cada una con sus posibilidades y recursos, en torno a esa herida.

Dicho en criollo: cada uno buscó la manera de conjurar la muerte, de derrotarla para vivir, para no ser un muerto vivo, un “fusilado que vive”, como fue Livraga, con sus agujeros de bala auestas, en el basural y después.

La estrategia de Alicia Rodríguez fue la vitalidad. Todo indica que su ingenio, su curiosidad y su energía venían de antes, pero se potenciaron a partir del crimen de su padre. A partir de ese día, su madre, que había sido una mujer reservada y silenciosa, se volvió además temerosa y frágil.

Le tocó a ella, en buena medida, ocuparse de sus hermanos más chicos y colaborar para parar la olla, pero también desentrañar los sucesos de esa noche y ayudar a Walsh dentro de sus limitadas posibilidades.

Muchas veces su madre no estaba en condiciones de salir a la calle. Entonces, Alicia hacía las compras y era, en ese intercambio con el barrio, la vocera de la familia y la responsable de recoger y traer las novedades del mundo exterior.

Esa actitud, esos roles, no la abandonaron nunca. Estudió, trabajó, se casó, tuvo hijos y luego nietos. Todo esto sin descuidar la memoria de su padre ni el reclamo de justicia, con una vitalidad que desmiente sus ochenta años y que invita a preguntarse quién podía parar a esta mujer hace veinte, treinta o cuarenta años atrás.

A diferencia de Carranza y Brión, que se asumen militantes políticos, la relación de Alicia con el peronismo es ambigua. No como la de Delia Garibotti, que abjuró de la fe de su padre, para retomarla en el otoño de su vida.

Para Alicia, en cambio, su causa siempre fue la de su padre, no el justicialismo, sino la memoria de Vicente Damián Rodríguez, trabajador portuario asesinado por peronista en el basural de José León Suárez. Hizo ese recorte y lo sostuvo a ultranza. Es también el único nexo entre Carlos Livraga, residente en California desde 1960, y el resto del grupo. En más de una visita a Argentina, Livraga, el primero en tomar

contacto con Walsh, se alojó en casa de Alicia. Cada tanto, alguno manifiesta recelo con Livraga, porque no era peronista. Alicia resuelve cualquier diferencia con apenas cinco palabras. “Era amigo de mi padre”.

A lo largo de los años, y las décadas, Alicia fue perfectamente capaz de concentrar su atención y su energía en ese reclamo y en ningún otro. Supo también esquivar con elegancia distintos convites dirigenciales, cada vez que le olieron a manipulación o uso descarado del dolor ajeno. ¿Cómo lo hizo? Con dos de sus mejores armas, naturalidad y sentido común.

Uno

Alicia Rodríguez renovó hace poco su registro de conducir. Lo cuenta con una naturalidad que desmiente sus ochenta años. Confiesa que era muy puteadora al volante, pero sus hijos le exigieron calma, “porque la gente anda muy loca y una discusión menor puede terminar mal”.

Habla casi todo el tiempo de ellos, de sus tres hijos y cinco nietos, de esa pequeña orga que le responde incondicionalmente. Lo hace con una energía desbordante, la misma que le llamó la atención a Rodolfo Walsh, cuando él era un periodista desconocido y ella una nena de diez años a la que acababan de matarle a su papá.

Los Rodríguez vivían en una propiedad alquilada, en el 4545 de la avenida Hipólito Yrigoyen, apenas a un par de casas de distancia de Horacio Di Chiano, el propietario del 4519, donde irrumpió la policía esa noche.

Alicia tenía diez años en 1956. Era la mayor de tres hermanos, Vicente y Eva. Conocía a todos en el barrio y todos la conocían a ella. En especial, los que eran amigos de su padre: Di Chiano, Giunta, Livraga, Brión. Se movía por esas calles, que se inundaban con las primeras dos gotas de lluvia, con toda naturalidad.

Sólo Torres, el enigmático inquilino del fondo, el anfitrión de la reunión de esa noche, permanece para ella envuelto en sombras. Su vida es aún hoy un misterio. En un barrio donde todos se daban con todos, su estilo, educado pero distante, era una rareza.

Alicia fue quien le dio a Walsh y a su compañera, Enriqueta Muñiz, una información clave cuando la pesquisa parecía entrar en un callejón sin salida. “No los van a atender o les van a decir que no está pero insistan porque está”.

En los meses siguientes, Walsh, Muñiz y las familias compartieron un par de encuentros y se sacaron fotos. Luego de esas experiencias, el escritor bau-

tizó a Alicia como “Casandra”, que significa algo así como “la que brilla”.

Alicia lo recuerda sonriente, mientras prepara café, observa y pregunta cada detalle de la entrevista que ya protagoniza.

Dos

Vicente Rodríguez nació en 1921 en Córdoba. A los catorce años se escapó del hogar familiar con destino a Buenos Aires. La relación entre sus padres se había terminado, su madre formó otra pareja pero él no aceptaba a su padrastro.

Los años entre su llegada a la capital y el comienzo del peronismo permanecen casi en blanco. Sólo se sabe que enseguida le llamó la atención el puerto, entonces un polo febril de actividad y comenzó a ganarse la vida allí. En Buenos Aires conoció a una joven misionera, huérfana desde chica. Se enamoraron y se casaron, sin más vueltas.

Con la llegada del peronismo, que coincide con el nacimiento de Alicia, Vicente comenzó a trabajar para el Sindicato Unidos Portuarios Argentinos (SUPA). Hacía inspecciones, llevaba números, cargaba planillas y se movía en un jeep del sindicato.

A Vicente lo apasionaba su tarea, aunque tenían lo estrictamente necesario para vivir. Hay fotos de él junto a Evita en actos oficiales, en las que el blanco y negro original ya amarillea. Con su bigote y su expresión seria, aparenta mucha más edad que los treinta, o incluso menos, que tendría entonces.

Alicia ríe con amargura al comparar su historia familiar con el mito del sindicalista millonario, de fortuna mal habida, que se fue instalando en las últimas décadas. Recuerda a su padre “como un chico, uno más entre nosotros”.

Con él hacían barriletes y salían a remontarlos los fines de semana a los descampados que rodeaban la Panamericana, todavía en construcción. O elegían las mejores piedras para jugar al tinenti. Los domingos, Vicente se despertaba temprano y amasaba las pastas para el almuerzo familiar. Alicia se despertaba con el aroma del tuco y ponía la mesa.

Ese clima, familiar y sereno, comenzó a quebrarse en junio de 1955. Vicente estaba en el puerto, como siempre, cuando vio entrar los aviones en formación desde el sur y, segundos después, escuchó las primeras explosiones.

Junto con un grupo de compañeros, corrieron a la plaza, sin saber mucho qué hacer ni cómo, si asistir a los heridos o pelear (¿contra quién? ¿con qué armas?) para defender a Perón. Lo que hizo y lo que vio esa jornada, se lo llevó a la tumba. Pero su hija lo escuchó decir repetidamente “me salvé por un pelo”.

En septiembre, con la consumación del golpe, el sindicato fue intervenido y Vicente cesanteado, con tres hijos que alimentar, sin ahorros y su nombre incluido en una lista negra.

Como medía más de un metro noventa y era pura fibra, comenzó a trabajar de estibador. Allí no había discriminación política, nadie preguntaba nada y su fuera física era un punto a favor. Cobraba por jornal, por día de trabajo. No podía permitirse ni un día de descanso.

El trabajo era muchas veces nocturno o Vicente lo prefería porque ese turno se pagaba mejor. Su ausencia en la casa fue cada vez más frecuente, aunque es imposible saber cuánto se debían al trabajo en sí y cuanto a la organización de la incipiente resistencia peronista.

Alicia se acostumbró a que su padre podía entrar o salir de la casa literalmente en cualquier horario. La otra novedad de esos tiempos fue que los adultos empezaron a encerrarse en su habitación para hablar, en un tono de voz inaudible para Alicia, que era apenas un susurro.

Era un tiempo en que los hombres no daban explicaciones de sus actividades o movimientos, pero la perspicaz Alicia igual notaba un nerviosismo nuevo, que de a poco iba nublando el carácter de su padre.

Tres

En el incipiente barrio de Florida Oeste la vida transcurría apaciblemente. Al final de la jornada laboral, algunos vecinos se sentaban a compartir el vermú en el bar de la esquina de Hipólito Yrigoyen y Carlos Pellegrini, atendido por sus infaltables dueños gallegos.

Hablaban de fútbol, del que veían y del que practicaban. Tenían dos equipos, Porvenir y Libertad y Vicente jugaba en los dos. Otro tema recurrente eran las inundaciones: caían dos gotas y el agua tapaba la avenida.

Alicia terminaba temprano la tarea escolar para escuchar los radioteatros. La transportaban, al punto de ponerse en el lugar de las protagonistas. Sentía tal ansiedad que se comía el peine.

Los vecinos eran unidos, en las fiestas compartían mesas largas y después de las doce se bailaba en la calle. El tío de Alicia tocaba la guitarra para animar esas veladas.

Esa inocencia se rompió definitivamente la noche del 9 de junio. Alicia, a su pesar, vio y escuchó de todo. Sus recuerdos de esas horas oscuras, que se extienden a los días subsiguientes, son claros y profundos a la vez: se grabaron a fuego en su memoria.

El colectivo de la línea 19 partió con una docena de detenidos. Cinco de ellos, entre los que estaba su padre, Vicente Rodríguez, nunca volverían. Pero unos cuantos milicos se quedaron rastrillando la cuadra en busca de los que habían logrado correr, con Juan Manuel Torres a la cabeza.

Golpearon la puerta de calle con violencia. Su madre, embarazada de cuatro meses, no pudo moverse. Permaneció en la cama a pesar del estruendo. Fue Alicia Quien abrió. Los milicos se metieron y revisaron todo, dentro y fuera de la casa. Se produjo entonces el diálogo inmortalizado por Walsh.

-¿Qué buscan?

-Un sapito.

Alicia salió al patio, que daba a los patios de las casas linderas. El del 4519, que sabía tener un murito de ladrillos de canto, de alrededor de medio metro, estaba tumbado, roto. Y los alambrados, que separaban los demás patios entre sí, también caídos.

Siguiendo ese rastro, Alicia intuyó que él o los fugados, eso nunca se sabrá con certeza, habían corrido en dirección a la fábrica de caños, hacia la avenida Constituyentes. Allí trabajaba de sereno Don Blas, un inmigrante ucraniano que esa noche tuvo que responder varias preguntas de los milicos en su enrevesado castellano.

El domingo 10, en la casa de los Rodríguez, transcurrió lento, entre el silencio y la angustia de no saber. Alguien le dijo a su madre, al día siguiente, que Vicente estaba en la Unidad Regional de San Martín. Y allí fueron, mamá XXX, con Alicia y su hermano pequeño, Damián, uno tomado de cada mano, Llevaba una frazada. Entendió que estaba preso y no quería que pasara frío.

Al llegar a la dependencia policial se produjo otro diálogo que quedó registrado en Operación Masacre. El oficial que la recibió, al verla con la frazada, se sorprendió y reaccionó con violencia. “¿Pero usted es analfabeta? ¡Leal!”, ordenó y le tendió un diario con la noticia de los “fusilamientos” y la lista de caídos.

XXX no era analfabeta, pero la situación la desbordó, al punto de anular su capacidad de comprensión. El mismo milico le dijo que tenía que ir a la morgue a reconocer el cuerpo de su marido, pero que no podía ir allí con dos criaturas, así que mejor mandara a algún familiar.

Todo esto Alicia terminó de entenderlo en los días posteriores. En ese momento, la nena de diez años era parte de la confusión general. Tanto que al llegar a la parada del colectivo que las llevaría de vuelta a Florida, descubrieron que se habían dejado al chiquito en la comisaría.

Esa misma tarde, su madre le pidió a Alicia que fuera al almacén a comprar yerba. La desconcertó el saludo de la almancenera. “Pobre tu mamá”.

La almacenera notó la expresión de desconcierto de la piba y le tendió un diario, tal vez el mismo que el milico le había puesto delante de los ojos a su madre. Sólo que ella leyó con avidez, sin dejar escapar ningún detalle. “Llévase”, le dijo a Alicia y ella volvió a su casa con el diario... y sin la yerba.

Cuando finalmente XXX tomó conciencia de la situación, llamó a su hermano. Él fue quien finalmente reconoció a Vicente, para que pudieran cumplir con los trámites previo al entierro.

Alicia dice que su tío pidió que le entregaran la ropa de Vicente, que había salido esa noche con un saco gris a cuadros, pero los milicos se negaron. No querían que la ropa agujereada por los balazos quedara en poder de los deudos, era una prueba demasiado incriminatoria.

Esa noche, su tío le dijo a su mamá que quemara cualquier papel, documento o foto que pudiera incriminarlos, que la policía volvería a irrumpir en la casa de un momento a otro y cualquier excusa les serviría para matarlos. No ocurrió, pero ese miedo no los abandonaría ni siquiera en democracia.

Con ese pequeño ritual, en unos pocos minutos, Alicia, que acababa de perder a su papá, perdió también todo rastro material de su existencia, de su paso por el mundo, de su carnet de afiliado a sus fotos con Evita, libros, folletos. Todo, literalmente, reducido a cenizas en una hornalla de la cocina.

Cuatro

Vicente Rodríguez fue enterrado por los milicos en San Martín, el único de los cinco, nunca se supo el motivo. Pasaban los días pero mamá XXX no lograba salir del estado de shock. Un dolor físico comenzó a aquejarla, creciente hasta dejarla casi inmóvil.

Finalmente fue a atenderse a la maternidad Santa Rosa, que entonces era nueva y tenía todos los adelantos tecnológicos y científicos de la época. Tras unos estudios, concluyeron que el feto, de cuatro meses, ya no vivía. había comenzado a descomponerse y la vida de la madre estaba también en peligro. Fue una intervención compleja y ella quedó en un estado muy delicado, pero sobrevivió.

Entonces sí, comenzó la lucha por la supervivencia. Alicia descuenta que en esos meses iniciales, los más duros, hubo ayuda económica de los compañeros de su padre, mientras su madre buscaba maneras de ganarse la vida. Cada vez que salía, dejaba a sus tres hijos a cargo de Alicia. Era invierno y se calentaban con una estufa a querosén.

Cuando las monjas de la capilla San José, en la calle Carlos Tejedor, supieron lo que ocurría, se movieron a dos puntas: la convencieron a ella de la necesidad de enviar a Alicia y Eva a un colegio internado y a las autoridades del Divina Providencia, en la calle Arias, del barrio de Saavedra, de la importancia de becar a esas dos huerfanitas.

Alicia estuvo allí un par de años hasta completar la primaria. Se adaptó rápido y fácil a esa rutina hecha de madrugones, rezos, clases de costura y bordado. Con lo que aprendió allí, en adelante se confeccionó su propia ropa.

Poco después, a los catorce, consiguió su primer empleo. Salía de allí, una fábrica de frazados y acolchados donde era aprendiz de costurera, y corría a la Academia Munro, la competencia de Pitman, donde adquiría las habilidades necesarias para aspirar a un empleo de secretaria o administrativa, mejor pago.

Cinco

Aunque la prioridad era “salir adelante”, no dejó de ir los 9 de junio al monolito de Suárez ni de mantener cierto contacto con los otros familiares de víctimas. Ella era el enlace, ya que su mamá seguía aislada.

Por eso fue ella quien recibió y aceptó el ofrecimiento de los Lizaso de trasladar a su padre desde el cementerio de Olivos al de San Martín, ya que ellos liberarían un nicho por una cremación. Alicia aceptó de inmediato, dijo que sí sin consultar con nadie.

Era ella la que a veces hacía todo el camino a pie, desde Florida hasta San Martín, para llevarle a Vicente un ramito de flores. Ese hecho le daba autoridad suficiente para decidir. Sólo le contó a su madre cuando el traslado estuvo consumado. A ella le costó creerle, tanto que fue hasta San Martín para confirmar con sus ojos que Vicente ya no estaba.

“No hables que nos van a matar a todos” es la frase que más le escuchó repetir a su madre. Tal vez por eso, cree, se descompuso en Casa de Gobierno, cuando finalmente cobraron la reparación histórica, en un acto encabezado por el entonces presidente Néstor Kirchner.

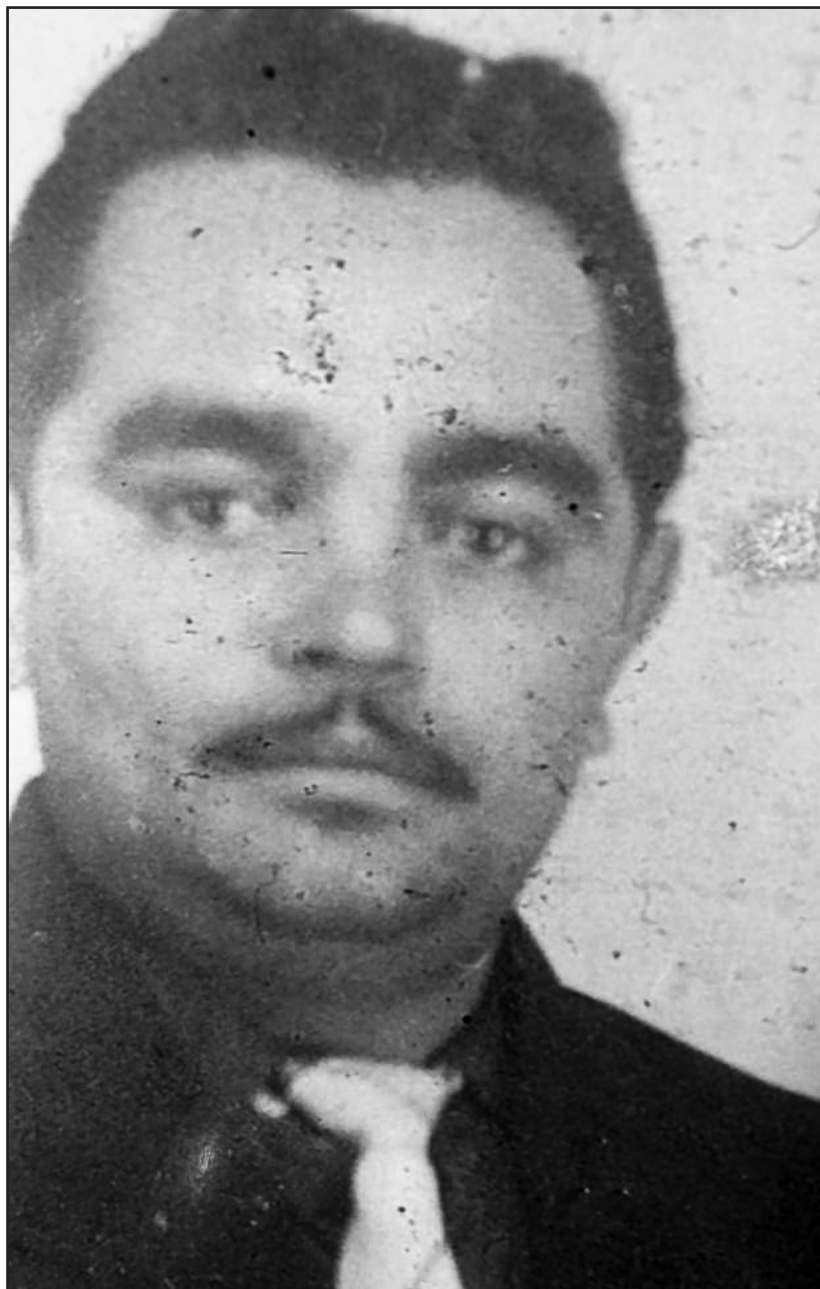
Le bajó de golpe la presión y se desvaneció. Volvió en sí cuando sintió la mano de Néstor, que le cacheteaba suavemente la mejilla. “Dale, viejita, no la vas a quedar justo ahora, que ya firmé”, le suplicó.

Le hizo caso a Néstor. No partió ese día, pero lo hizo al cabo de dos años, los primeros de relativa paz en su vida. Alicia supone que necesitaba ese cierre, después de tanto dolor, para poder morir en paz.

Hace aproximadamente una década, el club Central Ballester, que milita en el ascenso, confeccionó una camiseta especial en honor a los caídos y la usó durante varios partidos oficiales. Los familiares recibieron algunas a modo de obsequio. Alicia le dio la suya a Cristina.



Vicente Rodríguez



Vicente Rodríguez

**Brión (h),
El hombre en el castillo**

Tenía previsto contactar a Daniel Brión, hijo de Mario Brión, asesinado por la Fusiladora en los basurales, para contarle de este libro y proponerle algunos encuentros, pero él se me adelantó.

Trabajaba en otros textos cuando recibí su llamado. Su intención era recriminarme por algunas inexactitudes en un artículo periodístico y pedirme que las corrigiera. Ya nos habíamos tratado brevemente en un par de ocasiones anteriores, pero al comienzo me habló como si yo fuera un completo desconocido: respetuoso pero distante. Con el transcurso de la charla se fue relajando, finalmente le propuse seguir el tema en persona y aceptó de inmediato.

Llegó a la cita, en un café de Nuñez, antes que yo. Me esperaba con una pila de documentos y libros de su autoría. Hablamos durante más de tres horas, en las que no miró el reloj ni se distrajo con su teléfono ni una sola vez. Entonces comprendí su rol en esta trama.

Brión es escritor, investigador, historiador. Es decir que dedicó y dedica su vida a conocer, interpretar y transmitir los hechos de junio de 1956. Su vocación, profesional y política a la vez, es el fruto de su herida a los cuatro años de edad.

Brión es, entre los hijos de los asesinados por La Fusiladora, “el hombre del castillo”. En la novela de Philip Dick, los nazis ganaron la guerra, pero un hombre resiste en soledad. Con sus materiales audiovisuales, le ofrece al mundo y en particular a la resistencia, la perspectiva de que las cosas pueden ser de otra manera.

Como en la novela de Dick, siempre que escucho o leo a Brión, queda flotando la pregunta: ¿qué hubiera pasado si Valle emitía la proclama? ¿si los peronistas tomaban Campo de Mayo? ¿Si Perón volvía y recuperaba el poder? ¿Seríamos un país de economía primaria, endeudado, desigual e inestable? ¿O seríamos una potencia agroindustrial, con pleno empleo y pobreza cercana a cero?

Las actividades de Brión son solitarias. No importa cuán sociables seamos, cuánto deseemos la compañía de otros (Brión recorre unidades básicas y centros culturales, rara vez rechaza una invitación a hablar del tema) pero para escribir, tarde o temprano,

tenemos que retirarnos. Y volver de allí no siempre es fácil.

Cuando se comunicó conmigo inicialmente, actuó como el guardián de la memoria del 56, de su padre asesinado y del resto de sus compañeros. Luego concluyó que mis intenciones eran buenas y fue revelando su humanidad, la de un tipo noble y amigable. Entendí que ese celo era la causa de algunas rispideces e idas y vueltas en las relaciones con sus compañeros de tragedia.

Brión reivindica, por encima de todo, la condición de militantes peronistas, de los caídos y de los que zafaron. A veces de manera elíptica, otras más explícitamente, discute con el enfoque de Walsh, y de otros que lo sostienen, según el cuál muchos de ellos “no andaban en nada”.

Para Brión, decir eso equivale a decir que esos crímenes fueron injustos, pero, hubieran sido justos si las víctimas fueran revolucionarios. Cuando, en realidad, los mataron justamente por eso: por revolucionarios, por peronistas, por pretender restablecer el orden constitucional violentado.

Hay un dato familiar, para mí indisociable de las decisiones que fue tomando Brión, que lo convirtieron en el que es hoy, a sus setenta y cuatro años. Carranza dejó seis hijos, Garibotti dejó otros seis, Rodríguez tres, Carlitos Lizaso, ya fue dicho, no llegó a tener descendencia.

Pero Daniel es hijo único. Su madre perdió un embarazo poco después de junio de 1956, producto de todo ese sufrimiento. El crimen de los basurales lo privó de crecer con su padre, pero también de una hermana o un hermano.

Si otras familias hicieron frente a la adversidad de manera colectiva, grupal, apoyándose mutuamente, con los hermanos mayores cuidando a los más chicos y los adultos reasignando responsabilidades y recursos, a Daniel le tocó lidiar con un vacío y un silencio más densos. Es hijo único y, a la vez, el único hijo único entre los que quedaron huérfanos.

¿Fue eso lo que lo convirtió en escritor? Imposible confirmarlo. Él, ante ciertas preguntas, calla deliberadamente. O cambia de tema. En esos casos, tiene mil anécdotas interesantes que acuden en su auxilio.

Lo certero es que para Brión la soledad es una suerte de hogar, un refugio interno e inexpugnable. De allí salen sus textos y también su energía para contarle al mundo la verdadera historia de Valle, su padre y el resto.

Un dato dice mucho de Brión. No tiene moto desde que nació su hijo mayor, hace ya cuarenta años. Un planteo de su compañera, de entonces y de hoy, lo obligó a elegir, la familia o la moto. Brión eligió la familia. Sus hijos y nietos son su triunfo sobre los asesinos.

Aunque resignó la moto propia, confiesa con picardía que alguna vez anduvo a escondidas en la de algún amigo. Y que cada tanto sueña con la velocidad y el viento golpeándole la cara. La moto fue a la vez un placer solitario y una búsqueda de libertad. Más o menos como leer y escribir.

Uno

Arriba, el cielo tan celeste que casi lastima los ojos. A su altura, el verde que rodea las vías, cada tanto salpicado con esas florcitas azules acampadas, que sobresalen del alambre tejido. Daniel siente su pequeña mano perderse dentro de la de su padre, inmensa y fuerte. Caminan juntos, bordeando el ferrocarril Belgrano Norte, de regreso a su casa. Mario intenta enseñarle a silbar. Daniel imita con dificultad los movimientos de su padre, la posición de los labios y la lengua. Es una operación compleja. Ambos ríen.

Poco antes o poco después, Mario deja de pedalear súbitamente y apoya la bicicleta contra la pared. De una quinta, en un jardín delantero, sobresale hacia afuera un enorme zapallo. Hay muchos, en esos pocos metros cuadrados, más tapizados de naranja amarillento que de verde. Con gestos, le pide a su pequeño hijo que lo ayude. Mario pega un tirón. Con movimientos resueltos, juntos lo apoyan sobre el canasto de la bici porque no entra. Esa tarde mamá Adela hace dulce con el zapallo. Salen varios frascos, que acompañarán por meses los desayunos y meriendas familiares.

Esos son los únicos dos recuerdos que Daniel Mario Brión conserva de su padre, vívidos en su memoria, cuidadosamente arropados. En 1956, cuando la policía de La Fusiladora se lo llevó, junto con otros once compañeros, del departamento de Hipólito Yrigoyen, a la vuelta de su casa, para matarlos en el basural de José León Suárez, era un niño de cuatro años.

Mario sabe más cosas de su padre, pero esas se las contaron. En gran parte provienen del relato de su madre, que recién pudo relajarse y superar el miedo después de cincuenta años de los crímenes. Al tiempo de asumir Néstor Kirchner la presidencia, consideró que esa vez realmente había vuelto el peronismo. Entonces se animó a confiarle más y más historias a su hijo.

Muchas otras se las contaron los compañeros de militancia de su padre. Los que sobrevivieron a Mario, apadrinaron a Daniel y lo encuadraron. Especialmente los suboficiales que se la jugaron en Campo de Mayo por

el Movimiento de Recuperación Nacional.

Marcelino Sánchez, Oscar Burgos, Porfidio Calderón, Andrés López y el Cabo Fariña fueron como tíos. Ellos ocuparon, con presencia, afecto y dedicación, los espacios que dejó el crimen de su padre y la distancia irreversible entre su madre y la familia paterna, por la interpretación de esos hechos y su posición pública.

Daniel también conserva con nitidez recuerdos del barrio. La avenida Hipólito Yrigoyen era entonces empedrada, pero las calles internas eran de tierra, que se transformaba en barro apenas caían unas pocas gotas. Por eso su padre, junto con otros vecinos, había conseguido unos cuantos troncos de palmera, descartados por SEGBA del tendido eléctrico, con los que habían hecho unos puentes, que permitían cruzar de un lado al otro sin arruinarse los zapatos en los días de lluvia.

La zona es un bajo: la plaza La Paz, a una cuadra de donde fueron secuestrados, hoy es una excavación de dos metros de profundidad que funciona como reservorio. A la misma altura, hay otra excavación similar sobre avenida San Martín. Y sobre Villate, ya casi en el partido de San Martín, hay una tercera. Allí entrenan las inferiores del Club Atlético Colegiales.

Donde ahora hay casas pegadas, una al lado de la otra, hace setenta años había más baldíos que construcciones. El loteo del barrio era reciente y el recorrido habitual, una vez conseguido el terreno, era acudir al Banco Hipotecario, en busca de un crédito que permitiera la añorada casa propia.

Eso hizo Mario. Su casa fue una de las primeras de esa manzana de Franklin, entre Hipólito Yrigoyen y la diagonal Pavón. Hay o hubo, en el Concejo Deliberante de Vicente López, un proyecto de ordenanza para cambiarle el nombre a esa diagonal y ponerle Mario Brión.

Aunque algunas casas fueron intervenidas con el paso del tiempo, aún se ven ciertas similitudes desde el frente: el techo a dos aguas, el pasillo para acceder al fondo a la derecha, el murito de medio metro de altura que delimita el terreno.

Así era originalmente la casa de los Brión, así es todavía la casa vecina. En aquel tiempo no hubo un plan de vivienda en sentido estricto, pero sí una lógica racional implacable. Ese plano, repetido al infinito, similar al chalet de Juan Salvo en El Eternauta, era el que mejor permitía optimizar los recursos que proveía el banco a la hora de construir una vivienda familiar.

Brión, que era trabajador de comercio, de “cuello blanco”, levantó él mismo la casa, con sus manos y con ayuda de su hermano y sus cuñados.

Dos

Además, por las noches estudiaba para graduarse como “tenedor de libros”, una suerte de auxiliar de contador. Era un hombre de gran curiosidad intelectual, que había heredado de su padre. Leía y conservaba una biblioteca con autores clásicos, enciclopedias y alguna que otra novela, algo no tan frecuente en su entorno.

Y, por supuesto, era peronista. Cuando terminaba su jornada laboral, caminaba unos centenares de metros y se dirigía a la Fundación Evita. Ese era su espacio de militancia. Allí trabó algunas amistades que serían decisivas para él.

Una de ellas, la de Andrés Framini, el secretario general de la Asociación Obrera Textil. Framini comenzó a visitar con asiduidad el domicilio de los Brión. Una foto lo muestra subido al techo, colaborando en la construcción, a pesar de su impecable atuendo.

El relato de cómo y porqué Mario Brión se hizo peronista es estremecedor. Antes de la llegada de Perón a la secretaría de Trabajo y Previsión, en 1943, Mario ya trabajaba en el área contable del frigorífico Armour, de capitales ingleses y una fuerte cultura anglófila.

Todavía se estilaba disponer los escritorios como en un aula, todos mirando en el mismo sentido y el jefe enfrentado, sobre una tarima, para dominar el panorama. Una tarde de trabajo, Mario, que estudiaba por la noche, bostezó. Su superior lo vio y le ordenó que “bostece para todos”. Para conservar su empleo, Mario debió pararse sobre el escritorio y fingir un bostezo. Nunca olvidó esa humillación.

Después de Perón, el trato cambió. No sólo en materia de derechos laborales y salario. Los trabajadores comenzaron a ser respetados en su dignidad y los empleadores se cuidaron de no persistir en la humillación, algo por lo que pagarían altos costos.

Luego Brión cambió de trabajo, pero nunca olvidó el episodio del boste-

zo. En 1956 era empleado administrativo de la SIAM, una empresa emblemática del proceso de sustitución de importaciones de aquellos tiempos. Entrar ahí no era poca cosa. Aunque era una empresa metalmecánica, por su actividad específica, él estaba afiliado al sindicato de Comercio.

Los bombardeos de junio del '55 y el golpe de estado de septiembre del mismo año alteraron la pacífica vida familiar de los Brión. Muy pronto se armó una importante célula peronista en zona norte, con varios personajes que protagonizan estos relatos y otros que por distintos motivos no estuvieron en el departamento de Juan Carlos Torres la fatídica noche del 9 de junio.

Meses antes del levantamiento, comenzaron a reunirse en secreto y a desarrollar o perfeccionar algunas habilidades de combate, con el objetivo de lograr el regreso de Perón. Los antecedentes recientes demostraban que nada se lograría amablemente.

En los preparativos de la revuelta de Valle, por precaución, Mario comenzó a andar armado. Adela, obviamente, compartía la militancia peronista de su esposo. Cuando el grupo se reunía en su casa, lo primero que hacían era entregarle las armas. Ella era la encargada de esconderlas en la trampa de humo del hogar a leña, para que los milicos no las encontraran si la casa era allanada.

Los Lizaso participaban casi en pleno. Pedro, antes de partir al exilio, lo hacía junto al mayor de los varones, Arnaldo. También los más jóvenes, Carlitos y Jorge, el Nono, dos años menor que él.

Con su moto Puma, un clásico de la época y un prodigio de ingeniería peronista, el Nono hacía tareas de logística en todo el conurbano. Cuando se reunían en alguna casa, la entraba y la apoyaba contra el murito de entrada, para dificultarles la tarea de vigilancia a los servicios de inteligencia.

Las instrucciones para la columna norte esa noche eran clarísimas. La mitad de ellos debía dirigirse a Campo de Mayo, a apoyar al grupo que tomaría la guarnición. El resto, debía tomar el gasómetro ubicado frente a General Paz, en el partido de San Martín, y amenazar al gobierno dic-

tatorial con volarlo si no renunciaba.

Era una suerte de “ojo por ojo”. Nueve meses antes los golpistas habían amenazado con volar las refinerías de YPF en Ensenada, y en algunos casos pasaron al acto, con lo que hubo que evacuar los barrios aledaños.

Daniel Brión, con toda lógica, afirma que su padre y sus compañeros no pensaban hacerlo, porque hubiera sido contrario a la doctrina justicialista, basada en el humanismo y el cristianismo, pero era una buena manera de ejercer presión.

Daniel dormía y su madre, somnolienta por el incipiente embarazo que llevaba, también escuchaba la radio, a la espera del mensaje de Valle. La pelea culminó, pero ni sonó la voz de Valle ni regresó Mario al hogar.

En un momento, se sintió sobresaltada por ruidos y gritos. La distancia entre una casa y otra es de unos cincuenta metros y entonces había menos cemento y ladrillo que absorbiera el sonido. Angustiada, se asomó a la calle. Vio partir un colectivo. Allí dentro iba Mario, camino a la muerte.

Tres

Cuando tuvo plena certeza de lo ocurrido con Mario, Adela juntó unas pocas pertenencias, tomó a su hijo y se refugió con él en el hogar de sus padres, en el barrio porteño de Núñez. Nunca más ingresó a Franklin 1812, el hogar que habían construido juntos.

Quien se encargó de identificar el cuerpo y enterrarlo fue Carlos, el hermano de Mario. Lo que vio lo marcó para siempre. Lo mismo, según le llegó a Walsh, le ocurrió al sereno del depósito de cadáveres.

“Cuando llegó esa tarde, hubo algo que lo impresionó vivamente. Uno de los fusilados tenía los brazos abiertos a los flancos y el rostro caído sobre el hombro. Era un rostro ovalado, de cabello rubio y naciente barba, con una mueca melancólico y un hilo de sangre en la boca. Tenía una tricota blanca, era Mario Brión y parecía un Cristo. El hombre se quedó un momento atontado. Después le cruzó los brazos sobre el pecho”.

Daniel recuerda, de los meses posteriores a junio, unas pocas visitas al hogar de los Rodríguez, que permanecieron allí, en la misma casa, en el mismo barrio, a pocos metros de donde habían sido levantados, sin chances materiales de mudarse. Él jugaba con los chicos mientras las viudas hablaban en voz inaudible.

Desde ese modesto jardín delantero, Daniel casi podía ver la que había sido su casa, vandalizada por los vecinos antiperonistas, poco después de los crímenes. También recuerda una fuerte disputa entre su madre y los Brión.

La familia paterna, dijimos, era peronista, pero aún así prefirieron contarle a Walsh que Mario “no andaba en nada”, para limpiar su memoria y liberar a los deudos de cualquier otra persecución por parte del régimen.

En cambio, Adela, al menos inicialmente, quería que se supiera la verdad, que su marido había sido un militante peronista, que había arriesgado su vida para enfrentar y derrotar a la dictadura. Esta disputa entre dos ramas de la familia marcaría definitivamente el destino y las decisiones de Daniel.

A Daniel aún hoy lo irrita la versión de Walsh, que sintetiza en la frase “eran unos boludos jugando a las cartas y escuchando la radio y no se sabe por qué los mataron”. Concede, sin embargo, que no toda la responsabilidad sobre el enfoque, más policial que político, de esa primera edición de Operación Masacre es responsabilidad del escritor.

Ocurre que cuando Walsh entrevistó a los familiares apenas había pasado un año de los crímenes, la dictadura seguía gobernando y además los vigilaba. El joven periodista no era exactamente uno de ellos, venía más bien del antiperonismo. Son muchos motivos para preservarse, para calcular las respuestas, para administrar la verdad. Para desconfiar.

Poco después de los asesinatos, Adela perdió el embarazo. La Fusiladora dejó a Daniel sin padre, pero también le arrebató la posibilidad de tener un hermano. Peleados con la familia paterna por la distinta interpretación de los hechos, la familia Brión Cabañas se redujo a Adela y Daniel, madre e hijo.

Adela dejó de ser la mujer radiante y vital que había sido hasta el 9 de junio. Se volvió taciturna, de pocas palabras, pero especialmente se negó por décadas a hablar de política y, menos aún, de los crímenes que se cobraron la vida de su esposo.

Los frecuentes seguimientos de los que era objeto, por parte de los servicios de inteligencia, con aceleradas rabiosas de sus autos o circulando a su lado a paso de hombre, hacían de recordatorio sobre la conveniencia de guardar silencio.

También recibían amenazas telefónicas y escritos anónimos. A veces la amenazaban con matar al pequeño Daniel, a veces con matarlos a ambos. Por detrás del amedrentamiento, había un objetivo material: forzarlos a malvender la casa de Florida. Cuando, cansada, Adela accedió, el hostigamiento finalmente se diluyó.

La asociación es inevitable. Este hostigamiento funciona como antecedente de la rapiña del patrimonio de los desaparecidos de la última dictadura cívico militar. Años en que los generales se quedaban con in-

muebles, empresas o activos financieros, los oficiales de menor rango con los electrodomésticos, muebles y todo aquello que encontraran y consideraran de valor.

Daniel estudió en el colegio San Román, donde también cursaba Luis Alberto Spinetta, un año mayor que él. Aún recuerda los festivales de cada fin de año, que fueron las primeras presentaciones de Almendra, en el cine General Paz, de la avenida Cabildo.

Militó desde chico en el peronismo de su barrio adoptivo, Núñez. Primero lo hizo a escondidas de su madre -le decía que se iba a jugar al fútbol- y luego en abierta tensión con ella y sus traumas, lo que acentuó su soledad. Es imposible saber cuánto y cómo esa sensación moldeó la vocación de Daniel.

Muchos libros importantes son el fruto de una desazón o un disgusto de su autor en la vida real. Brión escribió “El presidente duerme”, la investigación más completa y detallada del alzamiento de Valle, luego de sufrir un revés político.

En los noventa, Daniel era asesor ad honorem de la secretaría de Derechos Humanos de la Nación, a cargo de Inés Pérez Suárez, sobre el final del gobierno de Carlos Menem.

Desde allí escribía boletines para mantener viva la memoria del general Valle y los héroes que corrieron su misma suerte. Con la llegada de la Alianza, le agradecieron los servicios prestados y lo mandaron de vuelta a su casa. Entonces decidió que era momento de hacer algo imperecedero. Así nació “El presidente duerme”.

Daniel insiste incansablemente: José León Suárez es una parte de un todo, que incluye Lanús, La Plata, Campo de Mayo y La Pampa. En todos esos lugares combatieron en absoluta desigualdad los peronistas para recuperar la democracia. No se puede entender los asesinatos de los basurales sin Valle y sin el intento del peronismo de restablecer el orden constitucional.

Como ocurrió con Operación Masacre, con los años, fueron apareciendo sucesivas ediciones de “El presidente duerme”, cada una más extensa y documentada que la anterior.

La explicación es sencilla. El libro, ya publicado, inspiró la confianza de los protagonistas, que se acercaron a él y le siguieron confiando nuevas capas de secretos. Secretos que, hasta entonces, les podían haber costado la vida o la libertad. Por eso, él lo sabe, mientras queden vivos peronistas del 56, su libro puede seguir creciendo

Cuatro

Daniel subraya la diferencia entre haber estudiado con alguien y ser discípulo de un maestro. “El discípulo retransmite el conocimiento del maestro, para que no se pierda. No se lo queda para sí”. No es un comentario casual. Daniel reivindica a sus maestros, con orgullo y frecuentemente.

Dice que aprendió a escribir con José María Castiñeira de Dios, que fue discípulo directo de Leopoldo Marechal, quien a su vez prestó su departamento para algunas reuniones previas para organizar el movimiento del 9 de junio.

Cuando los medios pro oligárquicos llamaban a Perón “el tirano depuesto”, Marechal, autor de *Adán Buenosayres*, se llamó a sí mismo “el poeta depuesto” y se encerró en su departamento de Once, en Rivadavia al 2300. Esa puerta se abría para pocos. Uno de los elegidos era José María Castiñeira de Dios, un peronista tan ferviente como el anfitrión.

De ahí le viene a Bríon el cuidado por su prosa, algo que los historiadores no siempre tienen en cuenta. Marechal era poeta además de novelista. A diferencia de los que sólo son narradores, los poetas cuidan la musicalidad del lenguaje y ese celo llega también hasta sus cuentos y novelas. Les importa tanto hacer avanzar la historia como mantener cierta belleza. Castiñeira heredó y transmitió ese cuidado.

El departamento, un segundo piso por escalera, es parte de una curiosa construcción del siglo diecinueve, con pasajes internos para el paso de carros de lechero y carruajes de pasajeros y salida tanto a Rivadavia como a Azcuénaga.

Allí mismo, una década más tarde, un joven Fernando Abal Medina leyó el manuscrito inédito de “Megafón o la guerra” y obtuvo su principal inspiración para la Operación Pindapoy. El debut de Montoneros fue el secuestro y muerte de Eugenio Aramburu, responsable último de los crímenes de 1956 y del secuestro del cuerpo de Evita.

De Norberto Galasso, Brión aprendió a estudiar, interpretar y entender la historia. Los últimos años no fueron fáciles para Galasso. Penurias económicas y problemas familiares le impidieron transitar la vejez tranquila que hubiera merecido. Aunque Brión evita dar detalles por pudor, se involucró activamente en la resolución de aquello que aquejaba y cada tanto aqueja al autor de “Cooke: de Perón al Ché” y de otros tantos textos imperdibles.

Cinco

Los hijos de las víctimas de los crímenes de José León Suárez conforman un grupo humano bastante particular. Aunque la expresión “lazo de sangre” se usa para designar relaciones de parentesco y consanguinidad, es la que más se acerca.

A los hijos de los militantes del movimiento de Valle de 1956 los une un hecho de sangre, que terminó con las vidas de sus padres, cuando ellos eran niños. Como ocurre con la familia biológica, generalmente se mueven juntos, se aceptan y se quieren, con sus más, sus menos, y sus conflictos pasajeros, pero queda clarísimo que no se eligieron.

Dentro de ese panorama general, hay excepciones. Daniel Brión y Elena Carranza, la mayor de los hijos de Nicolás, “la Negra”, tuvieron desde muy jóvenes una relación de predilección y afinidad mutua.

Elena, que en 1956, siendo una piba, fue demorada por la policía, como manera de forzar a su padre a entregarse, fue una de las impulsoras y fundadoras de la Comisión por la Memoria del partido de San Martín.

Elena fue el nexo entre Daniel y dos personas cuya amistad cultivó el resto de su vida: Justo Pereyra y su compañera, Lita Artola. Justo y Lita eran de Munro, partido de Vicente López, laburantes en distintas empresas de ese complejo fabril, y militantes peronistas.

Como peronistas del distrito de donde fueron secuestrados los asesinados, donde además residía la mayoría, durante años organizaron un homenaje a los caídos en el cementerio de Olivos, donde descansan Valle y los Lizaso. En uno de esos homenajes, Elena le presentó a Daniel Brión a Justo y Lita. A partir de allí, fueron construyendo una relación de hierro.

Justo y Lita no eran exactamente hermanos de sangre con los Rodríguez, Carranza, Garibotti, Brión y Lizaso, pero en la práctica encabezaban el siguiente anillo de relaciones. Algo así como primos hermanos. El vínculo con los crímenes era geográfico y político. “Los caídos eran peronistas y de Vi-

cente López, igual que nosotros”, podrían haber afirmado perfectamente.

También fueron, en los primeros ochenta, a poco de la recuperación de la democracia, junto con otros compañeros, los impulsores del “siluetazo”. Se trata de una instalación en la vía pública, un hecho artístico y una práctica habitual de la zona norte cada 24 de marzo. La propuesta inicial fue de un artista plástico que integraba el grupo, ellos le llevaron la idea a las Madres, que enseguida dieron su visto bueno.

Desde entonces, a comienzos de cada mes de marzo, la militancia de distintas generaciones se junta a dibujar y recortar siluetas humanas en tamaño real, a las que luego les escribe el nombre de un compañero o compañera desaparecidos de la zona y la fecha de su secuestro.

Los días previos al 24 las van pegando en lugares estratégicos. Algunas siluetas ocupan lugares bien visibles en los puentes que cruzan la Panamericana, o en los refugios de las paradas de colectivo. Verlas recortarse sobre los paisajes cotidianos es una experiencia potente. Son como sombras espectrales, pero a la vez blancas, radiantes, más luminosas que el asfalto que las rodea.

Después de muchas deliberaciones, en 1998, Justo y Lita, con otros compañeros, rompieron el candado de la esquina de Malaver y Mitre y descubrieron que la unidad básica “Combatientes peronistas” había resistido el paso de los años. Afiches, pintadas de 1973, todo estaba intacto, como salido del túnel del tiempo.

También allí dentro había, abandonadas, varias bolsas con el escudo de la armada argentina, que daban a entender que los últimos en hacer uso de la propiedad habían tenido algún tipo de relación con los verdugos. Al abrirlas, encontraron ropa sucia: los últimos ocupantes tenían una lavandería industrial, muy probablemente les proveían ese servicio.

Comenzó entonces pleno menemismo, una pelea primero por conservarla, por abrirla, por ocuparla, restaurarla y rescatarla del olvido. Brión fue parte del grupo. Al principio fue muy duro. El clima de la época no

era precisamente alentador para los sitios de la memoria. Hubo patotas e intentos violentos de desalojo. Recién en 2015, sobre el final del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, la casa fue declarada sitio de la memoria.

En el transcurso de unos pocos años, ocurrieron hechos importantes en la vida de Daniel Brión. En 1998, la reapertura del local en el que habían militado en su juventud sus amigos y compañeros. En 1999, apenas asumió la Alianza, fue despedido de la subsecretaría de Derechos Humanos y decidió escribir “El presidente duerme”. En el 2000, salió publicada la primera edición.

En 2001, un estallido social terminó con una década de convertibilidad, endeudamiento, fuga de capitales, desindustrialización y desempleo. En 2003, Néstor Kirchner asumió la presidencia y Lita fue elegida diputada nacional por el peronismo.

Armar un equipo de trabajo para un despacho legislativo es una operación delicada: requiere de perfiles de una lealtad incondicional, que a la vez sean capaces de moverse en un entorno dinámico y complejo, en el que nada es lo que parece. Si un colaborador está mal elegido, tampoco es fácil decir “no va más”: se hiere la susceptibilidad de alguien querido, además de dejarlo sin laburo.

Daniel fue el jefe de prensa de ese despacho, desde el primer día de mandato hasta el último. También fue sus ojos y oídos en los pasillos de la cámara. Lita presidió la comisión de Discapacidad, a la vez que nunca dejó de ocuparse de la memoria de las víctimas de 1956.

Ella fue la artífice de que a Valle se le restituyera el grado militar. Los que asistieron a la ceremonia nunca olvidarán la presencia de los Zapadores, con sus uniformes de gala. Valle era ingeniero militar. El arma de Ingeniería, donde revistó, es la continuidad de los zapadores, encargados de construir puentes, defensas y fortificaciones en el ejército sanmartiniano.

Para esa misma época, después de muchísimos años luchando dentro de

la burocracia del estado nacional, finalmente se logró que se pagara a los hijos el resarcimiento por los crímenes, previsto en la ley 25192 de 1999, reglamentada por el decreto 1239/2000.

Se trata de una norma muy similar a la 24411, que establece la indemnización para los familiares directos de víctimas de desaparición forzada. Una gestión de Lita Artola con la entonces ministra Felisa Miceli lo hizo posible, pero esa historia merece ser contada con más detalle.

Esta historia tiene elementos borgeanos. “Las casualidades son causalidades que desconocemos”, solía decir el escritor. Artola falleció un 9 de junio. Fue poco después, en 2007, siendo aún diputada.

Se dirigía a Olivos, para el habitual homenaje, que esa vez iba a tener un mejor clima, por las reivindicaciones logradas. Pero en el camino se sintió mal y debió desviarse hacia una guardia médica. Desde allí, le pidió a Daniel Brión que la representara y hablara en su nombre. Fue la última conversación entre ambos.



Mario Brión

MAYORIA

SEMANARIO DE POLITICA, ECONOMIA Y POLEMICA

EL HOMENAJE POPULAR A LOS FUSILADOS

Pag. 16-17-18

Buenos Aires 16 de junio de 1958
Nº. 62.- precio del ejemplar \$ 3.-

Revista Nueva Mayoría N°62. 16 de junio 1958

Lizaso,
Los vascos peronistas

Los Lizaso eran una familia numerosa, ensamblada y peronista. Pertenecían a una próspera clase media, pero a diferencia de muchos de sus pares y vecinos, su conciencia nacional se mantenía intacta. La vida era, para ellos, una sucesión de ritos, desde las mesas largas, la asistencia mutua en distintas tareas (Carlitos aprendió de su padre el oficio de martillero) y la organización de la incipiente resistencia. Hasta junio de 1956.

Cuando lo mataron, Carlitos Lizaso tenía apenas veintiún años. No dejó descendencia. La posibilidad de la paternidad, de arropar un bebé, de alimentarlo, cuidarlo, de acompañarlo, de llevar a un pibe a la escuela, heredarle el amor por los colores de un club, enseñarle a patear una pelota o a ponerse en guardia, esa noche fue abortada por sus asesinos. Ser papá es una de las tantas cosas que a Carlitos le fue negada. Violentemente.

Surge entonces el problema de cómo contar el vacío que dejó esa muerte tan prematura y absurda, producto además, de una sucesión de malos azares, en un trabajo que intenta narrar las vidas de los hijos de los caídos y qué formas tomaron esas existencias a partir de los crímenes.

Clan, stirpe, linaje. Afortunadamente para nosotros, el castellano es un idioma rico en sinónimos. Esas palabras pueden usarse en lugar de “familia”, a la vez que dicen algo más. Un clan o un linaje es una familia ampliada, pero unida no sólo por los lazos sanguíneos. Allí se comparten también valores, cosmovisiones, historias, deseos, causas, una manera de ser y estar en el mundo.

Eso era el peronismo para los Lizaso. En Vicente López, ambas palabras eran indisolubles: el apellido Lizaso remitía a peronismo y viceversa, a pesar de sus idas y vueltas. O justamente por ellas: Pedro Lizaso se había distanciado del peronismo gobernante, pero después de 1955 no tardó en unirse a la resistencia.

Fue así, hasta que el odio de los mandaderos de la oligarquía, en sus sucesivas oleadas, se propuso borrarlos a todos, borrar su nombre, su obra y sepultar definitivamente su historia.

No es casual que, de los doce que fueron llevados al basural, de los cinco que murieron, sólo uno recibió varios disparos efectuados a corta distancia. El comisario a cargo de la operación sabía quién era Lizaso o recibió órdenes provenientes de alguien que lo

sabía muy bien. Por eso la saña adicional. Las vidas peronistas no tenían valor, pero la de Carlitos era un trofeo, un mensaje.

La saña no quedó ahí. Dos décadas y tres dictaduras más tarde, el terrorismo de estado se llevó a dos de los hermanos de Carlitos, Jorge (el “Nono”) y Miguel (el “Gordo”), a una de sus cuñadas y a su sobrina Irma (la “Puchi”).

Pero, cuando la secuestraron, ella estaba embarazada: hay un o una Lizaso dando vueltas por ahí, esperando ser recuperado. También hay un Jorge Carlos Lizaso, hijo de Miguel y Adriana Moyano, nacido en 1976. Se llenaron las manos y la conciencia de sangre y ni así lograron borrar el apellido.

Narrar la masacre perpetrada sobre esa familia fue un desafío. Con los pocos documentos existentes, fue necesario recurrir a fuentes indirectas, que en muchos casos se contradecían entre sí. Por eso este texto tal vez sostenga un tono más historiográfico y conjetural que el resto.

Después vino la democracia. En Vicente López ganó el radicalismo y el Japonés García, durante casi un cuarto de siglo, manejó el distrito con las formas y los códigos de los intendentes de antes: campechano, carismático, memorioso. Parecía eterno.

Lo mató el negocio inmobiliario, que hizo que todo se llenara de edificios, habitados por gente venida de otros lados, desconocidos entre sí y desconocedores de quién era quién en el distrito. En el contexto de ese cambio profundo de la sociedad, Jorge Macri es apenas una anécdota.

La socialización tradicional se perdió y dejó lugar a la política del espectáculo y las redes sociales. Muchas historias perdieron interés o, literalmente, se perdieron. La de los Lizaso, en cambio, está acá, contada en torno a Carlitos, su primer caído

Uno

Los Lizaso eran una familia numerosa, proveniente de Olavarría y afincada en la zona de Olivos, integrada por Don Pedro, su esposa Amelia y siete hijos.

Los tres mayores, concebidos en un matrimonio anterior, de Pedro con Juana Ramona Martínez, fallecida en 1925, eran Arnaldo, Irma y Zulema. Sólo Zulema zafó de la costumbre familiar de los apodos: Arnaldo siempre fue “Toto” e Irma, “Titi”. Más tarde llegaron los hijos de Pedro y Amelia, su compañera después de enviudar: Amelia (“Nené”), Carlos, Jorge (“Nono”) y Miguel (“Gordo”).

Si las familias numerosas son, por lo general, ruidosas, dinámicas, cargadas de vitalidad y algo caóticas, los Lizaso eran todo eso pero un poco más. O mucho más, porque era una familia visceralmente comprometida con la militancia peronista, además de una familia ensamblada. Para comprender esto hay que remontarse al principio.

Pedro Lizaso había nacido a fines del siglo XIX, en Olavarría, una ciudad entonces pequeña del centro de la llanura bonaerense, en una familia de inmigrantes vascos. Durante las últimas décadas del siglo XVIII, merced a las políticas de la generación del ochenta, tendientes a favorecer la inmigración, llegó a Argentina una fuerte corriente proveniente de zonas rurales de Vasconia.

Una serie de factores hacían que se adaptasen muy bien a su nueva tierra, en particular a la pampa húmeda. Al punto que la boina, la faja y las alpargatas, hoy tan comunes en el hombre de campo argentino, son una asimilación del atuendo original vasco.

La mayoría de ellos venían de pequeñas aldeas rurales y se resistían al cambio de vida que implicaba asimilarse como obreros industriales en las grandes urbes como Bilbao o Donostia. Sus destrezas y conocimientos fueron muy bienvenidos en el campo argentino.

Muchos vinieron con algún capital y pudieron establecerse como tambe-ros o criadores de ganado ovino. Los que no, prosperaron en una o dos generaciones. Gracias a su capacidad de trabajo, por la que se destacaban, pasaron a ser pequeños propietarios, comisionistas de hacienda o comerciantes. En síntesis, los vascos se acriollaron rápidamente.

Había también, en aquellos pioneros, un componente nacionalista y rebelde, forjado en las guerras carlistas. Si no se expresaba abiertamente en lo político, lo hacía a nivel cultural e identitario. Es probable que ese sentimiento anti imperial (tal vez sería excesivo denominarlo ideología) fuera un sedimento propicio para que los hijos de vascos, ya nacidos en esta tierra, abrazaran primero el radicalismo yrigoyenista y luego el peronismo.

Pedro Lizaso sintetizó todo eso. Fue, antes que nada, un criollo. Siguiendo los pasos de su amigo entrañable, Arturo Jauretche, fue radical yrigoyenista en su juventud. Como él, tras el golpe de estado conservador de 1930. Ambos tenían mucho en común -sus orígenes, para empezar-.

A partir de 1943, las simpatías con el Coronel Perón, a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión, fueron derivando en una lealtad política cimentada tanto en el rumbo socioeconómico trazado por el líder, como en sus crecientes gestos de autonomía respecto de las potencias.

Ambos se sumaron, primero al proyecto político y luego al dispositivo de poder peronista, que tras el rotundo triunfo electoral del 24 de febrero de 1946 se hizo cargo del gobierno. El entonces gobernador electo de Buenos Aires, Domingo Mercante, designó a Jauretche, presidente del Banco Provincia y a Lizaso, delegado municipal de Vicente López.

Durante unos tres o cuatro años, el vasco despachó en el municipio que, apenas cuarenta años antes, había logrado la independencia de San Isidro, merced a la ley 2959 de 1905, impulsada por el gobernador conservador Marcelino Ugarte. Renunció por diferencias con el gobierno nacional que lo había puesto en funciones. Poco después, el propio Jauretche siguió sus pasos, renunciando a la presidencia del Banco Provincia.

Durante la gestión de Lizaso como primer intendente peronista, el perfil del distrito era otro. De Libertador hacia el río ya era la zona de las casonas de las familias tradicionales y acaudaladas, aunque había mucha menos, con amplios jardines y también descampados entre una y otra.

Justamente entre 1946 y 1955, el cordón oeste, hasta poco antes predominantemente rural, salpicado de hornos de ladrillos, tambos y otros pequeños establecimientos, se fue modificando conforme avanzaba el proceso de sustitución de importaciones. Aparecieron galpones, naves industriales y talleres de todo tipo.

Y, al rededor de las estaciones del ferrocarril Belgrano Norte, la otra gran fuerza modernizadora, los primeros loteos. Allí recalaban las familias que querían comprar terrenos donde construir su hogar, a crédito y en pesos, muchos años antes de que la construcción se convirtiera en un negocio financiero.

La Panamericana era poco más que una avenida y no la separación de dos universos socioeconómicos paralelos, como sucede ahora. La avenida Fondo de la Legua, actualmente Mitre, era el límite entre Olivos al este y Florida Oeste y Munro al otro lado.

Pero el paisaje ofrecía más continuidades que rupturas. Olivos era una zona de casas bajas, de trabajadores y clase media, que aportaba la mano de obra a la creciente actividad industrial que se desarrollaba en el cordón oeste y, más aún, en el vecino partido de San Martín.

Ese era el escenario en el que, todas las mañanas, después de compartir unos mates tempraneros con su esposa Amelia, en la casa de España y Arenales, Pedro se iba caminando hasta el palacio municipal. Allí, en Maipú y Ugarte, pasaba largas horas resolviendo disputas entre vecinos, redactando ordenanzas o, cuando podía abstraerse un momento de sus responsabilidades inmediatas, analizando la situación política nacional e internacional.

Cuando renunció, por diferencias que se negó a explicitar públicamente, retomó su profesión de martillero y se dedicó al negocio inmobiliario. Lo secundó Carlitos, que había abandonado la escuela secundaria. Así, a través de la actividad comercial, siguió recorriendo la zona, manteniendo

relaciones con personajes diversos y tomando el pulso de la comunidad. Esa rutina, intensa y apacible a la vez, en la que lo familiar y lo político estaban profundamente entrelazados, sufrió un primer cimbronazo el 16 de junio de 1955.

Los bombardeos a la Plaza de Mayo y sus inmediaciones, perpetrados por la aviación naval, contra su propia población civil, son un hecho que en el siglo XX sólo registra el antecedente de Guernica, en plena guerra civil española.

Aunque nunca se pudo precisar la cantidad exacta de víctimas, se calcula que ese día murieron por lo menos trescientos civiles inocentes, incluyendo niños, y alrededor de ochocientas personas sufrieron mutilaciones y heridas de distinta gravedad.

Cuesta dimensionar la sorpresa, el estupor, del peronismo en general, y en este caso particular, de la familia Lizaso, al final de ese triste día de invierno. Uno puede imaginar los rostros desencajados, la sangre hirviendo, la certeza de estar viviendo momentos dramáticamente históricos.

¿Habrán cenado en silencio? ¿Habrán hablado a los gritos, todos a la vez, emocionalmente desbordados? ¿O habrán discutido la situación como cuadros políticos, conducidos por papá Pedro?

Esos hechos alertaron sobre los alcances, hasta entonces impensados, del odio gorila. Pedro volvió a militar en el peronismo. Sus diferencias con el gobierno pasaron a ser mínimas, en virtud de la crueldad del enemigo que se presentaba frente a ellos.

Durante los siguientes tres meses, de extrema tensión, Perón intentó salir de la fragilidad a la que lo habían empujado los golpistas ofreciendo toda clase de concesiones, frente al reclamo de castigo, cada vez más fuerte, por parte del movimiento. No funcionó.

Finalmente, los golpistas triunfaron el 16 de septiembre, tras varios días de combate en zonas como Mar del Plata, Ensenada y La Pampa, Perón partió al exilio y el general Eduardo Lonardi asumió la presidencia de

facto. Durante los últimos meses de 1955, los golpistas parecían más concentrados en dirimir sus diferencias internas que en gobernar.

A fines de ese año, un “golpe dentro del golpe” terminó desplazando al general Lonardi, que propiciaba una cierta integración del peronismo al sistema político, y en su lugar se fortaleció la línea más dura, representada por Aramburu en el Ejército y Rojas en la Marina. El elemento clave que marca el cambio de clima es el decreto 4161, que establece la proscripción del peronismo.

Pedro Lizaso, el único de la familia que había tenido una vida pública explícitamente vinculada al peronismo, partió al exilio en Uruguay. Se fue junto a Jauretche: juntos montaron un almacén de ramos generales, como lo hubieran hecho en Lincoln o en Olavarría. Mientras atendían el negocio intentaban, por todos los medios disponibles (que no eran muchos), mantenerse al tanto de la situación en esta margen del río, con la expectativa de un pronto regreso, algo que finalmente no ocurrió.

En teoría, el resto de la familia no tenía por qué sufrir ninguna persecución y se proponía continuar con su vida normalmente en Olivos. Allí, la vida cotidiana proseguía con sus pequeños rituales, a la vez que exploraban los escasos márgenes que la nueva situación dejaba para la actividad política. En secreto, comenzaba a organizarse la resistencia peronista, uno de los periodos más heroicos en la historia del movimiento.

Con Pedro viviendo del otro lado del río, Arnaldo, que ya tenía treinta y cinco años, asumió como buen hermano mayor, parte de las responsabilidades paternas, vinculadas a la formación, la protección y el cuidado de sus hermanos. Carlitos sostuvo las actividades inmobiliarias de su padre.

En la Argentina peronista y en los años inmediatamente posteriores, casi cualquier trabajo de tiempo completo permitía vivir dignamente y eso alimentaba un pujante mercado interno. El ingreso de un trabajador permitía llevar una vida que hoy consideraríamos de clase media y los sueños y ambiciones rara vez pasaban por la fortuna y la riqueza. En síntesis, la guita no era un tema acuciante como en el presente.

En ese contexto, los hijos, que heredaron la habilidad comercial de Pedro, tuvieron a lo largo de la siguiente década y media distintas actividades como cuentapropistas, entre ellas una empresa de colocación de pisos de parquet y una fábrica de pastas.

No fue posible confirmar si, tras las sucesivas muertes de Carlitos y Pedro, algún otro Lizaso continuó con las actividades inmobiliarias. De la fábrica de pastas artesanales se dice que, ya en los setenta, cuando el cerco de las fuerzas represivas les hizo prácticamente imposible mantener una vida normal, se la dejaron a los empleados en forma de cooperativa.

En simultáneo, sin dejar de militar, Amelia se aferraba a las rutinas de la vida cotidiana y a las tareas domésticas, para brindarles a sus hijos la vida más normal dentro de lo posible, mientras durara el exilio de su compañero, que cada vez pintaba para más largo.

Dos

Llegó el invierno y no eran pocos los peronistas que esperaban novedades. La noche del sábado 9 de junio ya fue detalladamente relatada por Rodolfo Walsh en su clásico, “Operación Masacre”.

A nosotros nos alcanza con saber que Carlitos, el más joven de los asesinados esa madrugada, llegó caminando a la casa de Hipólito Yrigoyen 4519 al fondo, que alquilaba Torres, el anfitrión, acompañado justamente de su hermano Arnaldo.

Era un pibe de veintiún años pero con algunas particularidades que lo distinguían de sus pares. Carlitos no terminó la secundaria. La dejó porque se aburría. Dueño de una inteligencia analítica, superior a la media, que todo lo devoraba, analizaba y aprendía con avidez, se frustraba ante lo limitado de los contenidos escolares.

Ajedrecista talentoso, ya ganó unos cuántos torneos juveniles. El juego le permite desarrollar su capacidad, su intuición y aplicar formas de pensamiento complejas. Otro tanto ocurre con la actividad inmobiliaria. Carlitos estudia el contexto, sopesa las variables de oferta y demanda como si se tratara de un juego, lo que le permite tomar decisiones rápidas y lucrativas.

Ese pibe, lleno de energía y de sueños, acompaña a su hermano mayor en los primeros movimientos de lo que luego será la resistencia peronista. Lo hace por compromiso político, claro, pero también por lealtad familiar y para satisfacer una curiosidad intelectual que no le da descanso. Cuando su padre parte al exilio, la vuelta de Perón pasa a ser también la vuelta de su padre, la reunión de todo el grupo familiar, objetivo al que él quiere aportar.

Volvemos al departamento de Torres. Había allí mucha gente, más de las que Arnaldo esperaba, algunas caras desconocidas, incluso para él, que conocía a todos los peronistas de la zona. Algo no le olió del todo bien al mayor, tuvo dudas. Instintivamente, le dijo al menos dos o tres veces a

Carlitos “vámonos”.

Carlitos era joven, pero no una criatura. Arnaldo no podía simplemente levantarlo de una oreja y llevárselo. Por eso, antes de irse, le lanzó al anfitrión, Torres, una suerte de advertencia o ruego: “Cuidalo al pibe, no lo metas en nada”. Torres asintió en silencio.

Terminada la transmisión de la pelea de Lause con Loaiza, Torres empezó a recorrer el pasillo que separaba las dos viviendas, la suya del fondo de la del frente, habitada por el propietario, Don Dichiano, su mujer y su hija, para pedir prestado el teléfono, como solía hacer. Carlitos iba con él.

Desde allí escucharon llegar a la policía: ruidos, gritos, golpes, pasos. Torres saltó la medianera y escapó por los fondos de las casas vecinas. Para Walsh es “el primer sobreviviente”. ¿Qué le impidió a Carlitos imitar a su compañero más experimentado? Técnicamente, nada. Era joven, atlético.

La limitante fue de otro orden: Carlitos no percibía la gravedad del peligro que corría. Si bien es cierto que la oligarquía y su brazo ejecutor, las Fuerzas Armadas y de seguridad, ya habían mostrado con los bombardeos “su propensión al asesinato”, como definió Walsh, nadie sabía hasta entonces con certeza si aquello había sido un hecho aislado o el comienzo de una política sistemática. Y a los veintiún años, todos nos creemos inmortales.

Carlitos no demuestra miedo en ningún momento de su última noche. Observa en silencio a sus captores, intenta comprender la lógica detrás de sus movimientos, como con sus rivales en el ajedrez o los vaivenes del negocio de compraventa de propiedades.

Cuando el camión finalmente se detiene, no forma parte de los primeros seis prisioneros a los que Fernández Suárez ordena bajar. Integra el segundo grupo, junto a Troxler, cuando este forcejea con su custodio y logra escapar, pero no tiene la misma fortuna.

Deja una última frase, que revela el estupor, por el cambio en las reglas

de juego que significa este crimen. “¿Cómo? ¿Así nos matan?”, pregunta, incrédulo, a sus verdugos. Recibe, a modo de respuesta, cinco disparos en total. Cuatro le rompen el pecho. El quinto, como si fuera necesario rematarlo, en la cabeza.

A partir de ahora, la historia tiene unos cuantos agujeros. Sabemos que fue Arnaldo quien hizo las gestiones para recuperar el cuerpo de su hermano, pero desconocemos cómo fue ese proceso, si los milicos lo verduguearon, como hicieron con las viudas de Carranza y Garibotti.

Los restos de Carlitos fueron entregados a la familia directamente en el cementerio de Olivos. No se les permitió velarlo. Fue una ceremonia breve, en la que su cuerpo fue sepultado en tierra. Ni siquiera tuvo el consuelo de la intimidad. Había en su despedida, más tipos parecidos a Boogie El Aceitoso, que relojeaban todo a unos pocos metros de distancia, que familiares y amigos.

Tres

A pesar de todo, Arnaldo no dejó de ser quien era y hacer lo que hacía, militar en el peronismo proscripto y cuidar de sus hermanos. Pero, dicen, su mirada se apagó y ya no fue la misma. Íntimamente, nunca dejó de culparse por el trágico final de Carlitos.

Seguramente por eso, cuando conoció a Walsh se aferró a él como su tabla de salvación, lo guió y asesoró a lo largo de toda la pesquisa. Y es probable que en ese trato cotidiano, en esa intimidad que se genera cuando se comparte una causa y se corren peligros juntos, haya comenzado el largo proceso de depilación y politización de Walsh, que hasta entonces entendía los crímenes como un hecho meramente policial.

No sólo Arnaldo se sentía culpable por la muerte de Carlitos. Algo se rompió entre él y Amelia. Su relación se enfrió y ya no volvió a ser la misma. Nunca hubo un reproche explícito, un reclamo. Todo fueron silencios, distancias, recelos, frialdades, que se extendieron por décadas. Arnaldo y Amelia son los dos miembros de la familia que más vivieron. Ambos murieron a edad avanzada, de causas naturales: ella en 1996 y él en 1997.

En noviembre de 1956, poco después del crimen de los basurales, murió Pedro. Lejos, solo, exiliado. Él y su familia se comunicaban únicamente por escrito, en parte por seguridad y en parte por las limitaciones de la tecnología disponible en esa época. Es probable también que no recurrieran al correo, sino que las cartas fueran y vinieran cuando se podía, en manos de compañeros y amigos viajeros de máxima confianza.

Los servicios de inteligencia, tanto del ejército como de la policía, la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), nunca dejaron de considerar a sobrevivientes y familiares de José León Suárez como un objetivo a seguir.

La cuenta dice que Pedro sobrevivió a la muerte de su hijo durante apenas cinco meses. Pero es probable que en realidad fuera menos tiempo

porque la noticia le llegó con al menos un mes de demora.

Pedro murió “del corazón”, dicen los familiares sobrevivientes. Esa definición es una verdad que admite doble lectura. Por un lado, el infarto, por otro, el dolor extremo que hace inaceptable seguir viviendo.

Aunque pertenecían a dos generaciones distintas, Amelia y Arnaldo tenían un código y una máxima compartida: de eso no se habla. El dolor, la pérdida, eran cuestiones demasiado íntimas, hasta para el propio núcleo familiar.

Con el tiempo, la casa de los Lizaso recuperó parte de su vitalidad histórica. Las mesas largas, las sobremesas de charla y discusión política, la gente entrando y saliendo a cualquier hora, la convirtieron casi en una unidad básica, aunque ahora bajo la proscripción.

Había un único momento en el que Amelia lograba escapar de su profunda tristeza: cuando jugaba al truco. Siempre había un mazo de cartas arriba de la mesa del comedor diario. Cualquier momento libre, entre dos obligaciones, servía para jugar por lo menos un chico, como en El Eternauta.

La historia de Oesterheld es contemporánea de estos sucesos -la primera edición data de 1957- y geográficamente vecina, ya que el chalet de Juan Salvo está ubicado en Martínez y, en la vida real, el autor vivía en Beccar, partido de San Isidro. Aunque ignoramos cuándo tomó conocimiento Oesterheld de los crímenes de José León Suárez, es evidente que la invasión extraterrestre, los cascarudos, la nevada radioactiva y todo el despliegue de violencia son una metáfora bastante directa de lo que ocurrió en el país a partir de 1955.

Eran partidas de a cuatro, las parejas cambiaban, todos jugaban con todos menos Amelia con Julio Troxler. Se adoraban en la vida pero eran archirrivales en el juego. Cuando uno ganaba una mano fuerte, el otro le revoleaba con bronca los porotos que usaban para llevar el puntaje. Amelia contra Julio era el gran clásico.

Una foto de Carlitos, blanco y negro, sonrisa gardeliana, estratégicamente ubicada, seguía todo lo que pasaba en su casa, una manera sobria de

mantenerlo presente. Sin embargo, un acuerdo tácito, extendido a toda la familia, impedía mencionarlo.

Carlitos pasó a ser el elefante en la habitación, esa presencia incómoda pero innegable, esa ausencia que llena todo el espacio e impregna el aire con su fragancia. Y, aún así, nadie habló más de él.

Cuatro

Más que el recuerdo de Carlitos, fue el destino de su hermano y el de su padre, muerto en el exilio, el que marcó a fuego las decisiones y trayectorias de los dos más chicos, Jorge y Miguel, que al momento del crimen tenían diecinueve y diecisiete años respectivamente.

Durante una década y media, no sólo los crímenes contra su familia permanecieron impunes, sino que la sociedad (o buena parte de ella), pareció dispuesta a fingir demencia: tanto respecto de la proscripción y la farsa democrática que cada tanto permitían las fuerzas armadas como de los hechos sangrientos que habían protagonizado, cuyas heridas permanecían abiertas. Cada 9 de junio, un reducidísimo grupo de familiares, compañeros y amigos iba hasta los basurales a rendirles homenaje o dejar una nomeolvides, de manera clandestina.

Ambos, Jorge y Miguel, retomaron la causa de su padre y de su hermano. Si su padre, de origen radical, había llegado al peronismo desde el yrigoyenismo y su hermano había sido uno de los primeros caídos de la etapa de la resistencia, ellos fueron parte de la radicalización del peronismo, necesaria para lograr el regreso de Perón tras dieciocho años.

A comienzos de la década de 1970, Jorge, “Nono” para todos, alquiló una gran construcción en la esquina de las avenidas Fondo de la Legua (hoy Mitre) y Malaver. Allí abrió la unidad básica “Combatientes peronistas”, que en poco tiempo se convirtió en el centro neurálgico de la militancia de la Tendencia en la zona norte.

El espíritu de la época no hubiera permitido que el local llevara el nombre propio de Carlos Lizaso. Sin embargo, en el colectivo que la designa, “Combatientes peronistas”, está incluido Carlos.

Para entonces, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, los homenajes a los caídos en los basurales dejaron de ser mínimos. Empezaron a acudir espontáneamente militantes y organizaciones que no habían tenido relación directa con los caídos, pero reivindicaban su historia

como propia. En tiempos de tensiones entre la ortodoxia y la tendencia, la convivencia no siempre fue amable.

En 1971 se habían filmado, de manera clandestina, algunas escenas de la versión audiovisual de “Operación Masacre”, en el barrio Villa Concepción de San Martín, cercano a la avenida Constituyentes, que separa ese distrito de Vicente López. Walsh asesoró a la producción, otro tanto hizo Arnaldo Lizaso. Julio Troxler, sobreviviente de José León Suárez, actuó e hizo de sí mismo.

Adriana Moyano tiene un recuerdo muy especial de esa película. Por distintas vicisitudes, su unidad básica en Villa Adelina debió cerrar y su responsable político la mandó a militar a “Combatientes”.

La primera noche que fue, conoció a Miguel Lizaso. Se enamoraron de inmediato y sólo los separó el grupo de tareas que se lo llevó, el 14 de septiembre de 1976. Esa noche proyectaron “Operación Masacre”. Después de la película vino el debate y por último la cena. Fue quedando cada vez menos gente, hasta que al fin estuvieron solos. Adriana, militante peronista, conocía la historia, pero esa noche conoció muchos más detalles de primera mano, mientras se integraba al mapa familiar de su compañero.

Juntos atravesaron el regreso de Perón, el triunfo de Cámpora, el 1ro de mayo de 1974, la muerte de Perón, el rodigazo y la sucesión de hechos que desemboca en el último golpe de estado. Vivieron y militaron en la clandestinidad, en una casa en el Bajo de San Isidro, que era propiedad de Adriana, le fue robada y ella sigue reclamando en la justicia.

En 1973, con el peronismo en el gobierno, se designó como “Comisionado Pedro Lizaso” a la calle que corre paralela a Maipú y a Panamericana, entre Ignacio Warnes y Francisco Beiró, casi desde la vía del tren hasta el cementerio, en un intento por devolverle a la figura y al apellido algo de su verdadera dimensión histórica. En 1976, con la nueva dictadura, volvieron a llamarla “Vallegrande”.

Miguel y Adriana tuvieron un hijo, que nació unos meses antes de la des-

aparición de su padre. Ese hombre lleva los nombres de sus tíos: Jorge, secuestrado por la dictadura de 1976, y Carlos, asesinado por la espalda por la Fusiladora veinte años antes.

La unidad básica “Combatientes peronistas” hoy es la Casa de la Memoria Nono Lizaso. Fue cerrada entre 1974 y 1975, cuando la creciente violencia hacía virtualmente imposible la militancia de superficie, y reabierta en 1999. Había quedado intacta, como un recordatorio de los setenta, y permanece igual.

Entre los que se pusieron al hombro su reapertura, dos personajes centrales del peronismo de la zona, Justo Pereyra y Lita Artola, volverán a aparecer en otros relatos de este mismo libro, como presencias que tejen, enlazan y conducen distintas trayectorias personales.

En 2001 se sancionó la ley provincial 12711 para su expropiación con fines históricos. A continuación, un fragmento de los fundamentos de la ley:

“Desde Malaver y Mitre, partieron el 25 de mayo de 1973 columnas de jóvenes que festejaban el regreso de la democracia y la vuelta del peronismo al gobierno, de ello dan testimonio único los afiches que milagrosamente se conservan intactos en las paredes y de los cuales se adjuntas fotografías. Pasaron 24 años desde que hubo que cerrar la casa. El allanamiento de los últimos días del mes de agosto de 1974, preanunciaba tiempos muy difíciles. Se apagó Combatientes Peronistas y esas paredes tapiadas y apropiadas constituyen una metáfora de los que se quiso hacer en una generación de argentinos: borrarlos de la memoria y de la historia”.

“Cuando el 6 de diciembre de 1998, un grupo de viejos militantes de la casa junto a miembros de la organización HIJOS y otras organizaciones de derechos humanos, sociales y políticas, conformaron la Comisión de la Memoria y la Resistencia Jorge “Nono” Lizaso para rescatar del olvido a la casa, encontrando intacta su historia en las paredes, afiches y pintadas, bandos y volantes que hablan por sí mismos y transmiten el espíritu de una época febril y decisiva”.

“El 11 de marzo de 1999, se inauguró, en la ya célebre esquina, un monolito en memoria y respeto, por lo allí dieron testimonio de sus nobles ideales y por ello fueron

desaparecidos por la dictadura militar de 1976. Permitir que sea demolida sería una seria responsabilidad por parte de quienes no tomen esta propuesta como una necesidad verdadera. Conservarla es un ejercicio de memoria y una oportunidad de demostrar la madurez de una sociedad y sus instituciones que asumen su propia historia, por encima de los colores partidarios, como punto de partida para encarar los desafíos del presente y el futuro”.



Carlos Lizaso



Familia Lizaso

Susana Valle,
En el nombre del padre

Juan José Valle no fue asesinado en José León Suárez sino en el patio de la Penitenciaría, tres días más tarde. Su condición de militar y su grado de general le valieron esa mínima consideración de parte de sus pares. Sin embargo, su historia, y la de su hija Susana, son necesarias para comprender el resto de la trama.

Valle, al menos una generación mayor que el resto, era el conductor indiscutido de Brión, Carranza, Garibotti, Rodríguez y Lizaso y el personaje central del movimiento revolucionario fallido del 9.

En 1956 Susana ya no era una niña, tenía diecinueve años. Lo que vivió, vio y escuchó en esos días de invierno sellaría definitivamente su destino. Fue la última integrante de la familia en hablar a solas con su padre. Nunca reveló el contenido de esa conversación, pero desde entonces su vida fue el peronismo (integró Montoneros en los setenta y el Peronismo Revolucionario con el regreso de la democracia) y, en especial, la reivindicación de la memoria del general Valle.

“Susana se volvió loca cuando mataron a su papá”. La frase pertenece a un tío de Susana y nos llega, como el resto de los recuerdos, a través de su hija Soledad Perusset Valle. No sabemos nada de la vida de Susana en los años previos a los crímenes de La Fusiladora. Pero el comentario nos permite imaginar una piba normal de su edad, que va a la escuela, que tiene amigas, que fuma a escondidas de su padre.

Tampoco en la trayectoria de Juan José, militar, ingeniero, padre de familia, que cumple con su deber de defender la democracia en 1955 y termina detenido por eso, hay elementos previos, signos, indicios, que inviten a pensar en un destino trágico.

Por el contrario, eran vidas comunes, en el mejor de los sentidos, plenas, las que las balas de Mauser truncaron con un ruido seco. Susana Valle pasó buena parte de su vida detenida, secuestrada o perseguida. Perdió hijos. Nunca tuvo un domicilio fijo. Las sucesivas dictaduras se ensañaron con ella. Por ser hija de su padre, para ellos un traidor al ejército, por ser ella misma una traidora a su clase o por todo eso junto. Aún así, sonreía. Siempre. Su sonrisa fue su venganza. No lograron borrarla.

Cumplió su misión en 2006, cuando durante el gobierno de Néstor Kirchner su padre

fue reivindicado por el arma de Ingenieros y su sable exhibido en Campo de Mayo, uno de los puntos donde los sublevados combatieron, perdieron y fueron fusilados como él. Murió tan solo dos meses más tarde.

Uno

La Penitenciaría Nacional, tal era su nombre formal, era parte del paisaje cotidiano de la joven Susana Valle. Vivía, desde siempre, junto a sus padres, en un departamento sobre la calle Lafinur, a menos de diez cuadras de la mole de cemento y rejas, que ocupaba más de una manzana, entre las avenidas Las Heras y Coronel Díaz y la calle Salguero.

Los Valle eran una familia de clase media alta. Habían dejado Avellaneda, de donde eran los Prieto, la rama materna, para instalarse en Palermo Chico, un barrio que había sido elegido, desde hacía ya algunas décadas, por los sectores más acomodados de la sociedad porteña para fijar residencia. La cárcel era anterior, databa de 1877.

Como consecuencia de esa combinación de decisiones, la penitenciaría fue quedando rodeada de modernos edificios de departamentos y elegantes caserones de estilo francés. Desde las primeras décadas del siglo pasado se discutía su demolición y traslado.

En 1955, Susana era una piba normal para su edad y su clase, que había terminado la secundaria, estudiaba magisterio y sacaba buenas notas, que escuchaba los mismos tangos que su papá, que fumaba a escondidas por temor a su reprimenda, y miraba la mole de cemento con curiosidad cada vez que pasaba por delante.

Ese año, tuvo su primer contacto con el mundo del encierro. Consumado el golpe del 16 de septiembre de 1955, su padre fue confinado por los golpistas en un barco fondeado en el río, para asegurar su aislamiento. Era, junto a Raúl Tanco y otros pocos, uno de los militares más claramente identificados con el peronismo y eso no iba a salir gratis.

Finalmente, Susana cruzó las puertas de la Penitenciaría en junio de 1956, en circunstancias que superaban cualquier ocurrencia de su febril imaginación. Entró allí para despedirse de su padre y recibir de él instrucciones directas, unas pocas horas antes de que sus propios camaradas de armas lo ultimaran.

La joven atravesó los pasillos internos, oscuros y húmedos, siguiendo el paso de un milico, que la guió hasta una pequeña habitación. Allí la esperaba su padre, sentado, en silencio.

Antes de dejarlos a solas, como último gesto, el milico extrajo de un bolsillo un fajo de billetes e intentó ponérselo en la mano a Susana. Ella quitó la mano con un gesto brusco y lo mandó a la puta que lo parió. Recién entonces, su padre rompió el silencio. Le ordenó que aceptara el dinero, que su madre iba a necesitarlo.

Susana, sorprendida, asintió con la cabeza y guardó el dinero entre sus ropas. Sacó un paquete de cigarrillos, lo apoyó sobre la mesa y encendió uno con movimientos nerviosos. Fue su manera de decirle a su padre que ya era una mujer.

De ese encuentro, se llevó cinco cartas: una de Valle para su madre, otra para su esposa, otra para su hermana, una para ella misma y la más famosa, la que le dirigió a su verdugo, el general Pedro Eugenio Aramburu. Fueron escritas en papel de almacén, cortado a mano. Temerosos hasta de su pluma, ni siquiera le facilitaron elementos de correspondencia.

Las cartas tienen un doble carácter, son a la vez documento histórico y reliquia familiar de los Valle. Por ahora, lo que prima es esto último. Un pariente cercano, ya muy mayor, las guarda celosamente a pedido de Susana, que sabía que no podía conservarlas con ella, por esa vida que alternaba períodos de encierro con otros de clandestinidad. Le dio una instrucción precisa, que aún se cumple a rajatabla. “No se las des a nadie”.

Susana salió del penal convertida en otra persona. Ese día cumplió el primero y uno de los más difíciles encargos de su padre: no darles a los verdugos el gusto de verla lagrimear porque “un Valle no llora”.

Ese breve encuentro, del que Susana salió definitivamente transformada, comprometida con la causa de la resistencia peronista, fue convertido en obra de teatro: “Susana Valle: somos memoria”, de Mario Cura.

Dos

Durante buena parte de la década del sesenta, cada 12 de junio, junto con un pequeño grupo de hijos de caídos, Susana envió una corona de flores, sin inscripción, a un domicilio de la calle Montevideo y Santa Fe.

El lugar era el departamento de Aramburu, de donde fue secuestrado en 1970 en el hecho que significó la presentación en sociedad de Montoneros. Y la corona, la manera de recordarle los crímenes que pesaban sobre su conciencia.

Valle y Aramburu, víctima y verdugo, fueron compañeros de promoción, ascendidos a general el mismo año. Si no eran amigos, al menos tenían un trato frecuente y cordial. Ese antecedente empujó a Valle a entregarse, con el objetivo de detener la carnicería pero sólo encontró su propia muerte.

Susana encontró una manera de combinar trabajo y militancia. Su rostro agraciado y su figura elegante, a fines de los sesenta, eran condición necesaria para trabajar de azafata en Aerolíneas Argentinas.

Ella aprovechó la oportunidad. Hizo tantos viajes a Madrid como le fue posible. En cada ocasión llevó y trajo correspondencia entre Perón y los peronistas que permanecían en Argentina. Nunca tuvo una palabra de enojo o disgusto con Perón, a pesar de que su primera reacción fue cuestionar el alzamiento de su padre, por considerarlo apresurado.

Por esos mismos años, mientras el peronismo comenzaba a moverse para lograr el retorno de su líder, aún exiliado y proscripto, la oligarquía, consciente de que la dictadura no sería eterna, se planteaba la construcción de una alternativa electoral para hacerle frente a Perón.

Aramburu, uno de los responsables de los crímenes de junio de 1956 junto con Isaac Rojas, se probaba la pilcha de candidato y se sonreía frente al espejo. En su microclima, no era una idea en absoluto descabellada.

La década que se interponía entre aquellos sucesos y ese presente, suma-

do al creciente clima de caos social, le daban al personaje un aura de respetabilidad, y a su dictadura, un veredicto generoso. Pero la joven Susana Valle se interpuso en su camino. Mandó imprimir miles de copias de la carta de su padre a Aramburu, hasta entonces prácticamente inédita, en formato afiche, y empapeló la ciudad de Buenos Aires con ellas.

“Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi Patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y de militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido.

Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanques de ustedes aun antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no, han querido ustedes, escarmentar al pueblo, cobrarle la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo. De aquí esta inconcebible y monstruosa ola de asesinatos.

Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones.”

“La palabra ‘monstruos’ brota incontinente de cada argentino a cada paso que da. “Consero toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontinente de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las instituciones,

templos y personas. En las guarrniciones tomadas no sacrificamos un solo hombre de ustedes. Y hubiéramos procedido con todo rigor contra quien atentara contra la vida de Rojas, de Bengoa, de quien fuera. Porque no tenemos alma de verdugos. Sólo buscábamos la justicia y la libertad del 95% de los argentinos, amordazados, sin prensa, sin partido político, sin garantías constitucionales, sin derecho obrero, sin nada. No defendemos la causa de ningún hombre ni de ningún partido.”

“Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto, y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos la dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror. Pero inútilmente. Por este método sólo han logrado hacerse aborrecer aquí y en el extranjero. Pero no taparán con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes.”

“Como cristiano me presento ante Dios, que murió ajusticiado, perdonando a mis asesinos, y como argentino, derramo mi sangre por la causa del pueblo humilde, por la justicia y la libertad de todos no sólo de minorías privilegiadas. Espero que el pueblo conozca un día esta carta y la proclama revolucionaria en las que quedan nuestros ideales en forma intergiversable. Así nadie podrá ser embaucado por el cúmulo de mentiras contradictorias y ridículas con que el gobierno trata de cohonestar esta ola de matanzas y lavarse las manos sucias en sangre. Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la patria.”

Tres

Durante la dictadura de Lanusse, Susana Valle pasó un tiempo detenida en la Cárcel de Mujeres, entonces ubicada en la calle Humberto I al 300, del barrio de San Telmo.

Al salir de allí, en 1973, nació su hija Soledad Perusset Valle. Los primeros años de Soledad coincidieron con la muerte del general, la violencia creciente entre distintas líneas del peronismo y los primeros ensayos del terrorismo de estado. Susana decidió entonces mudarse con su familia, que constituían su esposo y su hija, a un sitio donde no la encontrarán tan fácilmente y donde no fuera tan conocida.

Cuando se produjo el golpe, el 24 de marzo de 1976, los Perusset Valle vivían en una quinta en las afueras de Villa Carlos Paz, con vista al lago San Roque. Esa misma madrugada, se presentaron cinco camiones Unimog del ejército, atestados de oficiales y soldados.

Los ojos sorprendidos de Susana no podían semejante despliegue para secuestrar a una mujer. Lo primero que hicieron fue pegarle un tiro al perro para que dejara de ladrar. Estuvieron horas revolviendo cada centímetro cuadrado de cada habitación. Finalmente se la llevaron y permitieron que Soledad abandonara el lugar junto a su padre.

Soledad pasó casi toda la dictadura al cuidado de su padre, de profesión ingeniero agrónomo, en un campo en la zona de General Las Heras. Recuerda esos años como los más normales de su infancia. Cada tanto, su padre le contaba novedades de su madre, aunque ella nunca supo de qué manera permanecían en contacto.

Susana permaneció secuestrada en el Centro Clandestino de Detención “La Perla”, ubicado en el interior de la guarnición militar de La Calera, a pocos kilómetros de donde se la habían llevado.

Lo habitual era que, tras un período intenso de tortura e interrogatorios, al cabo de un par de meses los detenidos fueran asesinados, legalizados

o liberados. El caso de Susana es llamativo: permaneció detenida en esas condiciones casi toda la dictadura.

La explicación que ella se dio es la misma que justifica el desmedido operativo en la quinta en las afueras de Villa Carlos Paz. Susana Valle era, ella misma, un trofeo, más importante que cualquier información que pudieran obtener.

Cuando se la llevaron, estaba embarazada. En su cautiverio parió mellizos. Uno de ellos nació muerto. Al otro lo dejaron morir delante de ella por ser “un engendro peronista”. Sólo dos veces, en los veintitrés años que vivió luego de su liberación, contó la historia.

Cuatro

La prioridad de Susana, ya en democracia, fue mantener viva la historia y la memoria de su padre. A donde la convocaran, iba: unidades básicas, centros culturales, sociedades de fomento, escuelas o casas particulares. Muchas veces con su hija Soledad a cuestas.

Se movían juntas para todos lados, en parte para recuperar el tiempo que la dictadura las había privado una de la otra, en parte porque Susana no tenía con quién dejar a su hija.

Susana nunca abandonó sus viejas costumbres, esas que en los setenta significaban la diferencia entre la vida y la muerte. Hablaba poco, y menos todavía delante de desconocidos, en la calle caminaba siempre a contramano del tráfico y en los bares se sentaba de frente a la puerta.

Apenas caía el sol, prendía todas las luces, para conjurar los años de oscuridad. Era noctámbula: de noche leía, escribía o escuchaba música. Dormía muy poco, y siempre de día, como si temiera que otra vez fueran por ella.

A pesar de todo lo que vio y escuchó acompañando a su madre, Soledad no se considera un cuadro político. Susana tenía para ella otros planes u otros deseos. Quería que tuviera una vida normal, una familia, un hogar, hijos.

El mandato materno puede ser muy potente. Si Susana dedicó su vida a limpiar el honor y la memoria de su padre, Soledad cumplió el deseo de su madre. La hizo abuela trece veces.

Florida Oeste, conurbano norte,
mayo de 2026



Gral. Juan José Valle



Susana Valle. 1974



Susana Valle con su hija Soledad Perusset Valle. 1974

UN CANDIDATO EN EL PAREDON

BUENOS AIRES. — El lunes último en los paredones de la ciudad apareció, en forma de afiche, una carta abierta firmada por la señora Susana Valle, hija del general Juan José Valle, fusilado en 1916, dirigida al candidato de UDELAP y del Partido Democrático Progresista, general Aramburu. La misma constituyó la única protesta del tipo "campesino" que tras haberse firmado antes de la declaración de la independencia, se vio en Buenos Aires, durante los días de la toma del poder por los militares en la noche del movimiento y la asonada del River Plate, candidato de la democracia cristiana, fueron las dos únicas salidas del último tiempo del régimen militarista. (INFORMACIÓN PAGINAS 4 Y 5)



**DANTE
PANZERI
RESPONDE
A
ADOLFO
PEDERNERA**



CARTA ABIERTA A: PEDRO EUGENIO ARAMBURU

Como una muestra sarcástica y trágica de la bancarrota moral del país y de la desvergüenza generalizada, se presenta usted postulando su candidatura a la presidencia de la Nación y reclamando el voto de los argentinos. Lo hace con su conciencia entenebrecida y con sus manos todavía empapadas en la sangre de los Mártires de Junio de mi padre, el General de División JUAN JOSE VALLE, de muchos otros camaradas suyos, de los asesinados por la espalda en los batallones de José León Suárez, lo hace cuando aun no se han secado las lágrimas de las viudas, de las madres, de los hijos, de los hermanos, de esos patriotas que Vd. fusiló y asesinó porque querían, con pasión argentina, alma limpia y mirada visionaria, evitarle a nuestra Patria, por aberración, también la suya, el grado de humillación, de caos y de vergüenza en que ha sido sumida por Vd. y por los que vinieron detrás suyo en complicidad preestablecida. Sobre su conciencia de Cain pesa esa sangre de patriotas y esa humillación a la República, lo mismo que pesa el hambre, la miseria y el desamparo de millones de argentinos.

Una Ley de Amnistía tramposa lo salvó a Vd. de purgar esos delitos, porque estableció arbitrariamente que ni siquiera podría acusarse, ni abrirse procesos, ni formularse denuncias. Pero si Ud. escapó de ese modo a los Tribunales de Justicia, ha sido condenado, en cambio inapelablemente, en la conciencia inabornable y en el corazón de millones de argentinos.

Se presenta Vd. ahora como Paladín de la Paz mediante publicidad millonaria que el Pueblo sabe quién paga (Bemberg, Segba, Bunge y Born etc.) y digo que la paz que Vd. promete no es otra que la Paz de los Sepulcros. Que el orden que Vd. puede asegurar es el orden que aseguran los tiranos POR EL TERROR Y EL CRIMEN. Que la legalidad que Vd. promete es la que de un plumazo DERRIBO LA CONSTITUCION, creo los tribunales de guerra y las comisiones especiales, implanto y aplico fríamente la PENA DE MUERTE prohibida por la Constitución, y FUSILO SIN JUICIO PREVIO NI SUMARIO. La Legalidad que Vd. promete es la que Vd. inauguró y que sigue imperando la de los decretos leyes 4161 2713 etc. para amordazar al Pueblo la de la proscripción cívica de millones de argentinos la que limita y niega derechos a los humildes y anula elecciones cuando sus resultados son adversos a sus intereses, la legalidad, en fin, del embudo al servicio del privilegio y en perjuicio del Pueblo. Vd. continuará la traición que Vd. mismo inició y que no ha cambiado, que consiste que por un mismo hecho se fusile a sus autores si son verdaderos patriotas que luchan por la liberación y por el Pueblo, o se los mande a sus casas y se les impongan penas leves y simbólicas si sus "rencillas" responden a otras causas. Esto es lo que le espera al país y a los argentinos - en especial a los humildes - Si Vd. vuelve POR ESO NO PUEDE VOLVER, por poderosas que sean las fuerzas antipopulares y antinacionales que lo apoyan. Porque su aliento de tragedia aun flota sobre la República. Porque no se han secado todavía ni la sangre de sus víctimas ni las lágrimas de sus familiares. PORQUE EN CADA CEMENTERIO HAY UNA TUMBA DE UN ARGENTINO ABIERTA POR SUS MANOS. Y aunque una vez más le haya sido vedada al Pueblo la libertad de expresarse, elegirá cualquier camino menos el suyo. Porque ya sabe que el suyo es un camino tenebroso de sangre, de humillación y de dolor. Porque ya sabe que sólo la antipatria y el odio podrán poner en las urnas su bota. El pueblo no lo hará y UD NO VOLVERA JAMAS A ENSANGRENTAR ESTA TIERRA.

JUNIO DE 1963

SUSANA VALLE

Apéndice

Servicio de Informaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (SIPBA) fue un organismo de inteligencia estatal de la Policía Bonaerense, activo desde agosto de 1961 hasta convertirse en la DIPBA en 1977. Se dedicó a espiar y perseguir organizaciones políticas, gremiales y sociales

En razón de la información recibida, se le comunicó a la Sección de SAN MARTÍN, lo siguiente:



- 1).- Hacer una amplia información relacionado al mismo.
- 2).- Quiénes son los organizadores.-
- 3).- Si existen oradores, cuantos y quiénes serán.-
- 4).- Establecer si efectivamente se han distribuido tarjetas de invitación y de adhesión al acto.-
- 5).- Todo dato de interés relacionado al mismo.-

Además deberán adelantar por radio, toda información que tuvieran a los efectos de tener conocimiento, si se llevará a cabo el día indicado, como así para su posterior información a la Superioridad dando cuenta del acto a llevarse a cabo

SIPBA - Informe de inteligencia 1963

S. I. P. B. A. - Departamento "A"

Nº 2668.

ASUNTO: ACTOS EN HOMENAJE A LOS FUSILADOS EL 9 DE JUNIO DE 1956.

SINTESIS: MERLO - Partido Unión Popular: 10.30 hs., ofrenda floral en busto del Gral. San Martín. 120 personas.

SAN JUSTO - Unión Popular: 18 hs. misa en parroquia de calle San Justo y Pastor. 150 personas.

BERISSO - Partido Justicialista: 17.30 hs. misa en Iglesia María Auxiliadora. 20 personas.

LA PLATA - 18.55 hs. misa en Iglesia Catedral. 120 personas.

MERLO - 19.30 hs. misa en parroquia Nuestra Señora de la Merced. 130 personas.

MAR DEL PLATA - 18.45 hs. homenaje en la Sacristía de la Catedral. 60 personas.

LANUS, 2da. - 20.00 hs. misa en Iglesia Santo Cristo. 60 personas.

///

SIPBA - Informe de inteligencia 1965

S. I. P. B. A. - Departamento "A"

Nº 2668.

ASUNTO: //////2.-

SINTESIS: MORENO - Partido Justicialista: 20.00 hs. misa en Iglesia San Francisco. 50 personas.

BAHIA BLANCA - MOVIMIENTO NUEVA ARGENTINA: 19.30 hs. misa en Iglesia Sagrado Corazón de Jesús. 45 personas.

VILLA BALLESTER: 16.50 hs. ofrenda floral en calles - Márquez y 9 de Julio, de José León Suarez. 20 personas.

SIPBA - Informe de inteligencia 1965

EMPRESA NACIONAL DE TRANSPORTES
FERROCARRIL NACIONAL GENERAL BELGRANO

G. 2-22 x 28

DEPARTAMENTO

SIRVASE CITAR

VIA Y OBRAS - DISTRITO RETIRO

RETI/813/12

Buenos Aires, 9 de Noviembre de 1956

Señora
Berta Aurora Figueroa
Vivienda Nº 21.697
Barrio Obrero Boulogne

Ref.: Barrio Obrero Boulogne-Vivienda Nº 21.697-Adj. al ex-Camarero Nicolás Carranza-Matr. 726.686-Fallecido el 10-6-56-Continuidad de la familia en la misma-Cobro aranceles.-

1º) A los efectos del cobro de los aranceles de la vivienda del rubro, este Distrito consultó a la División Personal en qué situación se encontraba el ex-camarero Carranza Nicolás en la fecha de su fallecimiento (10-6-56) habiéndonos contestado con referencia S.R.P. 5/1/50 del 30-7-56, que éste fue exonerado el 25-1-56 y que en la ficha individual Ud. está registrada como concubina del mismo.-

2º) Dada la situación antes dicha, y continuando Ud. en la vivienda citada, corresponde que ingrese en la estación Boulogne Sur Mer el importe de la deuda que tiene con el Ferrocarril en concepto uso inmueble y cuyo monto se establece seguidamente:

Del 25-1-56 al 31-1-56 - 6 días-base \$ 143,80 mensuales, tarifa p/particulares-R.N.467/157.....\$	28,76
Menos deducido en planillas de sueldos al empleado Carranza-mismo período.....\$	14,38
	<u>14,38</u>
Del 1-2-56 al 31-10-56-9 meses a \$ 143,80 por mes, tarifa p/particulares.....\$	1.294,20
Total adeudado al 31-10-56.....\$	<u>1.308,58</u>

3º) Sirvase acusar recibo y notar que el pago debe hacerlo de inmediato en la mencionada estación.-

4º) Así mismo se le notifica que como la vivienda la necesitamos para ubicar a personal que está en servicio debe Ud. desocuparla dentro de un plazo de 30 días, a partir de la fecha de la presente.-

Saluda a Ud. muy atentamente.-

Copia al Sr. Contador Gen. (Seco. Arrend.) Buenos Aires.

Copia al Sr. Ing. Jefe Div. Conserv. (Seco. Tierras) Buenos Aires

Copia al Sr. Jefe Estación Boulogne SUR Mer (estimaré comunicar fecha de pago y número de recibo a emitir).-

OSCAR URIZBEREA
AYUDANTE DISTRITO (Cm.)

ENNESTO E. SALVADORES
JEFE DISTRITO VIA Y OBRAS

EA./RI.

El Ferrocarril Nacional General Belgrano intima a Berta Carranza para que entregue su casa.

MAYORIA

SEMANARIO DE POLITICA, ECONOMIA Y POLEMICA

Año II. - N° 61

Precio del ejemplar \$ 3

Bs. Aires, 9 de junio 1958



VALLE

Un fracaso material y un

gran triunfo moral

Págs. 16-17

El gobierno tiene un
mandato popular y no
partidario

Editorial

¿"Nacionalismo"
petrolero para
impedir el des-
arrollo económico

Págs.

Martínez Casas ha-
bía para MAYORIA.
reportaje de Osiris T

Pá

CASO SATANOWSKI

1ª nota de la se-
ccional serie es
por R. J. Walsh

LA VERDAD SO- BRE RIO SANTIAGO

16 DE JUNIO: Bautismo DE Sangre Peronista

IMPONENTE HOMENAJE A LOS MARTIRES DE JUNIO

La Oligarquía Exigió la Masacre de Trabajadores HUBO 772 VICTIMAS

línea dura

Corrección de la "línea dura" con la 1111. Los peronistas más entusiastas se unieron a la "línea dura" el 16 de junio de 1955.

"Déjenme la Negra..."

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

Perón vio el Horror

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

Los Jueces Contra la Ley Todavía la Justicia Está al Servicio del Antipueblo

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

REINCORPORACIONES MILITARES

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

DE PERON A "LINEA DURA"

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

¿Qué Espera el Gobierno Para Restituir la Legalidad al Partido Peronista?

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

4161

El 16 de junio de 1955, el día de la masacre de los trabajadores peronistas, se celebró un homenaje a los mártires de junio. El homenaje se celebró en el estadio de fútbol de Buenos Aires, donde se jugaron los partidos de fútbol de la Liga Argentina de Fútbol.

EL DRAMATICO FIN DEL GENERAL VALLE



Desde luego que también se han realizado actividades de tipo político. Pero no por eso se puede decir que se han producido los cambios que se han anunciado. En el mundo de la cultura, la educación y la ciencia, los cambios se han producido, pero no en el mundo de la política. En el mundo de la política, los cambios se han producido, pero no en el mundo de la cultura, la educación y la ciencia.

[illegible][illegible]

Se pretendía estimular los intercambios comerciales, el gobierno de Washington se enfrentó con el por entonces jefe de la Dignidad Nacional del general Juan José Vial, quien sostenía, a más propiamente, que el comercio exterior debía ser el eje de la política económica, y que, en consecuencia, el comercio exterior debía ser el eje de la política económica, y que, en consecuencia, el comercio exterior debía ser el eje de la política económica.

En el mundo actual, más allá de lo que el positivismo de la ciencia nos pueda enseñar, experimentamos y sentimos, como resultado de los cambios que se están produciendo en la sociedad, la necesidad de expresar con claridad y precisión lo que sentimos y pensamos. En consecuencia, el arte contemporáneo surge como una forma de expresión que nos permite comunicar lo que sentimos y pensamos. En consecuencia, el arte contemporáneo surge como una forma de expresión que nos permite comunicar lo que sentimos y pensamos.

Yale se enregistra a literatura, principalmente a respeito da literatura brasileira que possui um livro sobre o tema e há outros a serem feitos de sua biblioteca americana. Para fazer a compra de livros de bibliologia antiga, Paul, através dos seus amigos, Paulo, fez a compra de livros antigos. Paulo, através dos seus amigos, Paulo, fez a compra de livros antigos. Paulo, através dos seus amigos, Paulo, fez a compra de livros antigos.

Copyright © 1999 by John Wiley & Sons, Inc.

Palabra Argentina

APARECE LOS MARTES

ANOS II — BUCHOS AIRES, TR DE MAIO DE 1967 — Nº 21

10. Kunitz, L. (1961). *Proc. U. S. Bureau Agric.* 7: 47-50.

LAS ULTIMAS PALABRAS DEL MARTIR

Hedra rubra Boissier, nomale in 30 specie. Si era usate su albero nelle Indie, essendo stata il simbolo del trionfo su una di le maledizioni dei Cristiani.

— ¿Qué es, familia? —

[illegible]

Sancti Spiritus, una de las del General, es una mala broma de 19 años. Viví de internar, de producirse, distribuir. A ella le tengo vivo en todo su dramático por la desgracia inmensa.

La madre de la víctima debía lo que le debe. La otra, mujer lo había que hubiera al hijo también a ella le merecía. La propia, pobre, como no podía menos de serlo, cargó en un instante repetido de su vida, su vida a consecuencia, del que se imaginó salir una madre no

El primer impulso de la juventud para salir a su patria fue enviar a Martí. De América se va-
ciaron casi los hombres del po-
deroso que podía impedir a dis-
minuir el número de estudiantes.
Pero: "Monseñor De América no
está" — tal fue la respuesta. De San
Miguel envió la firma a su Pa-
tría de Santa Aleja. Allí le
escribió a Monseñor Tala, y éste
al señor Nuncio. Los pedidos se
hicieron de espaldas, (Cuba y
América) para impedir a dis-
minuir por nuestra parte, cada uno
de los países libres en el
mundo de la religión. No se

pacífica mano. En sus legatos al señor Nasser, este expresó su fe de amistad, lograda, mantenido en el aire, que el Barón de Puffendorf consideraba particularmente en "la era de la gracia". Pero todo falló. La vez de los Príncipes no hubo una sola comensal en el palacio noroccidental del "Barón".

Erre va los 11 y 12 cuando la joven atravesó los portales del hospital para el Las Flores. Hoyva trufados de gente, así llegar a su padre dentro de un grupo de mujeres que aguardaban apenadas las ambulancias, guardando las cabezas con manos de hierro. En esa sala repleta de enfermos había a su vez chinos



JOURNAL OF THE ATMOSPHERIC SCIENCES

Credito al consumatore "spedito" su
Internet, con un click su www.italia.it

—"Donanda, al desmoronarse una mala, figurase los seres dignos de "Bamarte Valle". Con tales palabras el General anunció a su hijo, los trescientos mil millones que él depositaba en su primer. Largas pifflitas, flonadas basadas en el odio y la ira de los mueritos, nacidos, nacidos. Pufles servidos en el viento. Pufles servidos en un halo de arena levitando, viente antiguo de la gloria que habia de colarse para siempre. No quedaba ninguna pa-

— ¿Por qué? ¿Porque le has encontrado feo? —
— No le encuentro feo, que está bien. Lo que me parece es que sea un tipo, pero que le faltan los matices de un niño. —
— Pero, ¿qué qué le has encontrado? ¿Por qué no le encuentras un poco más interesante? ¿Por qué no le encuentras un poco más interesante? —
— Porque no puedo ver nada interesante en él. —
— ¿Por qué? ¿Porque le has encontrado feo? —
— No le encuentro feo, que está bien. Lo que me parece es que sea un tipo, pero que le faltan los matices de un niño. —
— Pero, ¿qué qué le has encontrado? ¿Por qué no le encuentras un poco más interesante? ¿Por qué no le encuentras un poco más interesante? —
— Porque no puedo ver nada interesante en él. —

¡Presentes el

REGLAMENTO 4000 CON
Y LA OPORTUNIDAD DEL AGUA
CON MONTAÑAS.

que se deli, se sap el que tens
que fer-te a tu y a marxi
que se queden en el mundo, a
vies il·lustrats però ja el futur
no té més força perquè
que quedes vag a fer tot
T'he deixat altre amb cap
te m'adon. Dites què vols
que, a més?

En una entrevista con el periodista, el Padre Deane, digno sacerdote, afirma: «Una familia integrada es importante. Ahora, en la época en que vivimos, el hijo y la hija y el hermano y la hermana, en la familia, son los que más se necesitan».

que así se asegura que en un mundo próximo de paz y de verdadera vida en aquella tierra que ahora los pobres quieren abandonar? La respuesta es negativa que parecería condonar sólo a quienes. Los hombres de la administración quieren así verse. Algunos se apartan de los otros y se ven para no involucrarlos. Por eso se niega de la sala a través de ellos, incorporados por la escuela de la administración en paz. Los oficiales de Marina que, así como se ven a una mesa, ven también los miembros de la administración, se muestran interesados.

[illegible]

9 de Junio!

negra que vive el
exterminación en
de los hombres y
del país.

¡Presentes el 9 de Junio!

El solemne acto de homenaje y respeto a los mártires del 9 de junio de 1956, ha de congregarse a todo el pueblo argentino. El dolor y la tragedia que vive el país, tendrá resonancia exteriorización en la posesión silenciosa de los mártires y nombres de todo el país.

SE RESISTAN LOS COMBUSTIBLES PARA EL COQUE Y LA OBTENCION DEL ALTO GRADO LECTOS COLAPSO CON MICHIGAN.

Epílogo

Los libros de ficción se escriben a partir de relatos remotos, imágenes e ideas, con absoluta libertad. Los ensayos, en cambio, se apoyan en bibliografía, tomando y anudando conceptos. La materia prima condiciona, **siempre**, es inevitable, el proceso de escritura: sus tiempos, sus climas emocionales y sus formas de trabajo.

Este es un libro escrito **con otros**, en dos sentidos: “a partir de” personas, que generosamente abrieron su memoria, a costa de reeditar viejos y profundos dolores, y “junto a” personas, codo a codo, en un ida y vuelta cotidiano.

Haber accedido a esa intimidad, celosamente protegida a lo largo de siete décadas es tanto un privilegio como una responsabilidad.

En el trayecto, dentro mío se fue ampliando la capacidad de escucha y comprensión. Después de la segunda o tercera entrevista, una septuagenaria sorprendidísima desbloqueó **y compartió conmigo un recuerdo recién recuperado de aquella noche de su primera infancia**. En otros momentos, fui descubriendo los motivos de una familia llamativamente numerosa o las razones por las que otra familia añora pasar sus últimos años de regreso en el barrio de Florida Oeste, lo más cerca posible de la casa donde comenzó el drama.

Con cada entrevista, la sorpresa y el estupor, se fueron convirtiendo en una convicción íntima. No en un instante, no en un día, sino que **el relato** se fue madurando como una fruta o revelándose ante mis ojos, cobrando vida como una vieja foto en papel .

A nadie debería escaparle que los crímenes impunes son crímenes transgeneracionales. Sus efectos, los dolores causados, se trasladan sin atenuantes a la generación siguiente y se convierten **en un legado trágico**. Y esto ocurre en dos escalas en simultáneo. A nivel familiar, como muestran estos textos, pero también más veladamente **en el plano** de la sociedad en su conjunto.

Si, como se suele decir, el genocidio contra el pueblo armenio, perpetrado por la Turquía de Atatürk funcionó como incentivo para el **posterior** holocausto nazi, los crímenes de 1955 y 1956 cumplieron el mismo rol para las dictaduras venideras.

Como en el cuento “Continuidad de los parques” de Julio Cortázar, en la Argentina del siglo XX, hubo una “continuidad de las dictaduras”. Cada una de ellas **no sólo** retomó las prácticas de terrorismo de estado en el mismo punto en el que las había dejado la anterior, las profundizó y perfeccionó.

A modo de ejemplo, uno de los complotados en los bombardeos de 1955 era el joven capitán Emilio Massera, entonces asistente del almirante Aníbal Olivieri, ministro de Marina del presidente Perón. Esa prematura pasantía entre conspiradores le proporcionó un valioso aprendizaje, que le sirvió mucho veinte años después.

Este trabajo intenta recuperar la vida de los personajes que Rodolfo Walsh retrató en Operación Masacre y, en especial, de sus herederos, que entonces eran niños y niñas.

Por último, y a modo de consuelo personal, siempre se puede escribir un libro. No importa cuán antigua y profunda sea una injusticia, no importa cuán impenetrable parezca la coraza de olvido e impunidad, la literatura sigue siendo el recurso de los que van de punto.

Los libros son todavía el espacio de poder de los escritores. Representan la posibilidad de incomodar, de generar alguna que otra noche de insomnio a los que parecen tener todo atado (“y bien atado”, como dicen que dijo el generalísimo Francisco Franco en su lecho de muerte).

No hace falta inventar nada, aunque ese recurso también es legítimo. Basta con posar la mirada de manera paciente y meticulosa sobre determinados hechos o personajes. Queda entonces, en la carpeta de proyectos pendientes, un libro sobre Desiderio Fernández Suárez, el criminal de esta historia que todavía goza del beneficio del olvido

Agradecimientos

A *Camilo Sánchez*, trabajador de la palabra, partero de libros, maestro de escritores y amigo leal.

A *María de los Hoyos*, que se adentra en las tinieblas con piedad y humor y disipa las tormentas con un chispazo de su potente magia.

A las familias que abrieron su intimidad, expusieron su dolor y revivieron una vez más sus profundas heridas, para que yo pudiera recogerlas y convertirlas en relatos.

Acerca de los autores

Gastón Enrique Garriga (1975) es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona, posgraduado en Opinión Pública y Comunicación Política y en Literatura y Discurso Político por Flacso. Periodista de Buenos Aires/12, FM Tres Ciudades y AM530 Radio Madres, es miembro fundador de Grupo Nomeolvides, organización que brinda asesoramiento en comunicación a gobiernos locales, provinciales y sindicatos.

Publicó los ensayos *“Campanas moleculares”* (Ediciones Ciccus, 2019) y *“Tecnopolítica y tercera posición”* (Ediciones Undav, 2020) y las novelas *“Mataperros”* y *“Pase al vacío”* (Letra Viva, 2015 y 2016).

Laura Lagar Laura Lagar nació en San Martín, es Gestora cultural, periodista de investigación y documentalista. Diplomada en Gestión Cultural y Políticas Culturales (UNSAM), en la Universidad Madres de Plaza de Mayo y estudio Bibliotecología. Participó en el Congreso de Educación Superior de Cuba. Su proyecto “Identidad barrial y territorial” fue declarado de Alto Interés Artístico y Cultural por la Cancillería Argentina. Por su aporte artístico, educativo y social fue distinguida por organismos nacionales e internacionales, en Latinoamérica, España, “Distinguished Visitors” en EE. UU.

Filmografía: “Uso mis manos, uso mis ideas”, Trilogía “Gaviotas Blindadas, Historias del PRT-ERP”, Clase (Política sindical del PRT-ERP), “La Chispa”, “Buscamos Vida, Los Crímenes del Ejército Argentino en Campo de Mayo”, “Hay un fusilado que vive...”

Trabaja en la Municipalidad de General San Martín, también desarrolla proyectos independientes de producción audiovisual y fortalecimiento comunitario. Integra la Coordinadora de Agrupaciones de Género San Martín, la Asamblea Transfeminista de San Martín, Asociación de Sobrevivientes, Familiares y Compañeros de Campo de Mayo y el Movimiento de Derechos Humanos de San Martín.

Bibliografía

- Historia de una investigación. Operación Masacre de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor). Enriqueta Muñoz. Planeta. 2019
- Operación Masacre. Rodolfo Walsh. Planeta. 1998
- La Resistencia y el General Valle. Enrique Arrosagaray. Punto de Encuentro. 2016
- Fusilados al amanecer. Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez. Roberto Ferro, Editorial Biblos, 2010
- El bombardeo. Jorge Coscia, Sudamericana, 2015.
- El negro corazón del crimen. Marcelo Figueras, Alfaguara, 2017.
- 1955 a 1956. Junios: peronismo y antiperonismo en la encrucijada. Cristian Vitale. Mil Campanas. 2024
- Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972. Liliana Garulli. Ed. Biblos.2000
- El Presidente Duerme...: fusilados en junio de 1956, la generación de una causa. Daniel Brión. Ed. Fabro. 2010
- Patriotas. A medio siglo, los fusilados que hablan. Gob. Pcia Bs As. 2006
- Hospital Eva Perón: Una experiencia sanitaria. Liliana Siede. Ed. Ciccus. 2005
- Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970, vol I. Roberto Baschetti. De la Campana. 2012
- Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970, vol II. Roberto Baschetti. De la Campana.2012
- Perón Mediante. Gráfica peronista del período clásico. Guido Indij. Ed. La Marca.2012
- 16 de Junio de 1955, bombardeo y masacre: imágenes, memorias, silencios Juan Besse. Ed. Biblos. 2016
- El brazo izquierdo de Perón. Ideólogos y actores de la izquierda peronista (1955-1974) Mariano Fraschini. Ed. Alvarez Castillo. 2008
- La Masacre de la Plaza de Mayo. Gonzalo L. Cháves. De la Campana. 2005
- Los fuegos de Junio. Rubén Flores García. Prosa Editores. 2017
- Ataque a la Casa Rosada. La verdadera historia de los bombardeos del 16 de junio de 1955.
- Horacio Rivara. Sudamericana. 2015
- Bombardeo del 16 de junio de 1955. El mayor atentado terrorista de la historia Argentina. Grupo de investigación Histórica del Archivo Nacional

de la Memoria (2010-2015). Colihue. 2025

- Batallas Aéreas: aviación, política y violencia/ Argentina 1910-1955. Alejandro Covello. Ed. Ciccus. 2018
- 1955 Tres meses que estremecieron al Río de La Plata. El bombardeo a Plaza de Mayo, el derrocamiento de Perón y sus repercusiones en Uruguay. Julio Salvo. Ed. Ciccus. 2024
- El Golpe que duró más de tres meses: el fin del mito de la caída incruenta de Perón. Rafael Cullen. Ed. Ciccus. 2025
- Chaves: El primer fusilado de la "Libertadora". Marcial Enrique Luna. Ed. CTA. 2017
- Mártires y Verdugos. La insurrección de Valle y los 27 fusilamientos. Salvador Ferla. Ed. Continente 2007
- El cine quema: Jorge Cedrón. Fernando Martín Peña. Inst. Nac. de Cine y Artes Visuales. 2013
- Los muertos de la Plaza de Mayo: 1945, 1953 y 1955. Héctor Daniel de Arriba. Ed. Dunken. 2022

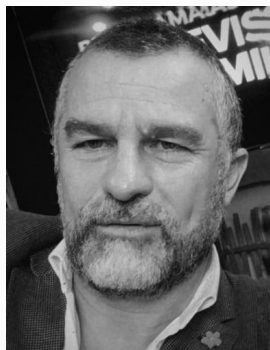
Material Audiovisual

- La república perdida. Dir. Miguel Pérez
- El día que bombardearon Buenos Aires. Dir. Marcelo Goyeneche
- Operación masacre. Dir. Jorge Cedrón
- La Hora de los hornos. Dir. Grupo Cine Liberación (Solanas - Getino)
- Perón, sinfonía del sentimiento. Dir. Leonardo Favio
- Patriotas: a medio siglo, los fusilados que hablan. Dir. Eduardo Anguita
- Gaitán: el hombre que fue Colombia, Dir. Alejandra Szeplaki









Gastón Enrique Garriga (1975)

Es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona, posgraduado en Opinión Pública y Comunicación Política y en Literatura y Discurso Político por Flacso.

Periodista de Buenos Aires/12, FM Tres Ciudades y AM530 Radio Madres, es miembro fundador de Grupo Nomeolvides, organización que brinda asesoramiento en comunicación a gobiernos locales, provinciales y sindicatos.

Publicó los ensayos “Campanas moleculares” (Ediciones Ciccus, 2019) y “Tecnopolítica y tercera posición” (Ediciones Undav, 2020) y las novelas “Mata-perros” y “Pase al vacío” (Letra Viva, 2015 y 2016).



Laura Lagar

Nació en San Martín. Es gestora cultural, periodista de investigación y documentalista. Diplomada en Gestión Cultural y Políticas Culturales (UNSAM), y en Universidad Madres de Plaza de Mayo, estudió Bibliotecología. Su proyecto “Identidad barrial y territorial” declarado de Alto Interés

Artístico y Cultural por la Cancillería Argentina. Participó Congreso Int. Educación Superior de Cuba Por su labor artística, educativa y social recibió reconocimientos de organismos nacionales e internacionales en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos, distinción “Distinguished Visitor”. Sus producciones documentales, se destacan: Uso mis manos, uso mis ideas; la trilogía Gavio-tas Blindadas. Historias del PRT-ERP; La Chispa; Buscamos Vida y Hay un fusilado que vive.... Trabaja en la Municipalidad de General San Martín y participa activamente en organizaciones de derechos humanos, memoria y género.

ISBN 978-631-91835-3-5



9 786319 183535